

J. HERCULANO PIRES

EL CENTRO ESPÍRITA

Traducción del portugués por
Héctor Centrón

Titulo del original en portugués:
O CENTRO ESPÍRITA

Para
DADICIO DE OLIVEIRA BAULET
y
CIRO MILTON DE ABREU
que fundaran en Cerqueira César, en Sofocaba,
El CENTRO ESPÍRITA HUMBERTO DE CAMPOS,
Después de la muerte del gran escritor, y poco después
de resucitado por la psicografía de
FRANCISCO CÁNDIDO XAVIER.

SANDALIAS SEMBRADORAS

El Centro Espírita nació
de las sandalias de Jesús,
que nunca, nunca murió
ni por lanza, ni en la cruz.

Jesús desapareció
Para los vanidosos de la Tierra,
mas luego reapareció
para la gente de su tierra.

Las sandalias de Jesús
nunca dejaron de andar,
solitas, llenas de luz,
para las sombras espantar.

Esas sandalias vacías
van por calles y rutas,
sin fiestas ni fantasías,
bajo soles y bajo lunas.

Paran humildes y calmas
en la solera de una puerta,
golpean solas como palmas,
entran debajo de la puerta.

Hay desesperanza y aflicción.
¿Quién sufre y gime ahí dentro?
Las sandalias ya se van,
pero queda en la casa un Centro.

INTRODUCCIÓN

Si los espíritas supiesen qué es el Centro Espírita, cuál es realmente su función y su significación, el Espiritismo sería hoy el más importante movimiento cultural y espiritual de la Tierra. Tenemos en el Brasil –y eso es un consenso universal- el mayor, más activo y productivo movimiento espírita del planeta. La expansión del Espiritismo en nuestra tierra es incesante y prosigue a un ritmo acelerado. Pero lo que hacemos, en todo este vasto continente espírita, es un inmenso esfuerzo por *iglesificar* el Espiritismo, de asemejarlo a las religiones decadentes y superadas, constituyendo por todas partes núcleos misticoides y, por tanto, fanáticos, desligados de la realidad inmediata. Decía el doctor Souza Ribeiro, de Campinas, en los últimos tiempos de su vida de luchas espíritas: “¡No concuro a reuniones de espíritas rezadores!” Y Tenía razón, porque en esas reuniones él solo encontraba la turba de los pedidores suplicando al cielo ayuda. Nadie se hallaba allí para estudiar la Doctrina, para romper la malla de telaraña del *iglesismo* devoto y lloroso. La domesticación católica y protestante creara en nuestra gente una mentalidad de rebaño. El Centro Espírita se convirtió en una especie de sacristía lega en que padres y madres ignorantes indicaban a los pudientes el camino del cielo. La caridad limosnera, fácil y barata, sustituyó a las gruesas y fastuosas donaciones a la Iglesia. Dios rebajó la entrada al cielo, y hasta mismo los intelectuales que se aproximan al Espiritismo y que tienen sentido crítico se convirtieron en penitentes. Asociaciones espíritas, promisoriamente organizadas, luego se transforman en grupos de rezadores pedigüeños. El sello de la Iglesia marcó profundamente la pobreza de nuestra mentalidad. Más que la subnutrición del pueblo, con su cortejo de epidemias devastadoras, el *iglesismo* salvacionista empobreció la inteligencia popular con su acompañamiento de delirio político-religioso, idolatría mediúmnica, misticismo larvario y, lo que es peor, la irrupción de una clase dirigente de supuestos misioneros y maestros fariseos , afectados de vanidad y arrogancia. Son los

guardianes de los apriscos del templo, instruidos para rechazar los sacrificios de animales impuros y exigir de los beatos la compra de ofrendas puras obtenidas en las proveedurías sacerdotales. Esa tendencia mística popular, cargada de supersticiones populares, favorece la proliferación de predicadores santificados y tribunos de voz impostada y gesticulación ensayada. Toda esa carga muerta debilita a nuestro movimiento doctrinario y abre sus puertas para la infestación del sincretismo religioso afro-brasileño, en que los dioses ingenuos de la selva africana y de nuestras selvas superan y absorben a los antiguos y cansados dioses cristianos. No es este el clima para el desenvolvimiento de la Cultura Espírita. Las grandes instituciones espíritas brasileñas y las federaciones provinciales se invisten por voluntad propia de una autoridad que no poseen ni pueden poseer, señaladas como están por desvíos doctrinarios graves, como en el caso del roustanguismo de la FEB (Federación Espírita Brasileña), y de las pretensiones retrógradas de grupitos novicios de adulteradores. Tuvo razones de sobra André Dumas, del Espiritismo de Francia, en denunciar recientemente, en entrevista concedida a la revista *Manchete*, la situación caótica y verdaderamente antiespírita del movimiento espírita brasileño. La actitud clerical de los espíritas amenaza enervar a todo nuestro pueblo que, por su formación devocional, tiende a un tipo de alienación esquizofrénica que el Espiritismo siempre combatió, desde la proclamación de la fe racional por Kardec, contra la fe ciega e incoherente, sumisa y farisaica de las predicaciones de iglesia.

Jesús enseñó a orar y vigilar, recomendó el amor y la bondad, predicó la humildad, pero jamás aconsejó vivir de oraciones ni de lloriqueos, santidad fingida, disfrazada de vanas apariencias de humildad, que son siempre desmentidas por la ambición y la arrogancia incontrollables del hombre terreno. Para establecer la verdad espírita entre nosotros y reconducir a nuestro movimiento a una posición doctrinaria digna y coherente, es preciso comprender que la Doctrina Espírita es un llamado viril a la dignidad humana, a la conciencia del hombre frente a sus deberes y compromisos en los planos social y espiritual, ambos conjugados ante las exigencias de la ley superior de la evolución

humana. Sólo nos aproximaremos a la Angelitud –el grado superior de la Espiritualidad- después de habernos convertido en Hombres.

Los espíritas actuales, en su mayoría, tanto en el Brasil como en el mundo, no han comprendido aún que están en un punto intermedio de la filogénesis de la divinidad. Superando los reinos inferiores de la Naturaleza –según lo definió poéticamente Léon Denis- en la secuencia divinamente fatal de Kardec: mineral, vegetal, animal y hombre, tenemos el punto neutro de gravedad entre dos esferas celestes, y ese punto es lo que llamamos Espírita. Las visiones fragmentarias de la Realidad se funden dialécticamente en la concepción monista gestada por el monoteísmo. Liberado, en el *punto neutro*, de la poderosa reacción de la Tierra, el espírita está en condiciones de elevarse al plano angélico. Pero estar en condiciones es una cosa, y dar ese paso es otra. Eso depende del grado de su comprensión doctrinaria y de su voluntad real y profunda que anime a toda su estructura individual. Y en razón de ello es que presenta el peligro del estancamiento por el misticismo –actitud ilusoria y falsa de divinidad-, producido por las *almas viajeras* de Plotino, que no son otra cosa que los *Espíritus errantes* de Kardec. Esas almas se proyectan en el plano de la Angelitud, pero no logran permanecer en él, pues ceden ante la atracción terrena de la encarnación. Muchas veces repiten la tentativa, permaneciendo entre las hipóstasis del Cielo y de la Tierra. Plotino vio esa realidad en su intuición filosófica y en su videncia platónica. Pero Kardec la verificó con sus investigaciones espíritas, escudadas en la observación racional de los hechos. Apoyado en la razón, esa brújula de lo real, él nos liberaba de los psicotrópicos del misticismo, ofreciéndonos la verdad exacta de la Doctrina Espírita. En ella tenemos la orientación precisa y segura de los planos e hipóstasis superiores, sin el peligro de los ciclos muchas veces repetidos del llamado *círculo vicioso de las reencarnaciones*, que los ignorantes intentan oponer a la realidad incontestable de la reencarnación, pues si existiese realmente ese círculo vicioso, ello sería suficiente para demostrar el proceso reencarnatorio. El vicio no está en el proceso, sino en la

precipitación de los hombres y de los Espíritus –no debidamente maduros- que intentan forzar la puerta del cielo.

Si en el Brasil sufrimos los prejuicios de la religiosidad ingenua de nuestra formación cultural, en Francia y en los demás países europeos –conforme a las propias declaraciones de André Dumas- el prejuicio proviene de un cientificismo pretencioso que menosprecia la tradición francesa de la investigación científica espírita, tratando de sustituirla por las investigaciones e interpretaciones parapsicológicas. Ese desprecio pedante por el trabajo ejemplar de Kardec llevó al propio Dumas a mostrarse irrespetuoso frente a la obra secular de la *Revue Spirite*, transformándola en un simulacro de revista científica del año 2000. Las investigaciones de la Parapsicología continuaron con el esquema de Kardec y fueron logrando en el tiempo, sucesivamente, todas las conquistas del sabio francés. Paso a paso, Rhine y sus compañeros fueron transitando sobre el rastro científico de Kardec. Lo mismo ya había acontecido anteriormente con Richet en la Metapsíquica, con Cookes, Zöllner y todos los demás. Toda la investigación psíquica honesta es válida en ese campo, pues hasta la de los mismos materialistas rusos actuales quedó aprisionada al esquema de Kardec, lo que prueba la validez irrevocable de éste. Comenzando por la observación de los fenómenos físicos, todas las ciencias psíquicas, nacidas del Espiritismo, cumplieron la trayectoria fatal trazada por el genio de Kardec y llegaron a sus mismas conclusiones. Las discordancias interpretativas fueron siempre marcadas indeleblemente por los preconceptos y las precipitaciones de la advertencia de Descartes en el *Discurso del método* y por la sujeción a los intereses de la Iglesia, como Kardec ya advirtió en su tiempo. La cuestión de la terminología es puramente superflua ya que –como dijera Kardec-, sirve apenas para mostrar la liviandad del espíritu humano, incluso de los sabios, siempre apegado más a la forma que al fondo del problema.

En el Espiritismo el cuadro fenoménico fue dividido por Kardec en dos secciones: fenómenos físicos y fenómenos

inteligentes. En la Metapsíquica, Richet presentó el esquema de la Metapsíquica objetiva y la Metapsíquica subjetiva. Y en la Parapsicología, los fenómenos espíritas pasaron a denominarse *fenómenos psi*, con la división de fenómenos de *psikappa* (objetivos) y *psigama* (subjetivos). En cuanto a los métodos de investigación, Croques y Richet se atuvieron a la metodología científica de su tiempo, y Rhine se redujo a pasar de los métodos cualitativos a los cuantitativos –inventando medios apropiados a los procesos tecnológicos actuales-, apelando a la estadística como forma de comprobación y control de los resultados, lo cual corresponde simplemente a las exigencias actuales de las ciencias. Kardec tuvo la ventaja de haber acentuado enfáticamente la necesidad de la adecuación del método al objeto específico de la investigación. El mismo método hipnótico de regresión de la memoria para las investigaciones de la reencarnación, aplicado por Albert de Rochas en el siglo pasado, fue aprovechado por el profesor ruso Vladimir Raikov. En Rumania, el preconcepción en cuanto al Espiritismo dio motivo a una nueva denominación para la Parapsicología: Psicotrónica. Con ese vocablo áspero, los materialistas rumanos intentan exorcizar los peligros de un renacimiento espírita en su país.

Todos esos hechos nos muestran que la Doctrina Espírita no llegó aún a ser conocida por sus propios adeptos en todo el mundo. Integrado en el proceso doctrinario de trabajo y desenvolvimiento, el Centro Espírita carecía hasta ahora de un estudio sobre sus orígenes, su sentido y su significación en el panorama cultural de nuestro tiempo. Es lo que procuramos hacer en este trabajo, con nuestras deficiencias, pero con la esperanza de que otros estudiosos procuren completar nuestro esfuerzo. Recordando al apóstol Pablo, podemos decir que los espíritas están en el momento exacto en que necesitan ser destetados de las cabras celestes para alimentarse con alimentos sólidos. Los que desean actualizar la Doctrina, deben antes cuidar de *actualizarse* con ella.

1. FUNCIÓN Y SIGNIFICACIÓN

El Centro Espírita no es templo ni laboratorio; es, para usar la expresión de Víctor Hugo: un *point d'optique* del movimiento doctrinario, o sea, su punto visual de convergencia. Podemos figurarlo como un espejo cóncavo en que todas las actividades doctrinarias se reflejan y se unen, proyectándose, conjugadas, en el plano social general, espírita y no espírita. De ahí que su importancia, como síntesis natural de la dialéctica espírita, es fundamental para el desenvolvimiento seguro de la Doctrina y sus prácticas. Kardec avaluó su importancia significativa en el plano de la divulgación y de la orientación de los Grupos, explicando ser preferible la existencia de varios centros pequeños y modestos en una ciudad o en un barrio a la existencia de un único Centro grande y suntuoso.

Un Centro Espírita pequeño y modesto –como la mayoría lo son- atrae a las personas realmente interesadas en el conocimiento doctrinario, crea un ambiente de fraternidad activa en que las discriminaciones sociales y culturales desaparecen por el entrelazamiento de todos sus componentes, considerados como colaboradores necesarios de una obra única y concreta. Lo ideal es que el Centro funcione en su sede propia para un mayor y más libre desenvolvimiento de sus trabajos, pero cuando eso no fuese posible, puede funcionar con eficiencia en un local cedido o alquilado, en un garaje vacío o en una dependencia de una casa familiar. Las objeciones contra eso sólo pueden valer cuando se trate de casas en que existan motivos materiales o morales que lo impidan.

Muchos Centros Espíritas surgieron del desenvolvimiento de grupos familiares, desmembrándose más tarde de la residencia en la que se constituyeran. La alegación de que la casa queda infestada o casa semejantes es contradicha por la experiencia. Un trabajo de amor al prójimo, hecho con sinceridad e intenciones elevadas, cuenta con la protección de

los Espíritus benevolentes y la propia defensa de sus buenas intenciones. Los Centros oriundos de grupos familiares se muestran más cohesionados y más abiertos, conservando la savia fraterna de su origen. Y ése es el clima que necesitan los trabajos doctrinarios.

Organizado el Centro, con una denominación simple y afectiva, con el nombre de un Espíritu amigo o de una personalidad abnegada, de persona ya desencarnada; redactados, aprobados en asamblea general constituyente y registrados los estatutos, su función y significación están definidas como estudio y práctica de la Doctrina, divulgación y orientación de los interesados, servicio asistencial de esclarecimiento a los Espíritus sufrientes y a las personas perturbadas, conforme, siempre, a la Codificación de Allan Kardec. Sin Kardec no hay Espiritismo; existe, sí, apenas, un mediumnismo desorientado, formas de sincretismo religioso afro-brasileño, confusiones derivadas de teorías personales de supuestos maestros.

Dirigentes, auxiliares y frecuentadores de un Centro Espírita bien organizado saben que la obra de Kardec es un momento científico, filosófico y religioso de estructura dinámica, no estática, pero cuyo desenvolvimiento exige estudios e investigaciones del mayor rigor metodológico realizado con humildad, buen sentido, respeto a la Doctrina y condiciones culturales superiores. Opiniones personales, suposiciones de personas arrogantes, libros mediúmnicos o no de contenido mixtificador –sea el autor quien fuere-, no tienen ningún valor para un verdadero Centro Espírita.

Cada Centro Espírita tiene sus protectores y guías espirituales que demuestran su autenticidad por los servicios que prestan, por las manifestaciones oportunas y cautelosas y su dedicación a los principios kardecianos. La autoridad moral y cultural de los dirigentes y de los Espíritus protectores y guías de médiums y trabajos deviene de la integración de los mismos a la orientación fijada por Allan Kardec. El Centro que

olvidase eso caería fatalmente en situaciones negativas, adoptando prácticas antiespíritas que lo llevarían por el camino que se aleja de Kardec y del Espíritu de Verdad. Las consecuencias de esa falacia son altamente perjudiciales a todo el movimiento espírita. No se trata de ningún problema sobrenatural, sino simplemente de falta de vigilancia – principalmente frete al orgullo y la vanidad- que lleva a muchas personas a querer ser más que las demás. Lo mismo acontece también en todos los sectores de la actividad humana, en los cuales encontramos científicos pretenciosos y sistemáticos, comerciantes fraudulentos y médicos fanatizados con sus propias ideas. La pretensión humana no tiene límites y cada individuo vanidoso está siempre asesorado por entidades mixtificadoras.

La Ciencia Espírita es un organismo vivo, de naturaleza conceptual, estructurada sobre leyes psicológicas, es decir, sobre principios espirituales y racionales. Esa estructura es íntegra, perfecta, armoniosa, y no podemos violentar uno solo de sus principios sin poner en peligro, de inmediato, todo su sistema. En el Centro Espírita en que esa comprensión no existe, en realidad tampoco existe Espiritismo, sino apenas un vago deseo de alcanzarlo. Las raíces de esa estructura conceptual están en el Cristianismo, no en su aspecto formal *iglesiero*, sino en su esencia evangélica, definida claramente en la Codificación Kardeciana. Los Evangelios canónicos de las Iglesias cristianas están cargados de elementos de la era mitológica y supersticiones judaicas. Son esos elementos del pasado judeo pagano que han deformado la enseñanza pura de Jesús, permitiendo interpretaciones flagrantemente contrarias a lo que Jesús enseñó y ejemplificó. En sus libros *El Evangelio según el Espiritismo* y *la Génesis...* Kardec mostró cómo podemos restablecer la pureza de las raíces evangélicas usando la investigación histórica de los orígenes cristianos, el método analítico positivo del estudio histórico y el método lógico comparativo de los textos. Sin la pureza de las raíces no tendremos la pureza de los textos y caeremos fácilmente en los

engaños o en las ilusiones de los mixtificadores encarnados y desencarnados.

En las primeras comunidades cristianas, donde el *culto pneumático* era practicado, manifestábanse Espíritus furiosos, defensores de sus antiguas creencias que injuriaban a Cristo y a sus adeptos. La expresión *culto pneumático* viene del griego, y *pneuma* quiere decir Espíritu. El culto constituía la parte práctica de la enseñanza espírita de Jesús. En la *Primera Epístola a los Corintios*, el apóstol Pablo da instrucciones a la comunidad sobre la realización de ese culto, enseñando incluso hasta cómo los médiums, entonces llamados profetas, debían comportarse en la reunión. Los Espíritus se manifestaban por los médiums y eran adoctrinados por los participantes del culto. Ese pasaje significativo se halla en la parte de la epístola que se refiere a los *dones espirituales* (capítulo 12). No obstante, las Iglesias cristianas dieron interpretaciones inadecuadas y absurdas a ese pasaje, como hicieron con todos los textos de los Evangelios en que Jesús se refiere a la reencarnación. Incapaces, como se mostraron, de adoctrinar a los Espíritus mixtificadores o agresivos que atacaban a Jesús y a su misión, los que se relacionaron con el Imperio romano suprimieron el *culto pneumático*, alegando que las entidades que en ellos se manifestaban eran diabólicas. Y esa es la razón por la cual las Iglesias cristianas repelen hasta hoy al Espiritismo como práctica diabólica, rechazando las manifestaciones espíritas.

En un Centro Espírita bien organizado esos problemas son estudiados y enseñados para que las personas interesadas en la enseñanza real de Cristo puedan comprender el sentido del Espiritismo. Sin eso, el Centro Espírita deja de cumplir su función en la grande obra de restauración del Cristianismo en espíritu y verdad. Lo que el Espiritismo busca es la verdad cristiana, cumpliendo en la Tierra la promesa de Jesús que, a través de Kardec y su Guía Espiritual, el Espíritu superior que dio a Kardec, cuando éste le preguntó quién era, esta respuesta simple: “Para ti, me llamaré La Verdad”. El Centro Espírita

significa, por tanto, una fortaleza espiritual para la gran batalla del restablecimiento de la verdad cristiana en la Tierra. Pero todo esto debe ser encarado de una manera racional y no mística en el Centro Espírita. Nadie está investido en él de prerrogativas divinas, sino sólo de obligaciones humanas.

2. LOS SERVICIOS DEL CENTRO

En el desempeño de su función, el Centro Espírita es, por sobre todo, un centro de servicios al prójimo, tanto en el plano propiamente humano como en el espiritual. La enseñanza puramente evangélica, las oraciones, los pases y el trabajo de adoctrinamiento representan un esfuerzo permanente de esclarecimiento y orientación de Espíritus sufrientes y de sus víctimas humanas que, por lo general, son compañías necesitadas de la misma asistencia.

Muchas personas se preguntan si los espíritas no son pretenciosos y orgullosos al considerarse capaces de esclarecer a Espíritus desencarnados. Consideran que ese es un servicio de Espíritus superiores y no de hombres. Llegan a hacer cálculos para demostrar a los espíritas que ese trabajo es en vano, pues el número de Espíritus que pueden asistir a sus sesiones es ínfimo. Se olvidan de que toda actividad esclarecedora, en cualquier campo, vale más por su posibilidad de propagación. La dinámica de la comunicación es el principal factor de la eficiencia en tales casos. Son muchos los ejemplos históricos en tal sentido, pero ninguno es más claro que el de Jesús, sirviéndose de un pequeño grupo de personas para modificar, con sus enseñanzas, aunque desvirtuadas por la ignorancia, la faz del mundo.

En las sesiones espíritas no se pretende abarcar a todos los Espíritus necesitados –lo que sería imposible–, sino cuidar la atención de aquellos que están más ligados a nosotros. El adoctrinamiento de un Espíritu perturbado es casi siempre el pago de una deuda nuestra con aquel Espíritu. Si lo perjudicamos ayer, hoy lo socorremos. Y él, auxiliado, se convierte en un nuevo asistente a la gran batalla por el esclarecimiento general. Cada Espíritu que conquistamos para el bien representa un nuevo impulso en la lucha, el acrecentamiento de un compañero más, un aumento del bien. Debemos recordar siempre que el bien es contagiante. Si liberamos a una víctima de la obsesión en la Tierra, hacemos lo propio con otra en el mundo espiritual que nos rodea. Esa multiplicación se procesa en un constante crecimiento, alcanzando progresivamente a centenares de personas y Espíritus.

Alegan algunos que los Espíritus perturbados son asistidos en el mismo plano espiritual. Sin embargo, Jesús, acaso, ¿dejó de asistir a los Espíritus sufrientes aquí mismo, en la Tierra? Por el contrario, los asistió, e incluso ordenó a sus discípulos hacer lo mismo. La experiencia espírita confirma el acierto de esa atención terrena, demostrando científicamente

que los Espíritus desencarnados, aún muy apegados a las condiciones de la vida material necesitan de asistencia mediúmnica para liberarse de tal ligazón. En las sesiones, como observó el sabio médico espírita Gustave Geley, la emanación de ectoplasma forma un ambiente favorable a las relaciones de los Espíritus con los hombres. En ese ambiente mediúmnico los Espíritus apegados a la materia tienen la impresión de una mayor seguridad, como si estuviesen nuevamente encarnados. Muchas veces, en las sesiones, los Espíritus orientadores se sirven de un médium para adoctrinar más fácilmente a esas entidades perturbadas. Eso confirma la dificultad -destacada por Kardec- que los Espíritus más evolucionados encuentran para esclarecer a los inferiores en el plano espiritual. Las sesiones espíritas de adoctrinamiento y desobsesión demostraron su eficacia desde Kardec hasta nuestros días, mientras que las opiniones contrarias no se afirman más que sobre opiniones personales, suposiciones deducidas de falsos raciocinios derivados de una falta de real conocimiento de ese grave problema.

Quienes hoy procuran restar valor e importancia a esas sesiones en los Centros, no dejan de obedecer más que a pálpitos. Los Centros Espíritas bien organizados y bien orientados no se dejan llevar por esos pálpitos, dado que poseen suficiente experiencia en ese campo altamente delicado de sus actividades doctrinarias. Y de la misma manera, los que pretenden que las sesiones de los Centros deben ser dedicadas sólo las manifestaciones de Espíritus superiores, revelan egoísmo y falta de comprensión doctrinaria. La parte más importante y necesaria de las actividades mediúmnicas, mayormente en nuestros días, es precisamente la de la práctica doctrinaria de la desobsesión. Trabajar en ese sector es un deber constante de los médiums esclarecidos y dedicados al bien del prójimo. El estado de confusión al que llegó la Psicoterapia, y particularmente la Psiquiatría, exige el redoblado esfuerzo de los Centros en el trabajo de adoctrinamiento y de desobsesión. Millones de víctimas, en el mundo entero, claman por el socorro de métodos más eficientes de cura psicoterapéutica, la que sólo el Espiritismo puede ofrecer, gracias a su experiencia de casi dos siglos en ese campo. El Centro Espírita conserva ese acervo maravilloso en su tradición y no puede inmovilizarse ante los sofismas de la actualidad trágica y pretenciosa.

Las comunicaciones de los Espíritus superiores son dadas en el momento preciso, incluso en medio del aparente tumulto de las sesiones de desobsesión. Es muy agradable recibir comunicaciones elevadas de Espíritus superiores, pero sólo somos acreedores a ellas luego de atender, con abnegación y sentido fraternal, a los Espíritus sufrientes. Cuando rechazamos esas oportunidades redentoras los Espíritus superiores se

apartan y el campo queda libre a los mixtificadores, como lo saben, muchas veces por duras experiencias propias, los que intentan beneficiarse con bendiciones sin ser merecedores de ellas.

Los servicios asistenciales a la pobreza, prestados por los Centros Espíritas, constituyen la contribución espírita al desenvolvimiento de la nueva mentalidad social en nuestro mundo egoísta. No basta sembrar ideas fraternalistas entre los hombres, es necesario concretizarlas en actos personales y sinceros. El Centro Espírita funciona como un transformador de ideas fraternales en corrientes de energía activas en ese plano. En sus turbinas invisibles las ideas se transforman en actos de amor y de dedicación al prójimo. Existen quienes combaten la limosna, la donación desinteresada de ayuda material a los necesitados. Pretenden la creación de organismos sociales eficaces para modificar el panorama de la miseria con recursos de enseñanza y orientación y capaces de conducir a los desdichados hacia una situación mejor. Esos es lo ideal, y muchos Centros y otros tipos de organizaciones espíritas lograron hacerlo. Mas, cuando escasean los recursos y medios para lograr tal realización, ¿es justo que dejemos a los necesitados a la ventura de su impotencia? Hay necesidades tan acuciantes que tienen que ser atendidas ahora, en este momento. Negar nuestro auxilio en tales casos con el pretexto de que estamos proyectando medidas más eficientes, es falta de caridad, comodismo disfrazado de idealismo superior. El Centro Espírita es un instrumento de acción inmediata que actúa de acuerdo con la urgencia de las necesidades. Sin la atención de esas necesidades, las víctimas de la injusticia social no podrán estar a la espera de las brillantes y eficientes realizaciones del futuro. Como enseñó Allan Kardec, debemos esperar que las utopías se muestren realidades, para luego aceptarlas. Las personas que censuran ese esfuerzo de ayuda a los necesitados, defendiendo proyectos de reforma social, se aíslan de la acuciante realidad en que vegetan los que no disponen de medios para su propio sustento. Generalmente, tales ideólogos de un mundo mejor que debe surgir por milagro o por conmociones sociales, acusan a los espíritas de alienados, comodistas y divorciados de la realidad, cuando, verdaderamente son ellos los que se aíslan. El Centro Espírita no se puede entregar, por tanto, a sus principios. Su objetivo es el bien de todos y no el de tal o cual sector de la sociedad. La evolución social depende de la evolución de los hombres, que constituyen e integran los organismos sociales. Es por el ejemplo de la fraternidad y no por el de la violencia que podemos mejorar al mundo. La revolución cristiana no se procesa por medio de actos violentos, sino a través del esfuerzo de sacrificios y abnegaciones fundamentados en el respeto por la criatura humana. No importa si esa criatura es un mendigo o un potentado. La revolución espírita, que es hija y heredera de la revolución cristiana, no se

concreta mediante el poder precario o ilusorio de las armas destructores, sino al ritmo de las medidas concienenciales de los hombres, en la búsqueda de la paz y la comprensión para que las atrocidades desaparezcan de la Tierra. No podemos apagar el fuego con nafta, así como tampoco podemos armonizar el mundo con la sustitución de castas en el poder.

Los servicios de asistencia al prójimo sólo pueden retardar el avance de la violencia, al paso que aceleran el desarrollo moral y espiritual de la humanidad. Es de ese desarrollo –y exclusivamente de él- del que podrá surgir en la Tierra una civilización superior. El Centro Espírita no puede trocar, por tanto, sus servicios de amor y fraternidad por su empecinamiento en las luchas entre grupos partidistas y clases. Él apela a los valores de la inteligencia, que a través de la razón equilibrada y de la comprensión profunda de las necesidades humanas conduce a los hombres a soluciones y no apenas a intentos de crear mayores conflictos.

Un espírita no puede pensar en términos de la realidad inmediata. La concepción dialéctica del Espiritismo no se fundamenta en el análisis de las contradicciones superficiales del mecanismo social. Ella profundiza en el examen de la dinámica compleja de las acciones y reacciones de los individuos y de los grupos sociales que estructuran la sociedad. Reducir toda esa complejidad a las manifestaciones efímeras de las etapas evolutivas de una sociedad, es negar al hombre la posibilidad de luchar para comprender los problemas con que se enfrenta en el proceso existencial. Vivir y existir son dos posibilidades del Ser que se proyecta en la encarnación. En los planos inferiores de los reinos mineral y vegetal la vida es movimiento y sensación, pero en las etapas intermedias de la animalidad se convierte en conquista y dominio, elevándose en el plano hominal a la conciencia de sí misma en busca de la trascendencia. En ese plano, el ser humano asume la responsabilidad de esa búsqueda y sólo existe, realmente, superando las fases inconscientes de su desarrollo en la medida exacta en que sabe qué quiere y por qué lo quiere.

Ese *qué* y ese *por qué* tienen entonces que superarse a sí mismos en la conquista del *cómo*, es decir: de cómo, de qué manera podrá continuar elevándose. Así como la conquista material del plano animal se transforma en la conquista de conocimiento de sí mismo y de su destino trascendente, todas las demás actividades del hombre edifican la conciencia, lo que da al Ser su unidad. Consciente de esa unidad intrínseca, el hombre supera entonces la multiplicidad de su propia estructura y del mundo. Se revela en él la centella divina de su origen espiritual. Él comprende que es Espíritu y que, como tal, no puede destruirse con la muerte, pues su esencia es indestructible y eterna. Ese es el momento espírita de la redención, en que

el espírita capta su inmortalidad en su propia conciencia y modifica su manera de ser ante el mundo transitorio e ilusorio.

A partir de ese momento el Espíritu se integra en el Centro Espírita, se llega a él, no como un servidor más, sino como el propio servicio. La multiplicidad de los servicios del Centro adquiere en su conciencia la misma unidad conquistada por ésta. Al mismo tiempo, la visión de la unidad existencial, en que todos los servicios se funden en el servicio único a la humanidad, despierta en él el sentimiento y la comprensión de su único deber: servir a Dios en el servicio al prójimo.

Todo lo que él haga de ahí en adelante, será un *hacer universal*, no relacionado sólo con él o con el Centro, no limitado a su persona o a su grupo, ni incluso restringido al medio espírita, sino extensivo naturalmente a toda la humanidad. Los prisioneros del Espiritismo, a partir de Kardec, todas las grandes figuras que supieron brindarse al Espiritismo en lugar de posesionarse o servirse de él, realizaron esa marcha redentora, pasaron por un gigantesca odisea espiritual templándose en las encarnaciones sucesivas para reimplantar en la Tierra la siembra de Cristo, por la resurrección de su Evangelio, de su Buena Nueva en *espíritu y verdad*.

Como se ve, el Centro Espírita es realmente un centro de convergencia de toda la dinámica doctrinaria. En él se inician los neófitos, se educan los médiums, comunicanse los Espíritus, adoctrínanse niños y adultos, libéranse obsesos, estúdiase la Doctrina en sus aspectos teórico y práctico, promoviéndose la asistencia social a todos los necesitados, sin imposiciones ni discriminaciones y cultívase la fraternidad pura que abre los portales al futuro. La coordinación de las actividades de un Centro Espírita bien orientado es prácticamente automática, resultando del clima fraternal en que todos se sienten como en familia, ayudándose mutuamente. Es en esa comunión de esfuerzos que los espíritas pueden anticipar las realizaciones más fecundas. Pero si en el Centro Espírita se infiltra el espíritu mezquino de las intrigas, de las pretensiones desmedidas, de las aversiones inferiores, los dirigentes necesitan de mucha paciencia y tolerancia para superar esos amargores y restablecer la paz y atmósfera espiritual. Jamás, sin embargo, se deberá renunciar a sus deberes, lo que sería una deserción, a menos que lo hagan reconociendo humildemente sus errores y continuando en el Centro para servir mejor, en las mismas funciones o en otras inferiores. Nada más triste que en un Centro Espírita unos se erijan en maestros de los demás, cuando en realidad nadie sabe nada y todos debieran considerarse, sencillamente, aprendices. Los servicios más urgentes de cada Centro son los de instrucción de los viejos y nuevos adeptos, tanto unos como otros carecientes del conocimiento

doctrinario. Bien realizado ese servicio, todos los demás serán cumplidos con más facilidad.

3. EL CENTRO Y LA COMUNIDAD

El Centro Espírita no surge arbitrariamente ni por determinación de alguna institución superior del movimiento doctrinario. Él es siempre el producto espontáneo de una comunidad espírita que se formó en un barrio, en una villa o en una ciudad. Esa comunidad es siempre extremadamente heterogénea, integrada por espíritas y simpatizantes de la Doctrina, miembros de corrientes espiritualistas diversas y de religiosos indecisos o insatisfechos con las sectas a que se afiliaran o a que pertenecen por tradición familiar. Sin embargo, hay un denominador común en toda esa mezcla: el interés por el Espiritismo. Ese interés, a su vez, deviene de varios motivos, entre los que predominan los sucesos de orden mediúmnico en las familias, por lo general, con la forma de perturbaciones psíquicas.

Es de tal manera que los fundadores del Centro y sus auxiliares enfrentan desde el inicio muchos problemas y dificultades. Es necesaria la presencia de una persona que tenga conocimientos doctrinarios y experiencia de la práctica mediúmnica para que el Centro no fracase en los primeros meses de su existencia. No existiendo en el grupo fundador una persona con tales condiciones, es necesario acudir a personas de otros Centros de las proximidades, que siempre acuden con buena voluntad. El Espiritismo no es proselitista, no entra en la disputa sectaria por los adeptos de las religiones, pero deben los espíritas interesarse, necesariamente, por quienes demuestran interés por la Doctrina. Esclarecer y orientar siempre es un deber espírita.

El conocimiento de los problemas mediúmnicos exige estudio incesante de las obras básicas de Allan Kardec, particularmente estudios incesantes de *El libro de los Médiums* y la lectura metódica de la *Revista Espírita* de Kardec, en que los lectores encuentran, además de numerosas instrucciones, relatos de hechos y observaciones de investigaciones que mucho ayudan en el tratamiento de los problemas actuales. Sin estudio constante de la Doctrina no se puede hacer Espiritismo, simplemente se crea una rutina de trabajos prácticos que nos dan la ilusión de la eficiencia. Estudio e investigación, observación constante de los hechos, análisis de los mensajes recibidos, control de los médiums, exigencia de la educación mediúmnica con advertencias constantes para que los médiums aprendan a controlarse, no dejándose llevar por impulsos recibidos de las entidades comunicantes: ése es el precio de los trabajos mediúmnicos eficaces. Más, por encima de todo y antes que nada: humildad. Porque el Espiritismo sin humildad es agua contaminada, llena de los gérmenes de la pretensión, de la vanidad, del orgullo que atraen a los Espíritus inferiores. Un presidente de Centro Espírita no es un Presidente de la República, es un doctrinador,

no un sabio. Por el contrario, son seres necesitados que están aprendiendo el difícil arte de servir y no el de imponer decretos, dar órdenes y humillar a los demás en público. Sin la humildad, que genera y sustenta el amor al prójimo, ni el estudio puede dar frutos buenos. Por lo demás, sin estudio los frutos de la humildad no producen amor, sino fingimiento, hipocresía de maneras más o menos melosa, de voz impostada para imitar a los ángeles.

El Espiritismo es natural y exige naturalidad de quienes pretenden vivirlo día a día en relación natural y simple con el prójimo. El amaneramiento, la modulación artificial de la voz, los excesos en la gentiliza mundana y todo lo que sea expresión artificiosa del refinamiento social, deformando la naturaleza humana con el pretexto de perfeccionarla, no hallan aceptación en los medios verdaderamente espíritas. Algunas instituciones comenzaron a adoptar, hace algunos años, entrenamiento de la voz y los gestos para los jóvenes espíritas. Otros pocos Centros adhirieron a esas escenificaciones, estimulados por mensajes espirituales que aconsejaban blandura y bondad en el trato con los semejantes. Espíritus aún apegados a los formalismos religiosos del pasado llegaron a recomendar modismos en tal sentido. Ni Jesús ni Kardec utilizaron ni recomendaron esas imitaciones de la hipocresía farisaica. Lo que el Espiritismo estimula es la transformación interior de las criaturas, para que se tornen más esclarecidas y, con esos, dotadas de una mente más lúcida y un corazón más puro. En el Centro Espírita debemos mantener la más plena naturalidad del comportamiento, dentro de las normas naturales del respeto humano. Los cambios exteriores, precisamente por ser forzados y, por tanto, mentirosos, no ejercen ninguna influencia benéfica en nuestro interior. Lo contrario es lo que vale: quien ejercitase prácticamente las buenas acciones, con bondad y sinceridad, modificará sin quererlo ni percibirlo su comportamiento, sin ninguna de las sintonías desagradables de fingimiento e hipocresía. El Espiritismo, que nos fue legado por Cristo a través del Espíritu de Verdad, no puede adoptar los recursos de la mentira. El Centro Espírita tiene otras cosas de que preocuparse que no sean esas repeticiones de un largo pasado de traiciones y perfidias en que los sacerdotes, entrenados en los gestos y expresiones piadosas, mandaban quemar vivos a sus semejantes en nombre de Cristo.

La facilidad con que la mayoría de las personas acepta libros de evidente mixtificación, como los libros *Os Quatro Evangelhos*, de Roustaing, las obras de Ramatís, y tantas otras, llenas de contradicciones y de pasajes ridículos, destinadas a desprestigiar al Espiritismo, proviene de los milenios de sujeción de las masas a la mixtificación clerical. En el Espiritismo no se persigue el dominio del mundo por ninguna forma eclesial recurriendo a las trampas demagógicas, sino únicamente al

esclarecimiento y purificación de los Espíritus para que la Tierra se eleve en sus condiciones morales y espirituales. El sistema *iglesiero* de adulación a los médiums, con la intención de obtener sus gracias, es otra raíz amarga que nos viene del pasado religioso, pero que no debe tener cabida en el Centro Espírita. El médium adulado, loado a cada momento, cercado de admiradores como un cantante popular, artista de novela de TV o jugador de fútbol, termina perdiendo su naturalidad, recurriendo a recursos ridículos para conservar su prestigio, por lo que llega, con tales importantes falacias, al fin de su misión. Los ejemplos son muchos y muy dolorosos en el mundo entero. Esa situación comprometedora ubica al Espiritismo en pie de igualdad con las religiones formalistas, desvirtuando su imagen real. Médiums, expositores y escritores espíritas no son luminarias ni santos, sino criaturas falibles que pueden también caer en cualquier momento de sus falsos pedestales. Debemos respetar naturalmente a esos seres como nuestros hermanos dedicados a la Doctrina (cuando no la sirven a favor de sus opiniones personales), sí, debemos respetarlos y loar sus esfuerzos, pero sin caer en las exageraciones de idolatrías beatas.

El concepto de mediumnidad que predomina entre nosotros, en la mayoría abrumadora de los Centros Espíritas, es espantosamente ambivalente y, por tanto, contradictorio. Se afirma, al mismo tiempo, que la mediumnidad es una gracia y una prueba, que los médiums son Espíritus inmensamente deudores, más no obstante, adorados como enviados de Dios. Quienes estudian seriamente la Doctrina perciben la falsedad de ese concepto. La mediumnidad es una facultad natural de la especie humana, como todas las demás facultades. Toda persona humana está naturalmente dotada de mediumnidad. Kardec destacó la existencia de la mediumnidad generalizada. Pero la mediumnidad se manifiesta en las personas en distintos grados de desarrollo. Todos somos médiums, todos poseemos lo que hoy se llama *percepción extrasensorial*, conforme a la denominación parapsicológica. Es natural que quienes revelan grados más intensos de mediumnidad, prestándose por ello a los trabajos mediúmnicos, sean designados específicamente médiums, de la misma manera que todos poseemos inteligencia, pero sólo quienes la han desarrollado en grado excepcional son designados *una inteligencia*, mereciendo el reconocimiento y el respeto de quienes han alcanzado ese grado.

Los médiums son los elementos principales de la ligazón del Centro Espírita con la comunidad social del barrio o de la ciudad. Son incluso el eslabón genésico de esa ligazón. Sus facultades mediúmnicas ejercen una atracción natural sobre la comunidad y los servicios que prestan en el Centro o en los servicios eventuales, fuera de él, amplían y extensifican la simpatía popular por el Centro. Esa función del médium es natural e

inconsciente. Siendo parte integrante de la comunidad, viviendo en medio del pueblo como pueblo, sin ningún título especial que los distinga de la masa, cuanto más simples y desinteresados ellos fueren, más eficientes serán en su función espontánea. Cuando el médium es pedante, pretencioso, conquistador de ventajas, malicioso y arrogante, esas antivirtudes lo transforman en un elemento negativo en la dinámica social. Por eso el médium debe comprender bien su condición de ser normal integrado en el pueblo y no como elemento excepcional, dotado de poderes divinos o convencido de poseerlos. Los dirigentes del Centro pueden reforzar o debilitar las ligazones de éste con la comunidad. Basta un presidente arrogante, siempre dispuesto a criticar y humillar a los adeptos de las sectas existentes en la comunidad, para que los eslabones establecidos por los médiums sean rotos. Atacar religiones y prácticas religiosas de los demás es el medio más fácil de alejarlos del Centro. Esa crítica puede y debe ser hecha, en términos de comparación histórica, en las reuniones de estudios doctrinarios, con amplia libertad de discusión al respecto, reconociéndose la existencia de los factores temporales que, en el pasado, fueron benéficos a la solución espiritual de los hombres, tornándose más tarde perjudiciales para el esclarecimiento espiritual del pueblo. Incluso así, es conveniente evitar exageraciones, a efectos de que esos debates elucidativos no se conviertan en piedra de tropiezo para las personas simples de buena fe. En todas las actividades del Centro debe prevalecer el principio del amor y respeto hacia el prójimo, no para atraer simpatías, sino para no causar aborrecimiento y prevenciones en las personas que desean adquirir conocimientos renovadores.

El Centro Espírita no es un instrumento de conversiones, pero tampoco puede ser un ámbito de disensiones. El Espiritismo no quiere imponerse a los demás, sino esclarecer a quienes lo procuran. Si existiesen en la comunidad elementos de esos que muestran a cada espírita como un diablo disfrazado de gente, un agente del diablo para engañar a las almas, el Centro no debe aceptar sus provocaciones negativas. Esas personas, generalmente exaltadas e insolentes, son víctimas de su propio temperamento y también de las deformaciones sectarias del Cristianismo de las épocas de fanatismo, maldiciones, excomuniones y persecuciones que, aunque distantes en el tiempo, aún permanecen en el inconsciente de muchas personas, forzándolas a actitudes anticristianas y ridículas. Hoy los tiempos cambiaron y el Centro Espírita puede responder a esas agresiones – como hacía Kardec – no con réplicas violentas, sino con respuestas esclarecedoras, serenas y fraternales.

Pero tenemos que vigilar nuestra tolerancia para no caer en el charco de la hipocresía, en el fingimiento de una bondad que no tenemos. La regla

del comportamiento espírita debe ser la de Jesús: “mansos como las palomas prudentes como la serpientes”. El Centro Espírita guarda en su seno las cosechas de la Verdad y preciso es defenderlas, mantenerlas puras y vivas, para con ellas saciar el hambre del mundo. Jesús se inmoló por esa cosecha de su propia siembra, mas cuando fue necesario defender el sembradío tuvo actitudes viriles contra los pregoneros de la mentira y la ilusión. Si dejamos el Centro abandonado a la furia de los fariseos, ellos lo destruirán sin ningún escrúpulo con ráfagas de calumnias y perfidias. El Centro Espírita es la humilde y pequeña fortaleza de la Verdad en la tierra de la mentira. Tiene la obligación de luchar para que la verdad prevalezca con toda su dignidad.

La incapacidad humana para asimilar las enseñanzas de Jesús llevó al Cristianismo a dos extremos que sólo Kardec supo rechazar, estableciendo el equilibrio en la balanza con el buen sentido. Los espíritas no pueden oscilar entre el extremo de la arrogancia criminal, generadora de guerras y destrucciones, y el extremo de la cobardía disfrazada de humildad, que siempre calla y cede ante los insolentes agresores. Hay un límite para la tolerancia, trazado por Jesús en torno de la mujer inerme que los hipócritas querían apedrear.

Se propagó en el medio espírita, a través de mensajes mediúmnicos emotivos que tendían a un masoquismo de cilicios y autocastigos, la extraña idea de que la virilidad sólo pertenece a los cultores de la violencia. Volvemos así al sistema iglesiero de los rebaños de ovejitas inocentes devoradas por lobos hambrientos sin ninguna posibilidad de defensa. Entregados a esa idea derrotista, el medio espírita se bastardeó. Al punto de negarse a defender la Doctrina desvirtuada por la ignorancia travestida de bondad y dulzura. La falsa imagen del Afable Nazareno (Meigo Nazareno), que a todo cedía –comprometiendo su propia misión- borró de la mente de los desprevenidos adeptos la imagen viril de Jesús empuñando el látigo en el templo contra los mercaderes. Ya es tiempo de comprender que estamos en la Tierra para conquistar y defender la dignidad humana, sin inclinarnos atemorizados ante las investidas de la impostura. Quien no defiende la Verdad traicionada y manchada por la mentira, no es digno de ella. Y quien no es digno de la Verdad se entrega a la mentira. Jesús enfrentó a los mentirosos atrevidos en uno de los patios del templo, como nos revela el *Evangelio según Juan*, 8:44: “Vosotros sois de vuestro padre el diablo (...) él ha sido homicida desde el principio”. Duras palabras a las que los mentirosos quisieran responder con pedradas. Pero Jesús desapareció, enseñándoles que las piedras de la mentira no pueden alcanzar el blanco de la Verdad. Los espíritas seráficos, candidatos apresurados a una angelitud que aún estamos lejos de alcanzar en la Tierra, no comprenden el sentido

de ese pasaje evangélico y son capaces de anularlo del Evangelio en nombre de una santidad cobarde que Jesús jamás enseñó. La figura evangélica de Jesús está trazada con rasgos fuertes y viriles. Su coraje para encarnar en la Tierra y enfrentar a los poderes del mundo como hombre, su audacia en la condenación de los poderosos del templo, sin recurrir a sofismas, su valentía al entregarse para el sacrificio de la cruz y enseñar a los hombres la gloria de morir por la Verdad, son lecciones que debemos aprender, si quisiéramos ser dignos de seguirlo.

El Centro Espírita encaja naturalmente en la comunidad, forma parte de ella, es un órgano activo y operante de su estructura social. Por más humilde y simple que sea, es una fuente de consolaciones, un puesto de orientación para quienes se atormentan y desesperan, son manos amigas extendidas en la bendición del pase, un canal siempre abierto de la caridad y del amor... Mas es también la trinchera serena y vigilante de la Verdad, el tribunal que no condena, sino que ayuda y absuelve, a través del esclarecimiento espiritual. Quienes buscan la paz y la esperanza encuentran en él la comprensión que pacifica el espíritu y la razón que justifica la fe con las pruebas de la Verdad. Por todo eso, su posición en la comunidad es la de un corazón común abierto a todos y la de una conciencia lúcida orientando por doquier a través de la permanente donación de las enseñanzas y los socorros gratuitos.

La responsabilidad de los dirigentes y colaboradores de esa institución cristiana, humilde y simple es, sin embargo, grandiosa y compleja. La voz de los Espíritus suena día y noche en el silencio de ese ámbito acústico de la Verdad, en el murmullo secreto de las fuentes de la intuición, advirtiéndole a quienes sufren y a quienes gozan en cuanto a la precariedad de las ilusiones terrenas y a la eternidad de las leyes de la vida en el Universo infinito. Cuanto más simple es el Centro en bienes materiales, mayor es su riqueza en bienes espirituales.

4. LAS RAÍCES AFRICANAS

El Centro Espírita se presenta a veces, entre nosotros, con la doble forma de Centro y de *Terreiro**. Eso repugna a la mayoría de los espíritas que ven en el Terreiro una expresión de las prácticas supersticiosas africanas, innegablemente de origen salvaje. En realidad, eso acontece por falta de estudio de la Doctrina Espírita en los Centros. Los culpables de ese hecho no son las personas simples que creen en la *fuerza de Orixá*** más que en la ayuda inteligente de los Espíritus esclarecidos. La culpa es de los dirigentes de los Centros que se atreven a dirigirlos sin adquirir ni los más elementales conocimientos de los principios del Espiritismo. En última instancia, la culpa es de nuestra pobreza cultural. Pero esto no nos debe escandalizar tanto, pues también lo mismo ocurre en los altos niveles de la cultura nacional y mundial, en que numerosas personalidades doctoradas en distintas disciplinas incurren en la misma confusión. En las universidades de Brasil y del mundo, donde los problemas culturales son amplia y minuciosamente examinados, los doctores en sociología revelan, hasta en sus mismas tesis doctorales, una extraña ignorancia al respecto, ya que utilizan la palabra Espiritismo –vocablo culturalmente consagrado de la Doctrina Espírita- para referirse a las más variadas manifestaciones de magia primitiva y de mediumnismo popular.

Ante esa ignorancia generalizada, no podemos condenar a nuestra gente humilde por tales confusiones. La palabra *Espiritismo* fue creada por Kardec para designar a la Doctrina que él estructuró con los elementos de la revelación de los Espíritus superiores, transmitidos a través de médiums en las sesiones experimentales, además de los frutos de sus investigaciones personales y de las deducciones que de ellas naturalmente extrajera. Esa Doctrina, como lo reconocieron todos los estudiosos serios del mundo, se halla constituida de partes sucesivas que se corresponden con las del conocimiento: la ciencia, la filosofía, la moral y la religión. Kardec siempre consideró a la religión, en el Espiritismo, como una consecuencia de las anteriores secuencias. Procedió así para no confundir a la Doctrina Espírita con las confusas y percederas teologías de su tiempo, tan pasajeras que llegaron hasta nuestros días discutiendo en torno de un problema sin sentido, el desenvolvimiento de la Teología Radical de la Muerte de Dios. *Dios murió*. Esa fue la grande conclusión de los teólogos en nuestro tiempo.

* Terreiro: Nombre con que se designa a los locales en que se celebran las ceremonias de fetichismo afro-brasileño, tales como el de Umbanda, que penetró en los últimos años en la Argentina y que llega también a la incoherencia y desajuste léxico de denominarse, en oportunidades, Umbanda Espírita. [Nota del traductor.]

** Orixá: Divinidad secundaria del culto afro-brasileño. [Nota del traductor.]

Limitándose a la ciencia y a la filosofía espíritas –como médula estructural y sólida de la Doctrina-, Kardec consideró a la moral y a la religión espíritas como derivaciones naturales y necesarias de la nueva concepción del Universo, del hombre y de la vida que la Doctrina establecía. En sus discusiones con los sabios en la Universidad de Francia, en que fue director de estudios, y posteriormente en la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas, con sus compañeros de investigación y con sabios que lo visitaban, ubicó de un modo preciso ese problema. El Instituto de Francia reconoció a la filosofía espírita. En el Brasil, en un libro publicado por la Universidad de San Pablo y por el Instituto Brasileño de Filosofía, la filosofía espírita es presentada como parte integrante y activa de nuestro panorama filosófico.

Los dirigentes de Centros Espíritas necesitan tener conocimiento de este asunto a efecto de evitar la mixtura de prácticas africanas en sus instituciones. No se puede mezclar una doctrina científica y filosófica con prácticas de magia primitiva de las selvas. No se trata de un repudio al mediumnismo y a su mentalidad mágica, sino una cuestión de método y de cultura.

La idea popular de que los trabajos de Umbanda y Candomblé son más fuertes y eficaces que los trabajos espíritas, proviene del desconocimiento de los problemas espirituales. Cuando se trata de cuestiones espirituales –como Kardec enseñó de una manera sumamente clara-, de nada valen los objetos e ingredientes materiales usados en los cultos africanos e indígenas del Brasil. No se resuelve ningún problema espiritual con explosiones de pólvora, puntos y rayas trazados en el suelo, ingestión de bebidas alcohólicas, pies descalzos sobre la tierra, bailes, encendido de velas, lanzamiento de flores y diversos objetos al mar, rasuramiento de los cabellos, bautismo con sangre de gallina negra y otras supersticiones de esa naturaleza. Que los negros africanos salvajes creyesen en todo eso y en la *fuerza* de tales prácticas, era natural y justificable. Pero que personas civilizadas, o por lo menos nacidas en un medio civilizado aún se apeguen a esas cosas, es verdaderamente para admirar. Todas las prácticas africanas fueron traídas al Brasil y a otros países americanos por el tráfico de negros en tiempos de la esclavitud. Ya en el África esas religiones primitivas se mezclaron con el catolicismo de los misioneros blancos y con el islamismo de los árabes. Aquí en el Brasil se sumaron las contribuciones de las religiones primitivas de nuestros indios. Se desarrolló entonces lo que científicamente se denomina *sincretismo religioso afro-brasileño*. Los santos católicos fueron asimilados a los dioses africanos. Jesús pasó a llamarse Ósala, Nuestra Señora se convirtió en Iemanjá, Santa Bárbara en Iansa, y así sucesivamente. De nuestras religiones indígenas, la

práctica que más se infiltró en el sincretismo fue la de Poracé, parte nacional del Candomblé africano.

Como todas las religiones primitivas están volcadas hacia los intereses materiales –solución de problemas materiales a través de procesos mágicos-, la creencia popular se apegó a esas prácticas, dando un enorme impulso a la expansión del sincretismo entre nosotros. Además, las escenificaciones rituales creadas por el pueblo, enriqueciendo nuestro folclore, atrajeron a las multitudes, incluyendo a extranjeros de cultura europea. Gracias a eso, ya estamos exportando Umbanda, Candomblé y Quimbanda por el mundo. Es una victoria de lo primitivo sobre lo civilizado, que lleva siempre en sí mismo las raíces africanas del primitivismo.

Son comprensibles las razones de todo eso, pero no se puede comprender que en un Centro Espírita, iluminado por las luces de la Doctrina Espírita, sea aceptada la introducción de esas prácticas primitivas. Las energías espirituales superiores, empleadas por los Espíritus benevolentes en los trabajos espíritas, son mucho más poderosas que todas las fórmulas mágicas de las selvas. No despreciamos a esas prácticas ni las condenamos, pues ellas nos revelan las tentativas del hombre salvaje por dominar la magia de la Naturaleza. Pero ese dominio ya fue logrado por las ciencias, que después de su fase materialista ya penetraron en las entrañas de la materia y alcanzaron la esencia espiritual del hombre, de los seres y de las cosas. El mismo Espiritismo, tan encarnizadamente combatido por las ciencias, está hoy comprobado por las conquistas científicas de nuestro siglo. Los dirigentes de los Centros Espíritas necesitan conocer estos problemas, si es que quieren realmente dirigirlos. Si persistieren en la ignorancia, en el cultivo de sus supersticiones, en la falta de lectura y de estudio, seguros de que todo lo saben respecto del tema, terminarán como el ciego de la parábola cayendo por el barranco y llevando consigo a los demás al fondo del precipicio.

El nivel mental de una persona civilizada no puede estar tan bajo que se asemeje al de los salvajes. Existen, por tanto, un problema grave de desfase cultural, de desnivel mental, que los espíritas precisan encarar con seriedad ante la ley de evolución. El sincretismo es un retorno a la mentalidad de la selva. Quienes a él se entregan, generalmente por intereses inferiores de orden material, están intentando volver atrás en su evolución. De ese esfuerzo retrógrado resulta siempre el efecto negativo del atraso mental y espiritual. Y por ello, el Centro Espírita, infestado por esas prácticas, se convierte en un organismo en proceso de deteriorización. Gira en sentido contrario a su finalidad superior apegándose, cada vez más, a los

intereses pasajeros de la vida terrena. Es admisible la existencia de los *terreiros*, en que los hombres y los Espíritus aún apegados al primitivismo realizan sus cultos y experiencias retardatarios. Pero no es aceptable, bajo ningún concepto, la mezcla de esas prácticas contradictorias en un local espírita. Quien prefiere el sincretismo que concurra a un *terreiro*, pero quien siente la ansia de elevación espiritual que no se engañe con la supuesta fuerza de las prácticas selváticas. Muchos alegan que en esas prácticas están presentes los Espíritus. Conviene recordar que los Espíritus están en todas partes, pues son, como enseña Kardec, elementos naturales, como las piedras, las plantas, los animales, pero cada uno está en su respectivo nivel de evolución. El hombre es el Espíritu que se elevó sobre todos esos grados naturales y alcanzó los planos superiores de la conciencia. Su responsabilidad espiritual –como decía León Denis– es grande y pesada. En el Centro Espírita la comprensión de ese problema debe ser permanente, por lo menos de parte de quienes lo dirigen.

Igualmente, necesitamos profundizar nuestra comprensión del problema de los negros entre nosotros. Los adversarios del Espiritismo suelen alegar a menudo que en las prácticas doctrinarias siempre se presentan Espíritus de negros e indios, lo que demuestra la condición inferior de la Doctrina y del medio espírita. Podemos recordar la influencia del negro y del indio en la cultura norteamericana y la supremacía del Espíritu indio Silver Birch en el movimiento espírita inglés. Las razones de eso son históricamente visibles. Nosotros, los blancos, establecimos el tabú de la superioridad racial del blanco en el mundo. Invadimos el África para explotarla y cazar a sus hijos como animales, sometiéndolos a la esclavitud. Hasta hoy mantenemos en el mundo condiciones racistas intransigentes. Después de siglos de explotación y humillación del negro, iniciamos la colonización africana por motivos económicos, valiéndonos de las devastaciones y las crueldades. No dejamos en el África la herencia de la civilización que debíamos dejar, sino la herencia de la barbarie, con que las naciones africanas luchan desesperadamente. No somos acreedores del África, sino deudores de ella. Es natural, entonces, que los dioses negros, Espíritus protectores de las razas negras, hayan invadido nuestra área cristiana. Lo que la catequesis blanca no consiguió hacer con negros e indios, las leyes sociales de la miscigenación lo hicieron a través del sincretismo religioso. Sin no hubo conversión del negro por la sujeción de la fuerza, hubo mestizaje racial y cultural por la fusión de las mitologías negra y blanca. Las religiones mestizas, a que se refirió Euclides da Cunha en *Os Sertões*, consumaron la fusión fraternal en el plano de los intereses inmediatos de ambos lados.

En el proceso natural de la reencarnación el mestizaje se diluye, de siglo en siglo, por la reencarnación de Espíritus de las razas blancas en cuerpos negros, y viceversa. Muchos blancos orgullosos del pasado se manifiestan hoy, a través de la mediumnidad, como negros e indio, pues tuvieron, en encarnaciones de ese género, la posibilidad de aprender las lecciones necesarias para alcanzar la humildad, corrigiendo excesos y arrogancia de otros tiempos. Los *terreiros* del sincretismo religiosos conservan las raíces africanas e indígenas de nuestra formación, propiciando a blancos y negros oportunidades para revisiones anímicas y concienciales. Blancos beneficiados por Espíritus de negros e indios, y viceversa, se reajustan en el plano del respeto y la dignidad del hombre, sin pretenciosas discriminaciones epidérmicas. Esa superación del pasado es mucho más importante para el futuro del mundo que los avances tecnológicos con sus consecuencias altamente negativas.

Además, los espíritas tienen una deuda moral y espiritual para con las religiones negras y mestizas. Cuando Luíz Olímpio Telles de Menezes lanzó en Bahía el primer periódico espírita, *O Eco de Além-Túmulo*, en el siglo pasado, la *Revista Espírita* de Kardec registró el hecho con asombro, por considerar al Imperio Brasileño, estrechamente ligado a la Iglesia Católica, como uno de los países más refractarios al Espiritismo, como realmente lo era. Pero en esos mismos tiempos las prácticas de Macumba en el Brasil rompían las barreras católicas y abrían la brecha necesaria para la penetración del Espiritismo en nuestra tierra. No podemos olvidar esa contribución importante de negros e indios para la depuración de nuestro asfixiante clima religioso. La propia aparición del primer periódico espírita ya era una demostración de que los tambores de la selva superaban esas barreras hasta entonces inexpugnables. Señoras y señoritas socorridas, en angustiosos sucesos familiares, por medio de las prácticas negras e indígenas, suavizaban las barbas hirsutas de los señores, que disminuían su ferocidad racista. Las prácticas negras e indígenas constituían entonces el socorro del cielo a la nueva nación que nacía. Ese problema histórico fue olvidado por casi todos los sociólogos estudiosos de nuestra formación racial y cultural fundada sobre la base del proceso de mestizaje racial y cultural. Fue por esas y otras cosas más que la sentencia popular brasileña: *Dios escribe derecho con trazos torcidos*, surgió y se propagó entre nosotros.

Ante estos hechos históricos innegables, tenemos que respetar las formas de sincretismo religioso afro-brasileño como elementos pertenecientes genéricamente a nuestra formación nacional. Pero el respeto y la gratitud no autorizan el abuso de la mixtura de los elementos diversos que provienen del proceso de evolución nacional. El sincretismo religioso

es un recurso natural de la evolución cultural de los pueblos, para elevar las culturas inferiores al nivel de las más adelantadas. Fue así que Grecia se elevó al nivel del Egipto antiguo, así como Roma absorbió la religión y la cultura griegas. Pero esas ascensiones colectivas dependen del tiempo. El ritmo del sincretismo religioso afro-brasileño se aceleró entre nosotros en medio de la Segunda Guerra Mundial, procesándose hasta nuestros días en constante progreso. Nuestro crecimiento industrial de posguerra, las inquietudes políticas y las fluctuaciones financieras, la crisis del Catolicismo y, sobre todo, la explosión demográfica, con la invasión de las grandes ciudades por olas sucesivas de poblaciones rurales, son los factores de ese aceleramiento, mostrando la íntima ligazón entre el desenvolvimiento social y el sincretismo. Claro que, de la misma manera y por los mismos factores, creció el movimiento espírita en todo el país. Las masas de inmigración rural, particularmente del Norte y Noreste, venían impregnadas del misticismo de mestizos y sobrecargadas de formas sincréticas. Esas masas son las que están aportando un gran número de seres más sensibles a los Centros Espíritas y a las religiones de tipo mediúmnico, como las sectas pentecostales y orientales, particularmente japonesas, ligadas a prácticas espiritoides, es decir, semejantes a las prácticas de manifestaciones espirituales, pero sin el control racional de la Doctrina de los Espíritus. La asimilación es visible: a través de los Centros Espíritas y otras instituciones doctrinarias las masas de varias procedencias van asimilando las enseñanzas espíritas e integrándose en sus prácticas.

Tenemos así, toscamente esbozado, el panorama de cuatro siglos de evolución espiritual del Brasil. Las raíces africanas del sincretismo, que son las más importantes, ofrecen, ya hoy, una gama creciente de formas sincréticas que van desde el *terreiro* negro-mestizo, con sus rituales típicamente salvajes, hasta los más inclinados a la imitación católica y los grupos intelectualizados que se esfuerzan inútilmente por atribuir a la Umbanda (principalmente a ésta) un origen indiano por medio de teorías pretenciosas que deforman la verdad histórica y social. El impulso de ascensión se muestra palpable en la realidad de ese proceso. Cabe al Centro Espírita la responsabilidad de vigilancia en la defensa de la pureza doctrinaria del Espiritismo, ante la violencia y la confusión de esa fase crítica del desenvolvimiento del sincretismo. Por tal razón, el estudio del problema en los Centros se convierte en un imperativo del momento espírita nacional. Pero es necesario criterio lógico, mucha comprensión, humildad y amor para que los Centros puedan cumplir su misión esclarecedora y orientadora.

5. DIOS EN EL CENTRO ESPÍRITA

Hace más de un siglo que los sacerdotes, los pastores, los catequistas y las más altas autoridades de las religiones cristianas en el mundo de Dios acusan al Espiritismo de invención diabólica y al Centro Espírita de casa del diablo. Pero, durante el correr del tiempo, esa situación ingrata se fue modificando. Las artimañas del diablo fueron venciendo gradualmente a los escrúpulos de los ministros de Dios. Padres y abadesas, monjes y monjas, sacristanes y sacristanas, pastores y ovejas comienzan a percibir que los espíritas también son hijos de Dios y merecen la bendición del Padre. Así, aliviado del peso de las maldiciones y de la presión de los preconceptos, el Centro Espírita dejó de ser el espantajo de los creyentes y comenzó, incluso, a atraerlos. El Centro Espírita calumniado, humillado y humilde, muchas veces de pies descalzos (como José de Anchieta en Meritiba) comenzó a caer en gracia al pueblo. ¿Por qué? Porque era apenas una parcela del pueblo y en él no se exaltaba al diablo, sino a Dios. “Quien vive de manos dadas con el demonio no tiene el derecho de proferir el Santo Nombre de Dios”, gritaba un padre sincero, lleno de indignación divina, en le púlpito de su iglesia, aquí mismo, en San Pablo, en los idos de 1930. pero el tiempo, que todo lo cura y todo prueba, curó la furia del padre y probó que Dios está también en el Centro Espírita. Suprema herejía que nadie puede evitar, pues Dios no pide licencia a nadie para estar en todas partes y en todo, según el propio dogma de la Omnipresencia Divina, sustentado por las Iglesias.

Hoy, como nos dijo cierta vez el doctor Romeo do Amaral Camargo: “Dios está en el Centro”. Les costó mucho a las Iglesias aceptar esa posibilidad por medio de sólo algunos de sus profesantes. Pero eso no es para espantar a ninguno, pues solamente ahora, también, en reciente declaración del Papa Paulo VI, divulgada por la prensa mundial, el Vaticano reconoció oficialmente que hay una presencia de Dios en el Judaísmo. Mas, si Dios está en la Biblia y si ésta es la palabra de Dios, sobre la cual se asientan todas las religiones cristianas, ¿cómo recién ahora percibió que Dios está en la sinagoga? En la costa del Pacífico, en los Estados Unidos de América del Norte, país celosamente cristiano, existen varias Iglesias del diablo. ¿Quién podrá reconocer oficialmente la presencia de Dios en esas Iglesias, ahora que el Espiritismo demostró ser de Dios y no del diablo? Con el correr del tiempo se tornó más fácil probar la existencia de Dios en un lugar que la presencia del diablo. No debemos perder mucho tiempo con esas curiosidades, mas, como la memoria humana es muy débil, necesitamos señalar esos hechos. La anfibología *Dios está en el Centro*, encierra una verdad que todos los espíritas conocen muy de cerca. En el centro del Universo está Dios, no figuradamente, sino

en realidad, pues, si Dios es el Todo en esencia y todo proviene de Él, todo pertenece a Él, todo es Él y Él dirige y gobierna todo, es evidente, entonces, que el Centro Espírita –donde todo se hace en nombre de Dios– no puede estar sin Dios. Giovanni Papini, el famoso escritor católico italiano, autor de la famosa obra *Il Diavolo*, causó escándalo en la Santa Sede al sustentar que el diablo ha de volver a Dios. Pero los teólogos, aturcidos con las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial, resolvieron manifestar ante el mundo que Dios murió. Si eso realmente hubiera acontecido, la situación de las Iglesias sería insoluble y toda la teología de ellas se habría derrumbado, dado que, si Dios murió, es señal de que no era inmortal, por lo que el diablo se quedó en situación embarazosa, puesto que no tiene ya quien lo perdone y continúa vivo después de la muerte de Dios y más invulnerable que el mismo Dios.

En el Centro Espírita la noticia de esta muerte no causó la menor conmoción, puesto que todos saben, hasta los adeptos de inteligencia más modesta, que Dios está allí, tal vez sentado liberalmente entre ellos, sonriéndose de su muerte imposible. En una actitud puramente humana, los teólogos han querido colocar a Jesús, provisoriamente, según dicen, en el trono de Dios, como legítimo heredero del trono supremo. Y entonces fue que surgió esta otra situación embarazosa: si Dios murió y el hijo sólo puede sustituirlo eventualmente –pues no es Dios–, entonces la muerte de Dios dejó el trono como una simple regencia, con lo cual surgió en la Tierra el Cristianismo ateo. Necesitamos saber estas cosas a efectos de conocer a quién entregaremos nuestras almas en el momento de nuestra muerte. El ateísmo cristiano nos dejó en dificultades y sólo tenemos una alternativa para buscar a Dios: en el Centro Espírita. Porque solamente allí, en la antigua morada del diablo, no se cree que Dios haya muerto y se continúa hablando en su nombre. Porque allí se sabe y se demuestra diariamente, a través de los procesos kardecianos, que, si ni el nombre muere, menos podrá morir Dios. La Teología, arrogante y vanidosa Ciencia de Dios, cerró sus puertas doradas con el balance total de su fracaso. Si Dios murió, se acabó el negocio.

La omnipotencia y la omnipresencia de Dios son dos misterios teológicos admitidos por casi todas las religiones. ¿Por qué sólo puede existir un Dios, único y soberano, cuando sería mucho más fácil comprender a una multiplicidad de dioses con su disciplina jerárquica, como en las mitologías? La respuesta a esta pregunta, ahora reformulada por los neopoliteístas, nos conduce directamente al centro del problema cristiano y al centro de la mundivivencia espírita. En el Judaísmo arcaico, heredero de las viejas concepciones mesopotámicas, la existencia de Dios único era una necesidad orgánica. Derivada del antropomorfismo más

remoto –en que el hombre era la síntesis y el modelo de todas las cosas-, esa concepción se mostraba en el Cosmos como un gran ser que abarcaba, con su conformación ideal, la totalidad de las cosas y los seres existentes. El aislamiento griego –teoría del mundo como un ser vivo-, dotado de cuerpo y alma, confundía a la naturaleza divina con la naturaleza humana. Ajustando esa idea estática al movimiento incesante de las cosas, Zoroastro, en Persia, presentaba la imagen de Dios en el fuego, en las llamas, que son al mismo tiempo estables e inestables. El Judaísmo, nacido de las entrañas de la concepción mitológica de los pueblos de la Antigüedad, avanzaba más allá en esa concepción, presentando a Dios como un ser humano de dimensiones inimaginables, pero dotado de poder, pues poseía todos los poderes de revelarse a los hombres en dimensiones humanas. Prohibía que se hiciesen figuras de Dios, pero en la Arca Sagrada había oculta su imagen pintada por manos humanas. En la Biblia, esa contradicción es bien marcada. Se manifiesta en la forma humana de Jehová, con todas las imperfecciones humanas del amor y del odio, de la ambición y la envidia, de la voracidad cruel y brutal de Baal y de la preferencia por su pueblo, con el más absoluto desprecio por los demás pueblos, considerados impuros. El proteccionismo de Moisés –tan asesino y envidioso como Caín- recuerda las preferencias de los dioses mitológicos de Gracia por sus pupilos. Dios, localista, como los dioses nomos egipcios, pero sin poseer tierra propia, lleva a los judíos a la conquista brutal de Canaán, para allí establecer su feudo, sin la menor contemplación para con el pueblo cananita. No es de admirar que el Cristianismo iglesiero, apegado ferozmente a la Biblia, se enganchara más tarde al carro de las iniquidades romanas, masacrando y expoliando a los pueblos más débiles. Y es de las entrañas de ese dios humanísimo, vengativo y cruel como los hombres, exclusivista y contradictorio, que nace la idea del Dios único.

Mas, a pesar de todo eso, la unicidad de Dios es tan necesaria como la unicidad del hombre. La esquizofrenia nos muestra que el hombre es un alienado, un espíritu dividido en sí mismo, incapaz de coordinar sus facultades y controlar sus poderes. Un Dios partido en tres –según el dogma de la Trinidad-, sería un dios esquizofrénico, y su desorden divino y su inseguridad interna se reflejarían en el caos de un Universo absurdo. Así, de la dialéctica de las concepciones contradictorias de Dios es que va a nacer la lógica de la concepción monoteísta. Dios sólo puede ser Uno, solitario y soberano en lo inefable, en las soledades vacías del Cosmos. En esa soledad Él crece en sus poderes hasta el momento en que, estremeciendo y despertando de su hibernación espantosa, toma conciencia de sí mismo y realiza, con apenas una palabra: *fiat*, la Creación universal y total. Y como la Creación llena todos los espacios vacíos, en todas direcciones, Dios permanece en el centro, dirigiendo y controlando sus

dominios inaccesibles a la imaginación humana. Esto es porque Dios es único y sólo puede ser único, a pesar de poder todo. Las contradicciones del politeísmo provienen de la concepción caótica del Universo, no permitiendo a la mente humana una concepción armoniosa de la realidad. En el monoteísmo tenemos apenas una contradicción, que es la de Dios consigo mismo, y Éste generar la síntesis de todo, para dar al hombre la posibilidad de comprender la realidad y estructurarla en el conocimiento, sin el cual nada sabríamos ni podríamos.

Es así que la realidad cósmica –no accesible a la inspección completa del hombre- queda a su alcance gracias a la estructura de las leyes regulares y universales, que le facultan las ilaciones necesarias para una visión general del Universo. Dios es el poder generador y mantenedor de esa realidad sin límites, y el concepto de Infinito –vaga suposición de la Antigüedad- se torna positivo por la revelación de una unidad orgánica, necesariamente orgánica del Cosmos. Obsérvese bien: unidad orgánica, semejante a nuestra estructura, que es una a pesar de la multiplicidad de sus órganos y miembros, dado que todos ellos pertenecen a un organismo único. De la misma manera, la unidad orgánica del Cosmos deviene de su centralización en Dios, que mantiene la unidad infinita a través de la subordinación de todas las galaxias o constelaciones de mundos, espacios etéreos aparentemente vacíos, pero llenos de fuerzas y plasmas cósmicos, todo integrando el organismo único.

¿No sería esto una ilusión? Quienes consideran al Universo como finito y cerrado sobre sí mismo dicen que sí. Pero Kardec, ya en el siglo pasado, antes de las conquistas científicas de nuestro siglo, propuso una teoría que hoy tiene la sanción de los nuevos descubrimientos. Por más que intentemos atribuir al Universo un límite –recordó él-, por más que avancemos con nuestra imaginación, siempre estaremos ante espacios que se extienden más allá de nuestra mirada. Esa prueba psicológica de la infinitud (basada al mismo tiempo en psicología y en lógica) tiene hoy la comprobación de las conquistas parapsicológicas, que revelan la existencia en nosotros de un poder también sin límites, que es el de la percepción extrasensorial de realidades que se ocultan a nuestros sentidos físicos. No se trata simplemente de intuición, sino de captación de realidades que están fuera del alcance de nuestros sentidos y de nuestros instrumentos. El hombre siente e intuye que el Universo es infinito. Teorías físicas y cálculos matemáticos lo contradicen. Pero la percepción extrasensorial, fundada en sus potencialidades inconscientes, continúa diciéndonos que, para las dimensiones del Cosmos, no existen límites.

En el Centro Espírita la presencia de Dios se hace sentir en las manifestaciones mediúmnicas, que derrumban las barreras de la muerte a través de las declaraciones unánimes de los Espíritus superiores, comprobadamente poseedores de conocimientos muy superiores a los nuestros; por la revelación, probada a través de investigaciones y experimentaciones científicas de sabios eminentes del siglo pasado como del actual, que afirman que existen potencialidades en el hombre muy superiores a las que él revela estando encarnado, sujeto a los condicionamientos de la vida carnal. No se trata de dogmas establecidos por concilios de ciegos supuestamente divinos, sino de investigaciones objetivas controladas por la metodología científica. Dios no es una hipótesis, sino una realidad comprobada por el principio científico según el cual, *de los efectos nos remontamos a las causas*. Dios es la fuente causal de toda la realidad. Kardec extrajo de ese principio, por ilación lógica apoyada por los hechos, la ley espírita según la cual: *Si todo efecto tiene una causa, todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente*. Ese es el raciocinio básico de las pruebas espíritas de la existencia de Dios.

Más allá de eso, la presencia de Dios en el Centro Espírita se comprueba por las manifestaciones de sus mensajeros, los Espíritus superiores que están a su servicio por todo el infinito. Esas manifestaciones no son constantes ni fortuitas, pero ocurren de una manera inesperada y con una finalidad cierta. Mas es en el corazón de los humildes, sobre todo, que Dios se afirma como realidad viva y actuante, en las sesiones de auxilio espiritual. Un corazón de madre angustiada que se alivia y alegra al recibir la visita del hijo que parecía perdido para siempre, a través de una comunicación mediúmnica oral o en una aparición por la videncia que despertó en la madre. En una comprobación por la aparición tangible, o materialización, como en el caso famoso de Federico Figner a su esposa, que, en Belém do Pará, a través de la mediumnidad de Ana Prado, una mujer humilde, tuvieron la oportunidad de tener a su hija Raquel nuevamente en sus brazos, sentirla abrazada a su cuello y conversar alegre y vivamente, censurando a su madre por haberse vestido de luto. En una aparición tangible de su propia madre, ofrecida a un sabio famoso que combatía al Espiritismo como superstición infundada, como aconteció a Cesare Lombroso en sesión con la médium Eusapia Paladino, presidida por el profesor Chiapa, de la Universidad de Milán, Lombroso abrazó a su madre, que dialogó con él, por lo que declaró en los días siguientes en un artículo de retractación publicado en la revista *Ombra e Luce*, de aquella ciudad: *“Ningún gigante de la fuerza ni del pensamiento podría hacer por mí lo que hizo esa pobre mujer analfabeta: arrancar a mi madre de la tumba y devolvérmela a mis brazos”*. No eran apariciones ocasionales, fácilmente atribuibles a factores psíquico-emocionales, sino apariciones

provocadas en nombre de Dios, en sesiones experimentales en que el ingrediente Dios no había sido despreciado. “Con el permiso de Dios”, dicen siempre los Espíritus agradecidos en esas oportunidades de reencuentros con los seres de ultratumba.

El Centro Espírita e caracteriza, por tanto, como el centro de comunicaciones con quienes ya dejaron la vida terrena, pero que continúan vivos y activos en la otra fase de la vida. Nada se paga para hablar con los muertos, los supuestos muertos por nuestra ignorancia, dado que los servicios de Dios son gratuitos desde el nacimiento, que es un prodigio de Dios, hasta la muerte, que es la gracia de Dios liberándonos de la asfixia de la carne, y más allá de la muerte, en las maravillosas posibilidades de las manifestaciones mediúmnicas.

Dios está en el Centro Espírita en que las personas se reúnen, de corazón puro, confiantes en su poder infinito. El precio de la comunicación consiste, generalmente, en la aparición del Espíritu o de quienes desean reencontrarlo. Los dirigentes de Centros necesitan meditar diariamente en las responsabilidades que asumen al aceptar sus cargos que, en realidad, son encargos divinos. Dios no exige de nosotros más de lo que podemos dar. No quiere que nos presentemos ante Él y ante los hombres con los vestidos nupciales de la parábola, que aún no poseemos. No podemos engañarlo con sonrisas de falsa bondad, de fraternidad fingida, escondiendo en el matorral del corazón salvaje la serpiente de la envidia, de la intriga, de la censura al prójimo, del juzgamiento despreciativo del hermano que se sienta a nuestro lado. No vemos a Dios en el Centro porque no tenemos condiciones para eso, pero podemos observarlo en el semblante sincero e ingenuo y en el corazón puro de los que no alimentan vanidades y preconcepciones negativas a nuestro entorno. Dios no está allí, ante nosotros, como un ser visible y corporal. Él impregna el Centro, como impregna el recinto de todos los templos frecuentados por seres sin maldad y sin reservas. También podemos ver su rostro en el semblante de quienes se entregan con amor al servicio del bien, tocar sus manos en las manos sinceras y buenas de quienes nos aman sin restricciones. Y si los hipócritas nos rodean y nos miran fingiéndonos amista, podemos ser para ellos el mensaje de amor y de amistad que fluye de Dios hacia nuestro corazón. Dios en el Centro es Dios en nosotros, ayudándonos a crecer con el fermento de la fraternidad que Él, poco a poco aumenta en la medida de nuestra medida de harina, en la proporción en que la harina de nuestro egoísmo absorbe el fermento y se transforma en el pan que nos alimenta el alma.

Estas no son imágenes líricas, sino la verdad espiritual convertida en figuras y expresiones de amor, como las que encontramos en el Evangelio de Jesús. No es el autor del libro el que las produce, sino los Espíritus benevolentes que, en nombre de la fraternidad humana las transmiten a los que desean servir a los demás y a sí mismos. Porque aquellos que desean servirse en la mesa del bien, naturalmente reparten su pan con los hermanos hambrientos de bondad, como Jesús hizo con los apóstoles en el mesón del camino de Emaús.

Dios en el Centro Espírita no es la presencia exclusiva para nadie, sino la presencia inclusive para todos, a todos incluidos en su llamado para la vida del espíritu. Quienes procuraren comprender y sentir su presencia en el Centro lo llevarán consigo a sus casas. Las pretensiones de superioridad, el deseo egoísta de imponerse a los demás, la envidia corrosiva y el juzgamiento del prójimo en nuestro íntimo o por nuestra boca no nos permite percibir la bondad de Dios. Los que se sacrifican para mejorar la Tierra, dando de sí lo que pueden y muchas veces lo que no pueden, éstos hacen la voluntad de Dios. Quienes mueven la lengua entre los dientes para destilar veneno de serpiente, no pueden percibir la presencia de Dios en el Centro y sólo son capaces de captar a los Espíritus malévolos y sufrientes.

6. LAS ALMAS FRÁGILES

El Centro Espírita es el refugio de las almas, encarnadas y desencarnadas. Sustituye en la actualidad a los templos del pasado, donde las pompas terrenas estimulaban a las almas frágiles, sugiriéndoles la protección de las potencias celestes. La riqueza de los templos, el fulgor de las luces en los altares, los atavíos del sacerdote, los vitrales coloridos y la música sagrada resonando en las naves actúan al mismo tiempo como anestésicos de las angustias terrenas y excitantes de esperanzas celestes. Era todo una técnica divina que prevenía de los orígenes humanos, del silencio misterioso de las selvas, de los matorrales, en que el denso follaje de los árboles enormes filtraba la luz del sol en gamas de coloridos arcoirizados. La idea de lo sagrado sugería la transmisión de los poderes divinos a través de los sacramentos y de los rituales. Pero el tiempo pasó su esponja mágica a través de los siglos y los milenios, madurando las almas frágiles y despertándoles la conciencia de sí mismas. En el transcurso de las renovaciones surgieron las reuniones simples de los clanes y de los grupos familiares, junto a las fuentes murmurantes en que los oráculos y las pitonisas interpretaban la voz de los dioses en la voz de las cosas. Jesús de Nazaret, que los judíos esperaban como el Cristo de las nuevas guerras de conquista, surgió, humilde y simple, como un modesto hijo de una familia de trabajadores. De sus manos surgieron prácticas nuevas en que el flujo divino no precisaba de las vestimentas suntuosas de los canales oficiales de la Divinidad. Y, con ese fluir espontáneo de amor y de bondad naturales, derramáronse en la tierra de los corazones las semillas de la Buena Nueva. Fue de esa siembra en los campos y en las playas, en el mismo interior de los templos o en sus patios exteriores, así como en las humeantes aras en que se quemaban las hierbas sagradas y las carnes de los animales sacrificiales, que surgieron los primeros cultos pneumáticos del Cristianismo primitivo: los cultos del espíritu.

Poder insospechado de la evolución, desencadenando los procesos misteriosos de la metamorfosis, transformaron paulatinamente las formas de relación entre el hombre y la Divinidad. El Centro Espírita nació como Jesús y con Jesús, sin los aparatos inútiles del formalismo religioso, restableciendo en las almas la confianza en sí mismas y despertando en ellas la percepción de su naturaleza divina. Las almas frágiles se tornaron fuertes en la flaqueza de su simplicidad. En vano se desencadenaron los temporales de la reacción, con que las almas débiles alcanzan la madurez mediante las llamas brutales del martirio. Ellas habían descifrado el enigma, encontrando la pureza en la impureza del mundo, la verdad en las palabras del Mesías rechazado y a Dios en lo íntimo de sí mismas. El episodio de Pedro en Jope, negándose a aceptar la invitación del centurión

Cornelio –impuro comandante de las centurias romanas-, pero atendiéndolo por mandato llegado por vía mediúmnica de inesperada videncia, nos muestra, aún hoy, cómo se procesó la metamorfosis del judío formalista en cristiano fraterno. Pedro va a la casa de Cornelio y se sorprende con la familia impura a la que lo acercara el Espíritu. La manifestación mediúmnica en un local profano le enseñaba lo que era el bautismo del Espíritu, que hasta entonces él no podía comprender. Nació allí, ante sus ojos, el primer Centro Espírita en una casa de familia. Y Pedro volvió a Jerusalén para contar a los apóstoles lo que vieran sus ojos y lo que sintiera su corazón. El cielo bajaba a la tierra y en ella se abría como se abren las flores del campo, con el mismo esplendor de los libros que las vestiduras suntuosas de Salomón no podían superar. Pero el tiempo habría de fluir en las ampolletas por casi dos milenios, hasta que la metamorfosis anímica y concienzosa se definiese en la misión de Allan Kardec.

El Espiritismo estremeció las estructuras del mundo artificial de los hombres, revelándoles conmovedoras perspectivas de responsabilidad moral y espiritual. Subvirtió el orden estático de las apariencias convencionales y proyectó sobre las Iglesias, las Academias, las Universidades, los gabinetes de los sabios y toda la estructura vacilante de las ciencias sus fantasmas, hasta entonces considerados simples ficciones literarias. En vano, por todas partes, los conservadores de un pasado yá muerto –embalsamadores de momias culturales- se erigieron por todo el mundo intentando ahuyentar a los fantasmas invasores. De nada valieron las trampas secretas, las decisiones arbitrarias de jueces sin toga y las maldiciones de prelados poderosos. Los fantasmas no pedían licencia para aparecerse y provocar alarma en el panorama cultural, suscitando polémicas violentas entre los figurones mundiales del saber. En medio del temporal, las almas frágiles se refugiaban, humildes, en las reuniones familiares del viejo culto pneumático resucitado, y de esas reuniones hogareñas, como las del Cristianismo primitivo, de las tertulias a la sombra de las higueras de Betania, con las figuras simples y amorosas de Lázaro, Marta y María alrededor del Maestro, nacían y se multiplicaban los Centros Espíritas.

Esa genealogía bimilenaria del Centro Espírita, al mismo tiempo humilde y grandiosa que ratificaba, desde su origen, su carácter humano y divino, confiere a Kardec el título de heredero de Dios y coheredero de Cristo, parodiando la conocida expresión del apóstol Pablo. Un título común, que Pablo extendió a todos quienes aceptaran y acogieran la Buena Nueva en sus corazones. Nadie lo hizo con más sacrificio y dedicación, con más amor, confianza y fe que el Codificador del Espiritismo. Y la genealogía prosigue en la descendencia espiritual de Kardec. Pero no hay en eso ninguna intención de vanidad u orgullo mundano, pues las sucesivas

generaciones espíritas no descienden de la sangre, sino del espíritu. La filiación y el linaje espiritual de Kardec no nos proporcionan títulos honoríficos o terrenos, sino obligaciones muchas veces dolorosas y sacrificiales en el transcurso de vidas de abnegación al prójimo y fidelidad al futuro.

El Centro Espírita, como la gramilla, nace por todas partes, y cuando los poderes temporales la descomponen o la dañan, ella renace con obstinación desafiante. Ello ocurre, porque aquellos que descubrieron y conocieron la Verdad, que la sintieron al menos una vez en sus corazones, jamás la olvidan y jamás la niegan. Las almas frágiles se hicieron fuertes al soplo de los vientos proféticos. Criaturas ingenuas y desprovistas de todo, huérfanas de cultura secular, se sienten apoyadas sobre la roca de las experiencias vitales del espíritu y son capaces de enfrentar a los gigantes de la cultura mundial con la firmeza de los estoicos. Nada las conmueve, ni sofismas ni maldiciones, porque experimentan el toque de la Verdad en sí mismas.

Quienes dicen haber sido espíritas y han abandonado la Doctrina, jamás lo han sido. Si realmente hubiesen penetrado en el conocimiento doctrinario, con la mente y con el corazón, no podrían volver a la ignorancia del nihilismo sin fundamento o a las fábulas religiosas, contradictorias y absurdas. Un navegante que dejó el mar nunca se olvidará de la marejada de las olas y jamás perderá el recuerdo de las inmensidades marinas en que navegó.

Las almas frágiles son remanecientes de los rebaños religiosos arrullados a lo largo de los siglos por los pastores piadosos, herederos de la flauta o caramillo del dios Pan. Al sonido melodioso y engañoso de las flautas se adormecieron en el tiempo, vigiladas y protegidas. No son las almas primitivas, pues éstas son generalmente fuertes y feroces, cargadas de los impulsos animales. Al contrario de éstas, ellas se acomodan a las sensaciones agradables de la vida material y repiten encarnaciones sucesivas, cómodas e indolentes, abusando de su libre arbitrio, en lugar de aprovecharlo acompañando al proceso evolutivo. Solamente el dolor, mediante duras pruebas, consigue arrancarlas de ese círculo vicioso. Como dice el Espíritu Lázaro, en uno de sus mensajes de *El Evangelio según el Espiritismo*, sólo pueden saltar el obstáculo y avanzar “bajo la doble acción del freno y de la espuela”. Las almas frágiles necesitan ser constantemente vigiladas y orientadas en el Centro Espírita, pues se entregan fácilmente a un misticismo inferior, intentando alcanzar la angelitud a través de su sumisión interesada a los Espíritus mixtificadores, dirigentes de visión corta y médiums presuntuosos. Les agrada participar de Órdenes,

Fraternidades, Escuelas Evangélicas, sacristías y cosas de ese tenor, en las que pueden usar distintivos, insignias y ser clasificados con grados de evolución. Todas esas modalidades de agrupamientos exclusivistas, separatistas y vanidosos sirven para protegerlas en su fragilidad. Reniegan de las actitudes positivas y enérgicas y harían del movimiento espírita una *Hermandad del Señor Crucificado*, si lograsen dominar al medio. Los presidentes y dirigentes de Centros necesitan vigilar rigurosamente en sus instituciones para que esas almas infantiles no desvirtúen *santamente* la Doctrina, con las mejores intenciones de que el infierno está lleno. Todas las formas de residuos del pasado *iglesiero* agradan a esas almas traumatizadas que son atraídas al Espiritismo, precisamente, para curarse con él y no para perjudicarlo.

El Espiritismo no es una doctrina de pasividad contemplativa. Su finalidad, como los Espíritus superiores manifestaron a Kardec, es revolucionar el mundo entero, modificándolo para mejor. La esencia cristiana del Espiritismo refleja las actitudes vigorosas de Cristo en lucha con las estructuras asfixiantes del mundo antiguo. El espírita verdadero es un constructor del futuro. Cábele el deber irrenunciable de estudiar la Doctrina, profundizar en su conocimiento, difundirla con vigor y confianza para que su luz solar ahuyente las tinieblas de un pasado contradictorio de lamentos, imprecaciones y loas aduladoras a Dios, como si Dios fuese un tirano injusto a la espera de nuestras cortesías para concedernos su protección.

La promesa evangélica del Consolador se cumple con la Doctrina Espírita de una manera positiva, y no a través de cantinelas para adormecer niños ni palabrerío anestésico. La misma dureza del mundo actual, con sus atrocidades, su afán de lucro y su criminalidad alarmante, nos muestra que el tiempo de los cuentos para niños ya pasó, que la humanidad entró en una fase de madurez y tiene que aprender a enfrentar sus problemas ella misma. No es que Dios nos haya abandonado u olvidado o que haya fallecido de un infarto divino – como suponen los teólogos del cristianismo ateo-, sino porque marcó los límites de nuestra ilusión acomodaticia lanzándonos frente a frente con los resultados de nuestro comportamiento en el mundo. Todas las dificultades actuales son consecuencias de los abusos que cometimos con el uso del libre albedrío, a pesar de todo el auxilio y de todas las advertencias que recibimos de lo Alto en las etapas sucesivas de nuestra evolución, así como por la falta de una toma de conciencia de lo que somos y de la finalidad superior de nuestra propia existencia.

El consuelo que el Espiritismo nos da no es la protección ficticia de la fe ciega, de los sacramentos vacíos de sentido, del socorro espiritual egoísta en forma de privilegios injustificables, del paternalismo de los sacerdotes profesionales, de la afabilidad interesada de médiums venales. El Consolador no se manifiesta a través de prodigios sobrenaturales, sino con la forma de esclarecimientos positivos, de revelaciones científicas de las leyes naturales que hasta ahora olvidamos o encaramos como criaturas lloriqueadoras pidiendo brazos. El Espiritismo nos consuela como lo hizo Cristo, probando a sus discípulos que cada uno de nosotros es un Ser inmortal, de naturaleza divina, que nace para morir, pues la muerte es el fin de una etapa del aprendizaje terreno, de manera que morimos para resucitar en un plano superior, a fin de proseguir nuestra evolución en condiciones más favorables. La Filosofía Existencial de nuestro tiempo sanciona esa verdad espírita, sustentando que el hombre pasa por la existencia terrena como un viajero que atraviesa una región extraña, aprendiendo a vencer por sí mismo las dificultades y adquiriendo experiencias para después avanzar en nuevas direcciones. Hasta un escéptico como Sastre, se vio obligado a admitir que nacemos como seres preexistentes en un plano metafísico, proyectándonos en la existencia física para hacer una trayectoria de experiencias en busca de la trascendencia, desarrollando potencialidades que deben llevarnos a la condición divina. Ciego de un ojo, no consiguió ver el pasaje del Ser a través de la muerte y consideró a ésta como un fin, la frustración de las ansias de trascendencia. Pero Martín Heidegger percibió más lejos, y proclamó: “El hombre se completa en la muerte”. Kierkegaard, teólogo dinamarqués protestante, fundador del Existencialismo, entendió que el hombre es el copartícipe de Dios en la eternidad, y por eso sólo puede, de hecho, comunicarse con Dios –que es el Otro- en el diálogo de las almas. El Espiritismo esclarece esas teorías filosóficas aún confusas, mostrando que la realidad existencial del hombre, aquí y en el Más Allá, puede ser comprobada por las investigaciones científicas, como en realidad ya lo fue.

En el Centro Espírita las almas frágiles de los rezadores quejosos encuentran los elementos necesarios a la recuperación de sus fuerzas, de su virilidad espiritual, para emerger de sí mismas de las cenizas del pasado.

Percibiendo eso de una manera vaga, envueltos aún en las brumas de un misticismo *iglesiero*, muchos espíritas quieren transformar a los Centros en escuelas simplonas, quitándoles la práctica espírita tradicional o privándolos de sus elementos fundamentales, que son las manifestaciones mediúnicas. Esa es una tentativa de repetir en el Espiritismo la supresión del culto pneumático, es decir, las sesiones mediúnicas en que se realizan los diálogos de adoctrinamiento de los encarnados y desencarnados. Y ése

es un equívoco proveniente de la ignorancia de la Doctrina o de su conocimiento superficial. Por otro lado, hay en esa tentativa la influencia del instinto de imitación, que lleva a las criaturas audaces a querer *renovar* el Espiritismo en un tiempo en que todo se renueva. No perciben, esos espíritas *renovadores*, que todo se renueva en un mundo en que el Espiritismo es la fuente y el impulsor de todas las renovaciones. Si toda la cultura terrena está en crisis y se renueva, es porque está errada y precisa ser corregida. Más, el Espiritismo anticipó, en sus postulados, todas esas renovaciones, las previó, las anunció y hasta incluso delineó, como se puede observar en la confrontación de las novedades actuales con el vasto esquema de transformación ofrecido al mundo por los Espíritus, hace más de un siglo. Sólo un sector del conocimiento no necesita ser renovado en esta hora de transición, y ese sector es, precisamente, el Espiritismo. Lo que él exige de nosotros no es renovación doctrinaria, sino sólo expurgar de nuestros Centros las infiltraciones espurias producidas por la liviandad de practicantes que se desviaron de la orientación doctrinaria adoptando actitudes, fórmulas y prácticas anticuadas.

El terror místico proveniente de un largo pasado religioso de misterios y amenazas no tiene más razón de ser. No obstante, encontramos en el medio espírita un pesado lastre de ese terror en forma de traumatismos inconscientes que generan comportamientos antiespíritas. Se llegó a introducir recientemente, en una grande institución paulista, la orden de la abstinencia sexual, incluso en los matrimonios. Marido y mujer debían privarse de esas relaciones impuras si quisiesen prepararse para una vida espiritual superior. El tabú del sexo fue siempre un espantajo en los medios religiosos, pero eso no impidió jamás los escándalos y las perversiones sexuales que el apóstol Pablo ya denunciaba como existentes en la iglesia de Corinto. La represión sexual lleva fatalmente a situaciones patológicas. El sexo obedece a una ley, una ley básica de la Naturaleza. Querer suprimirlo es intentar suprimir la vida. Condenarlo es condenar al hombre, a la persona humana, es censurar a Dios que la estableció de una manera irrevocable. Si la relación sexual es un pecado, somos todos hijos del pecado. Nada ni nadie nació por generación espontánea, pues incluso los virus –hoy indicados como una prueba de esa generación- resultan de formas sexuales específicas de las formaciones cristalinas. Ley dialéctica de síntesis y reproducción, el sexo influye en el mantenimiento de todo el equilibrio de la Naturaleza. La función sexual no es apenas reproductora, sino también directora del equilibrio orgánico y psíquico del ser humano. Establecer sistemas de abstinencia sexual en los Centros, como forma de comportamiento espiritual para los espíritas, es simplemente negar toda la Doctrina, que tiene por fundamentos la evolución humana a través de la reencarnación, de los procesos afectivos entre el hombre y la mujer, de la

crianza y educación de los hijos, de la formación familiar como célula básica de todas las estructuras sociales y raciales. El celibato religioso contradice el fundamento de la religión. Es una violencia contra las fuentes de la vida. Suprímase el sexo del mundo y volveremos a los desiertos estériles de los mundos muertos en la mecánica fría de los tiempos anteriores a la génesis planetaria. Por eso la historia religiosa está poblada de íncubos y súcubos, los Espíritus vampirizadores que, durante la Edad Media, atormentaban a frailes y monjas en la supuesta santidad de los monasterios y conventos. Y aún hoy esa acción de esos Espíritus se hace sentir por todas partes, en manifestaciones espantosas que, en general, permanecen ocultas en los archivos de la investigación psíquica mundial.

El Centro Espírita no puede pactar con esos residuos criminales de un pasado estúpido. Es claro que no se quiere el abuso, pues eso es condenado por los principios espíritas de la moral evangélica. Esa moral, como vemos en los textos evangélicos, no es condenatoria ni represiva del sexo. Lo que ella pretende es moralizar el sexo, y no condenarlo o suprimirlo.

La enseñanza de Jesús a Nicodemo: “Os es necesario nacer de nuevo”, el caso de Magdalena, la obsesa comprendida por el Maestro y el episodio de la mujer adúltera que los hipócritas querían apedrear muestran sobradamente que la posición de Jesús frente a ese problema era de comprensión y respeto por la condición humana. Las almas frágiles del medio espírita deben arrojar en el camino los fardos pesados de esas condenaciones del pasado, sin temer a las amenazas del cielo ni entregarse a las fascinaciones de la Tierra. El Espiritismo esclarece la cuestión sexual en términos racionales, teniendo en cuenta la naturalidad de las funciones humanas en la vida terrena. Son criminales inconscientes quienes pretenden implantar en el medio espírita sistemas que ya demostraron su inconveniencia en la misma historia del Cristianismo. Así como el hombre no retrocede en su evolución, la ciencia suprema del hombre, que es el Espiritismo, no puede retroceder en su desarrollo, tan penosamente realizado en la Tierra. Los moralistas de vista corta nunca percibieron las consecuencias negativas de sus actitudes. La verdadera moral no se establece a través de prohibiciones absurdas, pues éstas son la negación de toda moral, a la vez que las que favorecen e impulsan la inmoralidad.

7. DISCIPLINA FRATERNAL

El problema de la disciplina en el Centro Espírita es de los más delicados y debe ser encarado entre las coordenadas del orden y de la tolerancia. No se puede establecer y mantener en el Centro una disciplina rígida, de tipo militar. El Centro es, más allá de todo lo hasta aquí considerado, un instrumento coordinador de las actividades espirituales. En el esquema de sus sesiones teóricas y prácticas la cuestión del horario es imperiosa, pero no debe sobreponerse a las exigencias del amor fraterno. No es justo dejar fuera de la sesión a compañeros colaboradores o necesitados porque llegaron unos minutos atrasados. Vivimos en un mundo material y no espiritual, en que las personas luchan con dificultades diversas en lo relacionado con el traslado y las trabas de compromisos varios, y es justo que se dé un pequeño margen de tolerancia al horario establecido. Ese margen no debe tampoco ser establecido con rigurosidad, sin librado al criterio del dirigente encargado de los trabajos, que sabrá equilibrar las cosas de acuerdo con el buen sentido. El rigor exagerado en lo referente al horario, especialmente en las ciudades más pobladas, causa enojos y disgustos a las personas sensibles que, después de los malos momentos y los apuros por llegar a la hora fijada, se vieron impedidas de participar de la reunión por apenas algunos minutos o segundos. Atemperando las exigencias del orden cronológico con el deber de la atención a los compañeros, podemos evitar sinsabores perfectamente superables. Está claro, sin embargo, que este es un problema que debe ser considerado en las reuniones, a efecto de que todos puedan tener el conocimiento de la flexibilidad tolerante en el horario. El simple hecho de existir esa flexibilidad, quita a la disciplina su aspecto opresivo.

Y ese mismo equilibrio de orden y tolerancia deber ser aplicado a otros problemas, a fin de asegurarse, lo más posible, un ambiente general sin prevenciones, que mucho ayudará a la realización de los trabajos en general.

Tratamos de las almas frágiles en el capítulo anterior. Debemos tratar ahora de las almas fuertes, las más apegadas al problema disciplinario. Las almas fuertes son aquellas que proceden de líneas evolutivas en que los Espíritus se perfeccionaron en el uso de su independencia y su coraje. Por eso mismo llevan consigo un condicionamiento disciplinario que no acepta fácilmente las concesiones a que aludimos. Una palabra ruda de un alma fuerte, aunque no intencional, puede herir la susceptibilidad de un alma frágil, perjudicándola en su equilibrio por una insignificancia. Ahora bien, conforme a la regla general de las relaciones humanas, el fuerte debe proteger y amparar al débil, ayudándolo a fortalecerse. Los dirigentes de

los trabajos deben cuidar de evitar esos pequeños rozamientos que, no raramente, tienen consecuencias mucho mayores de las que se piensa. Por lo demás, las almas fuertes necesitan controlar sus impulsos, en obediencia al llamado de sus conciencias a la fraternidad. Existen personas que, por sentirse más fuertes, decididas y poderosas que las demás, embriáganse con la ilusión del poder, faltando el respeto a los derechos ajenos y sobreponiéndose, con soberbia, a las opiniones de su prójimo. Actitudes de esa naturaleza, en el medio espírita y en el Centro, causan una mala impresión y conmoción en el ambiente, fomentando malquerencias innecesarias. Tratándose de Espiritismo, todo debe hacerse por mantener un ambiente de comprensión y fraternidad, sin afectación, y con un dejo de alegría y camaradería. En un ambiente así, franco, sincero y desprovisto de tensiones, la espiritualidad fluye con facilidad y los Espíritus orientadores hallan más oportunidades de llegar a los corazones e iluminar las mentes.

Por menor que sea, el Centro cuenta siempre con más de un sector de actividades. Debe procurarse hacer lo posible para que en todos ellos reine un ambiente fraternal, que es el más poderoso antídoto contra los desentendimientos. La disciplina de esos trabajos, aun cuando exijan la mayor severidad –como en el caso de las sesiones de desobsesión-, debe ser influida por la buena voluntad y la comprensión fraternales. Sin eso – particularmente tratándose de la desobsesión-, difícilmente conseguiríamos resultados satisfactorios. Más, la franqueza es también un elemento importante en la solución de los problemas. Cuando fuere necesario, el dirigente debe llamar al obsesido en particular y exponerle con claridad lo que observó a su respecto, aconsejándole modificar su conducta con el fin de su mejoramiento. La verdad debe estar presente en todos los momentos de las actividades espirituales, pero la verdad nunca deber ser agresiva, bajo pena de producir lo contrario de lo que se desea.

No queremos desmenuzar todos los problemas y situaciones que son propios de un Centro, pues eso sería cansado e innecesario. Tocamos apenas algunos aspectos para fijar directrices aprovechables, conforme a la experiencia cosechada en largos años de lides doctrinarias. Otros, con más capacidad y más penetración, podrán completar nuestro trabajo con sus contribuciones. Nuestro deseo es apenas ayudar a los compañeros que tantas veces se descontrolan con las dificultades que enfrentan. No proponemos reglas que provengan de una autoridad –que no somos, ni nadie la tiene-, pues este es un campo de experiencias en que cuanto más se profundiza, más se tiende a aprender.

La disciplina de un Centro Espírita es, principalmente, moral y espiritual, abarcando todos sus aspectos, pero teniendo por constante e

invariable la orientación y la pureza de las intenciones. Los que más contribuyen al Centro son los que trabajan, frecuentan, estudian y procuran seguir un camino de fidelidad a la Codificación Kardeciana. Mucho estruendo, alharaca y agitación son perjudiciales para las actividades básicas y esenciales del Centro: humanitarias y espirituales, y, principalmente, de orientación doctrinaria del pueblo en general. No necesitamos aumentar forzosamente nuestros grupos, somos contrarios al proselitismo, sabemos que no todos pueden aceptar nuestros principios, pero sabemos también que la Verdad debe ser puesta al alcance de todos. Quien quiere encontrarla, no necesitará acudir a lugares especiales, pues podrá enfrentarse con ella en cualquier parte en que un periódico, una revista, un programa de radio, un libro, un folleto o un volante estuvieren a su alcance. No convertimos ni deseamos intentar convertir a nadie, pues, como enseñaba Kardec no todos están en condiciones espirituales de sintonizar con la comprensión de los nuevos problemas que el Espiritismo presenta al mundo en estado de renovación. Mas aquellos que maduraran en edad espiritual, serán útiles en la batalla por la maduración de los demás.

La disciplina autoritaria y rígida tuvo su función en el disciplinado de los pueblos bárbaros, después de la caída del Imperio Romano. Esa coerción prosiguió en los tiempos sombríos del medioevo. Pero la era de la razón, que surgió posteriormente a la noche medieval, reivindicó los derechos individuales del hombre en la línea ateniense del esclarecimiento cultural. El dominio natural de la Iglesia se agotó con los albores del Renacimiento, pero el dominio artificioso, fundado sobre los poderes políticos y económico-financieros de la organización clerical, se propagó hasta los tiempos modernos, y aún tiene vigencia, aunque debilitado y sumamente deteriorado, en la Era Moderna, en pleno desarrollo de la Era Cósmica. Esa anomalía histórica, en los entrecuchos contradictorios de la fase de transición, se resuelve ante nuestros ojos con un desvío violento provocado por las fuerzas conjugadas de los intereses en juego, volcándose hacia la tradición de Esparta. La fuerza y la violencia se sobrepusieron a los ideales atenienses, y el individuo, oprimido por el peso de las masas expoliadas, se refugió en la sujeción medieval, en las oposiciones inocuas y en las rebeliones de la desesperanza insensata. Las leyes históricas siguen su curso regular, pero cuando las acumulaciones de los factores ahistóricos, como los lastres trituradores de los instintos primitivos, albergados en los socavones del inconsciente colectivo, los impulsan a salir de los canales naturales, ellas se desvían en procura de los puntos de retorno. El retorno a Esparta, que marcó la fase instintiva de las explosiones totalitarias, conmovió al mundo con el delirio de lo arbitrario y de la violencia. Un terremoto ahistórico resquebrajó el suelo en que florecía la *belle-époque*, la etapa lírica y romántica que Stephan Zweig describió en *El mundo que yo*

vi, precipitando en el abismo todos los valores culturales y humanistas de los siglos 18 y 19. El propio Zweig inmolóse, seguidamente, bajo la desesperanza, recurriendo al suicidio. Los abismos de la Tierra lacerada nos impidieron el acceso a Atenas. Mas, quedó un camino secreto, un puente sobre el abismo apoyado sobre los cimientos incommovibles del Evangelio, indicado por los orientadores subjetivos de los arquetipos de Jung, con rumbo hacia la trascendencia. Ese puente era el del Nuevo Renacimiento del hombre y del mundo por las manos de Cristo. Era el Espiritismo, que de las ruinas de la catástrofe histórica hacía resurgir, aún tambaleante, la figura fantasmal de Lázaro.

El mundo contemporáneo es Lázaro redivivo, aún envuelto en la mortaja, con la boca cerrada, los brazos y los pies atados, pero reaccionando al llamado de Cristo para reintegrarse en el proceso histórico interrumpido. Marta y María lo restablecen en la paz de Betania, cercada por las guerras furiosas y las atrocidades producidas en la tierra, el aire y el mar por el disconformismo y la rebelión de los hombres. Es esta hora trágica, dantesca (no apenas en la imagen del infierno de Dante, sino en su propia esencia real), la conciencia humana despierta hacia la búsqueda de sí misma. El Centro Espírita, en su sencillez, en su humildad y en su pobreza –pequeña simiente que los abismos amenazan tragar- sustenta la llama de la esperanza cristiano-humanista y trabaja en silencio por la restauración de la Verdad. Solitario y despreciado por la ignorancia arrogante es el Centro –el punto óptico o visual- hacia el cual convergen todas las posibilidades de la resurrección del planeta asesinado. Tenemos necesidad urgente de comprender este momento histórico, descifrar sus interrogantes para que la esfinge no nos devore. La rutina de los trabajos del Centro, la monotonía de los adoctrinamientos exhaustivos, la repetición de las enseñanzas que llegan a parecer inútiles, la persistencia de las obsesiones agresivas, la inquietud de quienes se alejan en procura de socorros ilusorios de ciencias psíquicas, aún informes, y regresan desilusionados y cansados –todo ese *ritornelo* aturdezante puede desanimar a quienes luchan contra la vorágine de las tinieblas. Pero es preciso resistir y continuar, es necesario enfrentar a la ignorancia petulante de los *sabios* que aún no aprendieron la lección socrática de la humildad intelectual, del sabio que sólo es sabio cuando sabe que nada sabe.

La hora espírita del mundo es agónica y desesperante. Mas fue agonizando en la cruz, *injusticiado* por los sabios de su tiempo, que Jesús nos enseñó la lección de la resurrección y de la inmortalidad espiritual. El Centro Espírita es la cruz de la paciencia que Jesús nos dejó como herencia de su martirio. Él nos libera de la cruz que el Maestro padeció entre ladrones, salvando y muriendo con ellos para salvarlos –un medio que

evidencia la conformación extraña del dolor, que a través de la rebelión y de la indignación, conduce al arrepentimiento y a la reparación.

Por esa razón la disciplina del Centro no puede ser la de los hombres, sino la de los ángeles que sirven al Señor, abriendo en el cielo las alas simbólicas de la esperanza. Dejemos de lado la disciplina exigente y mantengamos en el Centro la disciplina del amor y de la tolerancia. No lidiamos con soldados y guerreros, sino con enfermos del alma. Nuestra disciplina no debe ser exógena, impuesta de fuera por la violencia, sino la del corazón. Tiene que ser la disciplina endógena, que nace de la conciencia, lentamente esclarecida por los llamados de Dios en la acústica de nuestra alma.

La evolución humana se procesa en lo concreto en dirección hacia lo abstracto, lo que equivale a decir de la materia hacia el espíritu o del cuerpo hacia el alma. En el lenguaje platónico diríamos: de lo sensible hacia lo inteligible. En la Era Cósmica, que se inicia con las conquistas de la astronáutica, esa evolución se define en términos de ciencia y tecnología. El hombre de las cavernas salió de su cubil para dominar la Tierra, edificar casas, palacios y torres, templos que apuntan hacia las estrellas, y ahora, después de proyectarse en la atmósfera mediante alas y hélices, se lanza más allá de la estratosfera sumergiéndose en el Cosmos, se posa en la Luna y regresa a la Tierra sirviéndose de propulsores terrenos y de la fuerza de gravedad, como si hubiese nacido en los espacios siderales y no del barro del planeta.

¿Quién no ve en ese esquema gigantesco y dinámico el derrotero de la evolución humana? Por otro lado, rompemos los velos misteriosos de Isis con las investigaciones de la física, con las que la materia nos revela las estructuras atómicas de la realidad aparentemente compacta y opaca, mostrándonos fluida y transparente, y en las investigaciones psíquicas descubrimos que nuestra naturaleza no es concreta, sino abstracta, pues no somos cuerpos, sino Espíritus.

Sobre los escombros del pasado en ruinas, de las civilizaciones muertas, de las certezas materiales y sólidas transformadas en polvo, y ante la amenaza de los hongos atómicos desintegradores, vemos de una manera innegable que la esencia de toda la realidad tangible es en realidad intangible. Reconocemos los engaños producidos por la ilusión de los sentidos materiales sobre nuestro sentido abstracto, y somos obligados a comprender que dilapidamos el tiempo en encarnaciones equivocadas. Las fachadas suntuosas de las catedrales, los gigantescos edificios de las instituciones científicas, las monumentales expresiones del saber en todos

los campos –todo ese acervo de grandiosidad efímera- se reduce a esbozos de una verdad simple que se escondía por milenios en la humildad de una casucha de arrabal o una choza en medio de un matorral –EL CENTRO ESPÍRITA. Sólo en él encontramos, entre personas anónimas, en la intuición de los simples, la Verdad que buscábamos. Así también aconteció en las grandes civilizaciones del pasado, que renegaron de las enseñanzas de un Carpintero galileo. En la penumbra del Centro Espírita, sospechado por los sabios y los poderosos, Dios escondiera la llave del misterio.

8. LAS CUESTIONES POLÍTICAS

Los residuos del totalitarismo religioso, procedentes de las fases teocráticas de la evolución social y política del mundo, están aún bien vivos y actuantes en nuestro medio y en la mayoría de las naciones. Es natural que eso acontezca, pues la evolución de los pueblos y de sus estructuras socio-culturales es siempre lenta y difícil, en razón de la complejidad de las organizaciones macizas con sus múltiples intereses, tradiciones, costumbres, supersticiones y otros muchos elementos mixturados en los grupos sociales. El arrobamiento social se funda en las fijaciones de padrones de comportamiento, usos y costumbres, modos de pensar y de ser, todo eso constituyendo la trama de lo que podemos llamar instinto social de conservación, mucho más fuerte y poderoso que el instinto de conservación individual. No es raro que nos espantemos con situaciones visiblemente estúpidas o injustas que prevalecen en los medios sociales, sin que nadie se preocupe por modificarlas. Es que las raíces del hábito se entrelazan en el inconsciente colectivo, sustentando conveniencias muchas veces incómodas, pero que la estructura social conserva para protegerse de desfiguraciones o infiltraciones de elementos extraños.

La estructura arcaica del Estado continuó influyendo en los Estados modernos, por mayores que sean sus modificaciones. La ligación genésica de los elementos sociales básicos de las estructuras antiguas: gobierno, poder militar, religión dominante, justicia, represión policial, lengua y folclore corresponden, en su conjunto, a un arquetipo colectivo de la estructura sociocultural. En los países modernos la separación del Estado y la Religión, determinada por las revoluciones religiosas, que lograron gran parte de las masas y de las elites, representa sólo un proceso de acomodamiento. La separación es formal, pues en realidad, en las repúblicas, como en los antiguos imperios, la conjugación Estado-Iglesia se mantiene casi inalterada. Ante eso, los grupos religiosos minoritarios procuran, a su vez, la reivindicación de sus derechos y mantener relaciones similares con el Estado, en defensa de su propia conservación. Y lo hacen por medio de los derechos políticos de la sociedad, procurando elegir sus representantes para cargos gubernamentales. Los intereses inmediatistas hablan más alto que los ideales en el espíritu práctico de los renovadores.

Esa es la razón por qué, en el Brasil y en la mayoría de las naciones en que el Espiritismo floreció suficientemente, las instituciones espíritas se enfrentan a veces con problemas de infiltraciones políticas en los Centros. Muchos de ellos se transforman, en tiempos electorales, en verdaderos comités que patrocinan candidatos que surgen del mismo medio espírita o de otros que se ligan a él por algunas afinidades reales o supuestas. Surge

entonces el peligro de las deformaciones doctrinarias en los Centros, generalmente conquistados por la posibilidad de la elección de un compañero o aliado para representarlo ante el poder político. Los espíritas son ciudadanos como los demás y tienen derechos y deberes en el plano político, pero no tienen el derecho de involucrar a una institución doctrinaria en las disputas electorales. Es en ese momento que surge para el medio espírita el viejo problema de la separación del Estado y la Iglesia. No existe iglesia espírita, sino el Centro Espírita. Cuando los dirigentes de éste no están debidamente esclarecidos sobre el tema, pueden transformar el Centro en un comité electoral. Y esto es lo que se debe impedir. La Política es el arte de la administración pública, de la dirección de los negocios públicos. El espírita, como ciudadano, puede y debe participar en ella, de acuerdo con los dictámenes de su conciencia, mas no tiene el derecho de presentarse ante el electorado como candidato espírita, porque el Espiritismo no es, no tiene y no puede tener una posición política. El Espiritismo es la Ciencia del Espíritu y no de la *res pública*. Es en el examen de este problema que comprendemos la respuesta de Cristo a quienes deseaban involucrarlo en los problemas políticos de su tiempo: “Dad a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios”. Que el ciudadano dé al Estado lo que le cabe dar, mas no se olvide de reservar para Dios lo que sólo a Él pertenece: su calificación específica de espírita en el plano religioso. En ese plano el espírita tiene deberes específicos, que son los de la fidelidad a la Doctrina de los Espíritus, a la preservación de su pureza, evitando el desviarla de su objetivo exclusivamente espiritual. La Política es un campo de disputas, intrigas y conflictos de todo orden. Comprometer al Espiritismo en esa área de discordancias en que hierven las pasiones doctrinarias e ideológicas, es llevar al ámbito espírita las divergencias mundanas, como vemos a través de la historia del pasado y ahora mismo, en la historia contemporánea: las inquietudes y los desajustes del mundo en todo orden. La función política del Espiritismo existe, pero en otro sentido. No le cabe ningún lugar en la disputa de los cargos políticos, pero sí le cabe la formación espiritual de los hombres para que ejerzan, como ciudadanos, una influencia benéfica en la solución de los problemas políticos con la aplicación del buen sentido y la rectitud de su conciencia, y cuando es llevado por las circunstancias, llamado o convocado para cumplir labores administrativas en áreas del Estado. Su esfuerzo por el perfeccionamiento de las estructuras políticas, así como el desinterés puro que demostrare en el ejercicio de sus funciones, sacrificándose por el bien público, no constituyen, tales casos, mixtura de intereses materiales con objetivos espirituales.

Para comprender bien eso, debemos recordar que Cristo nunca ejerció ninguna labor política, nunca pretendió asumir posiciones

administrativas en la cosa pública, negándose a involucrarse hasta en las luchas por la liberación de Israel, dominada por los romanos (cuestión que los judíos consideraban sagrada, pues mezclaban las cosas de la Tierra con las del Cielo), mas, a pesar de su total abstinencia política, consiguió inyectar en las estructuras políticas del mundo la savia divina de la orientación evangélica. Lo mismo aconteció con Kardec, que pasó incólume en medio de las agitaciones políticas de Francia, en una etapa tumultuosa, sin intentar aprovecharse de sus vinculaciones políticas y dar al Espiritismo, exclusivamente, la función que le cabe como impulsor del desenvolvimiento espiritual de la Tierra. El Espiritismo se relaciona con todos los campos de las actividades humanas, no para enclavarse en ellos, sino para iluminarlos con las luces del espíritu. Servir al mundo a través de Dios es su tarea, y no servir a Dios a través del mundo, que nada puede ofrecer a Dios, sino su obediencia a las leyes divinas. La política es un campo magnético de fuerzas cruzadas que ejerce varias formas de atracción sobre los hombres, conforme a los múltiples y contradictorios intereses que los inspiran. Pero el punto de conexión de las energías políticas con los intereses materiales tiene nombre y sobrenombre: Egoísmo Vanidoso. En las fases de crisis políticas vemos a los políticos engullirse cobras y lagartos para salvar las situaciones más difíciles. El espírita engarzado en la política tiene que enfrentar todos esos problemas sin proyectar la sombra de sus actitudes contradictorias o falsas en el campo doctrinario de su electorado. En el ejercicio de tareas periodísticas observamos a diversos espíritas de renombre fracasar con sus esperanzas en la lucha política, contrariando las ideas a las que se proponían servir. Perdieran la oportunidad para sí mismos y salieran de la lucha mutilados. Por eso entendemos que el espírita sólo debe actuar en política cuando es convocado para funciones o situaciones que no pueda rechazar, dado que entonces dispondrá del amparo de su independencia, de su desinterés por la carrera y de su disposición para superar las fascinaciones traicioneras del medio. Cuando consigue mantenerse en esa rara posición, presta realmente servicios útiles a la causa pública y a sus ideales, pagando, por ese heroísmo, el precio de profundas desilusiones.

El espírita no es ni puede ser ajeno a los intereses públicos, pero no debe arriesgarse a los azares de la política si no estuviera impregnado hasta la médula del firme propósito de resistir a todas las fascinaciones del cargo que va a ejercer y sólidamente apoyado sobre los principios de la Doctrina de los Espíritus. Entre los apóstoles de Jesús había un hombre ambicioso, embriagado de sueños y aspiraciones políticas para su pueblo, que acabó arrojando a los pies de los rabinos del templo las treinta monedas de su traición.

El Espiritismo es el fermento de un nuevo mundo en que la política estará libre de esa condición amarga y peligrosa. Si quisiéramos ayudar a la política a elevarse con rumbo hacia el futuro, no es a ella que debemos entregarnos, sino a la introducción de los ideales espíritas en la conciencia humana, dado que sin el fermento la masa no crece.

Tuvimos la ocasión de ver candidatos espíritas a cargos públicos elaborando proyectos de ley para la constitución oficial de la Iglesia Espírita, con la correspondiente jerarquía eclesiástica, a efecto de dar al Espiritismo –como alegaban- mayor fuerza política. (Repetición de la entrega del Cristianismo al Imperio Romano.) Vimos y oímos prédicas entusiastas de políticos espíritas propiciando la necesidad de crearse la liturgia espírita, con toda la serie de sacramentos, desde el bautismo y el casamiento hasta la intercesión por los difuntos en los Centros. (Capitulación del Cristianismo en el siglo 4 ante las infiltraciones del sincretismo religioso.) Luchamos duramente contra políticos espíritas que intentaban la creación del Partido Político Espírita, que desencadenaría la lucha religiosa en el medio político electoral. Participamos de asambleas de grandes instituciones doctrinarias que consideraban la tesis de una organización general de los espíritas con objetivos electorales rígidamente programados y ejecutados por las federaciones. (Caída de la Iglesia en los compromisos políticos dominadores.) Fuimos testigos de publicaciones oficiales de instituciones espíritas entregadas a la propaganda política en el medio doctrinario y Centros Espíritas honestos y activos transformados en comités permanentes de candidaturas políticas igualmente permanentes. La cáscara de la banana de las ambiciones políticas, puesta intencionalmente en el camino de las federaciones, provocó resbalones y caídas de espíritas trabajadores y bien intencionados.

La ilusión política desorientó a muchas figuras del medio espírita, debilitando con ello el movimiento, y varias de esas figuras llegaron a portar velas encendidas en procesiones nocturnas para no perder prestigio político en los ámbitos de los católicos simpatizantes de la Doctrina Espírita. Vimos también a algunas de esas personalidades entregadas al tratamiento de desobsesiones en Centros que brindan este socorro, y otras, en recogimiento y estado de completa perturbación, participando de esos trabajos en Hospitales Espíritas. Leímos libros de conocidos espíritas, estudiosos y cultos, defendiendo ideologías de derecha y de izquierda en nombre de la Doctrina, y también asistimos a los estragos de las juventudes espíritas, dotadas de toda la agresividad propia de los jóvenes, promoviendo movimientos políticos y sustentando tesis violentas a favor de un Espiritismo más integrado con la realidad social. Felizmente esa zarabanda de locuras pasó sin perturbar a la mayoría absoluta de los

espíritas. La amenaza fue resistida por el movimiento doctrinario y por la Doctrina, pero ella nos mostró, vivamente, la lamentable falta de conocimiento de la Doctrina Espírita y de las consecuencias a que esa ignorancia (incluso de parte de personas ilustradas y estudiosas) puede llevar al movimiento doctrinario. En todos esos casos, la fascinación política se conjugaba con interpretaciones sofistas de principios doctrinarios que justificaban (no intencionalmente) los peligrosos desvíos del pensamiento espírita.

En el Centro Espírita, por esas y otras razones, no se puede restringir las actividades apenas al aspecto religioso y asistencial. Además de los cursos que deben ser impartidos sobre la Doctrina, con método y persistencia, es necesario que en todas las sesiones sean pronunciadas breves exposiciones elucidatorias, seguidas de diálogos entre los asistentes con el expositor. Sin el constante y libre estudio de la Doctrina –dirigido sin pretensiones, pero también sin el temor a abordar los puntos más difíciles de la Doctrina- no conseguiremos superar el estado embrionario en que aún permanece una gran parte de nuestro movimiento doctrinario. Y si no superáramos ese estado, continuaremos expuestos a todos los peligros que consideramos y a otros que podrán sobrevenir.

El Centro Espírita posee los elementos seguros para la realización de ese objetivo. Basta que los dirigentes, por más modestos que sean, no se olviden de la brújula que les permitirá navegar con seguridad por las aguas más tumultuosas: la Codificación de Allan Kardec. Basta con un esquema de los puntos esenciales de la Codificación, mantenido obligatoriamente en los trabajos públicos, y un rechazo de la mixtificación roustanguista y de las *novedades* sin ninguna autoridad que son sembradas en nuestro medio por personas sistemáticas y vanidosas, para lograrse buenos resultados. Kardec es la base y la cúpula de la Doctrina Espírita, con el apoyo, que nunca le faltó, del Espíritu de Verdad.

Si no queremos *novedades* es porque los *noveleros* sólo se apoyan en sus lucubraciones individuales pretenciosas. Nadie –ni incluso Kardec, si estuviese solito en la elaboración de la Doctrina- conseguiría construir el monumento de lógica insuperable que él, con ayuda de los Espíritus superiores y su trabajo gigantesco de investigación, logró dejarnos como legado. Si no respetamos ese monumento, lo mejor que podemos hacer es cambiar de campo doctrinario, dejando al Espiritismo avanzar por sí mismo.

9. PROBLEMAS RELIGIOSOS

Se oye con frecuencia la pregunta: “¿El Espiritismo es religión?” Y muchas veces los espíritas no saben responderla. La confusión al respecto proviene de las campañas religiosas contra el Espiritismo. Las Iglesias Cristianas, descendientes directas de la Iglesia Judaica, se definen religiosas en los términos tradicionales del formalismo de sus organizaciones y del culto exterior calcado de los diversos cultos de esa naturaleza que les sirvieron de modelo, en primer lugar el judío, y después los mitológicos, con sustanciales influencias de Órdenes Ocultas, como la Masonería. Las vestiduras sacerdotales, el aparato del culto, los instrumentos sagrados, nada de eso es de origen cristino, dado que Cristo no se interesó por los cultos formales y sólo enseñó el cultivo interior del espíritu. Algunas expresiones de los evangelios, algunos gestos y actitudes de Cristo dieron motivo a la adaptación de ritos y sacramentos judíos o paganos por los cristianos. Dado que el Espiritismo, fiel al espíritu de renovación cristiano, no aceptó el culto exterior, la organización clerical profesional ni los rituales, las Iglesias Cristianas apoyáronse en eso para declarar que el Espiritismo no era religión. Ligadas a los Estados, ellas tuvieron facilidad para influir en los organismos estatales, haciendo prevalecer su tesis. Hasta hoy, en el Brasil y en muchos otros países, ciertos organismos estatales, principalmente cuando son influidos por la Iglesia Católica, niegan al Espiritismo su carácter de religión. Pero los espíritas necesitan saber que el Espiritismo es religión y el Centro Espírita, generalmente religioso, debe insistir en el esclarecimiento de ese problema en sus reuniones.

No se trata de lograr regalías gubernamentales para los Centros, sino de establecer esa verdad de hecho. Y ese hecho es aquel que Kardec esclareció con seguridad desde el inicio del movimiento espírita: el Espiritismo es la Ciencia del Espíritu y de sus relaciones con los hombre, de esa Ciencia resulta una filosofía, y de esa Filosofía las consecuencias religiosas del Espiritismo, que constituyen la Religión Espírita.

Kardec, como Jesús, no era clérigo de ninguna religión. Fue pedagogo, científico y filósofo, director de estudios de la Universidad de Francia. Al enfrentar el problema de las manifestaciones espíritas, que en su tiempo agitaban a Europa y América, las encaró como científico. Observó e investigó los fenómenos espíritas como los científicos observaban e investigaban los fenómenos físicos, descubriendo sus causas, identificando su origen, su naturaleza, y alcanzando el conocimiento de las leyes que los rigen. De ese trabajo minucioso y profundo, confrontando las hipótesis diversas, nació ante el mundo la Ciencia Espírita. Grandes personalidades de la ciencia, en el siglo pasado y en el actual, continuaron

en la línea de investigación de Kardec y confirmaron la validez de sus descubrimientos. Posteriormente surgieron las ciencias correlativas, entre las que se destacaron la Metapsíquica de Richet, la Psicobiofísica de Schrenck-Notzing y, finalmente, la Parapsicología actual, todas ellas hijas del Espiritismo. La Parapsicología fue la última y decisiva confirmación del acierto de Kardec y, con ella, con la denominación de fenómenos paranormales, los fenómenos espíritas se integraron en los cuadros científicos.

La Ciencia Espírita reveló la face oculta de la realidad que conocemos y en la cual vivimos. Levantó el telón que oculta los bastidores del escenario en que representamos nuestros papeles y duplicó los conocimientos humanos, hasta entonces limitados al plano exterior de las manifestaciones de la vida.

Cada avance significativo de las ciencias en el conocimiento del mundo transforma nuestra concepción de la vida y del Universo, generando una nueva filosofía y una nueva moral. Y la moral, a su vez, determinando nuevas reglas de comportamiento del hombre ante los misterios de la vida y de la muerte, genera a la vez una nueva posición religiosa. La Religión Espírita es la consecuencia natural del descubrimiento científico de la supervivencia y la continuidad del hombre después de la muerte. Científicamente no se puede probar la inmortalidad, pues no disponemos de recursos ni de tiempo para constatar objetivamente que el hombre es inmortal en su esencia, pero el testimonio de los espíritus superiores y las consecuencias lógicas de la supervivencia del hombre después de la muerte nos llevan fatalmente a la ilación de la inmortalidad, que el Espiritismo aceptó en su campo religioso, así como en el filosófico.

La Religión Espírita se funda en las pruebas científicas de la supervivencia y la comunicabilidad de los Espíritus con los hombres a través de los fenómenos paranormales (hoy comprobados científicamente por la Parapsicología), en la existencia de Dios como causa inteligente y primaria de todas las cosas y de todos los seres y en las relaciones posibles entre el hombre y Dios a través del sentimiento religioso, innato en el hombre, así como por imperio de la ley de adoración y reverencia a los poderes superiores que rigen el Cosmos en su plenitud.

Paralelamente al desenvolvimiento de las investigaciones espíritas, los estudios sociológicos, antropológicos y filosóficos sobre la religión llevaron a la cultura actual a rechazar el concepto de religión como organismo social y propio de sistemas tradicionales. La existencia de religiones desprovistas de esos requisitos normales, comenzando por la

simplicidad de las religiones primitivas y siguiendo por la profundización de esos estudios, mostraron, al respecto, que el fenómeno religioso es independiente de esas condiciones sociales artificiales. Con la tesis de Henry Bergson sobre los orígenes de la moral y de la religión, el problema se esclareció, dando la razón al anuncio de Jesús y a las profecías bíblicas sobre la interpretación en espíritu y verdad que no armonizaba con los modelos. Bergson estableció la diferencia entre las religiones estáticas, del formalismo social, y la religión dinámica e independiente, que se sobrepone al formalismo. La Religión Espírita apareció, entonces, en el cuadro de las investigaciones, como el modelo ideal de las religiones del futuro. Basamentada apenas sobre el sentimiento religioso y sobre la ley de adoración de la tesis espírita, la nueva Religión se presentaba liberada de los aparatos del culto exterior, de las pesadas y costosas organizaciones clericales y jerárquicas, así como de la suntuosidad arrogante de los templos. La Religión se liberaba de los intereses humanos, de las ambiciones del poder y la supremacía de los clérigos y volvíase hacia Dios.

El problema de la Revelación, que caracteriza a las religiones reveladas, orgullosas de su origen divino especial, fue ubicado por Kardec en el campo de las manifestaciones espíritas, es decir, de la fenomenología paranormal, y sujeto al control de los hombres. La Religión Espírita es también revelada, pero a través de una conjugación humano-divina. Los Espíritus superiores hicieron revelaciones a Kardec, pero él no las consideró válidas, reales, mientras no logró su veracidad a través de la investigación. Kardec formuló la tesis de la doble revelación: la que es dada por entidades espirituales o por hombres dotados de poderes paranormales, y la que es hecha por los científicos que investigan la Naturaleza, descubren sus secretos y los revelan en el plano científico. Es de esa doble revelación –rechazada por los místicos y los supersticiosos– que se constituye la Religión Espírita, que no se complace con la fe ciega, sino que exige la fe raciocinada, sancionada por los hechos y por la fe esclarecida. Era el fin de las fábulas y de las supersticiones, el encuentro de la razón humana con la Verdad Divina. La importancia de ese acontecimiento histórico fue ignorada negligentemente por los cultores de la tradición supersticiosa y el Espiritismo fue acusado de revivir en el mundo, en plena era científica, las más bajas supersticiones del pasado lejano. Kardec combatía a la superstición con el poder investigativo de la razón, y los místicos enfermizos, abrazados con los materialistas, lo condenaban como supersticioso. Más, a pesar de toda esa injusticia y de todas las campañas difamatorias desencadenadas en el mundo contra el Espiritismo, el tiempo se encargó de poner las cosas en su debido lugar. Hoy, las personas realmente cultas y sinceras, estudiosas y libres de preconceptos, saben que el Espiritismo de los simples es apenas un reflejo

del Espiritismo de los sabios, el que los mismos sabios materialistas se ven obligados a reconocer como válido. Sólo las personas sistemáticas, retardatarias, preconceptuosas o sectarias, incapaces de abrir la mente cerrada a las ideas para comprensión de la realidad, continúan negando la verdad espírita y, al mismo tiempo, sufriendo la acción acosadora e invisible de los Espíritus obsesotes. Y eso es porque la secta religiosa cerrada es hermana de la secta científica amarrada a sus preconceptos. Un científico apegado a los preconceptos es la negación de la misma ciencia.

Mas, establecida la Religión Espírita con su plena libertad de pensamiento, surge en medio de sus adeptos voluntarios el problema de los residuos del pasado. Seres que se tornaron espíritas a través de experiencias paranormales inesperadas, no logran vencer las barreras de los temores enquistados en su inconsciente y comienzan a mixturar sus viejas supersticiones con los conocimientos nuevos que han recibido. No se habitúan a la libertad amplia del Espiritismo. Sienten la falta del yugo en su cuello encallecido y procuran transformar a los dirigentes de Centros en sacerdotes de un nuevo tipo. Y caen de rodillas ante los pobres médiums falibles con la esperanza de lograr gracias imposibles. Fórmase la farándula de los creyentes ansiosos de beneficios especiales y surgen cuestiones de familia y tradición exigiendo bautismo, rituales, casamientos suntuosos, misas y promesas a los santos. El Espiritismo está exento de todas las escenificaciones rituales y todos los artificios de la devoción formal. Por toda escenificación y todo sacramento el Espiritismo sólo tiene un sustituto: la oración espontánea y sincera, gratuita y humilde que parte directamente del corazón de la persona hacia la Mente Suprema de Dios. En el Centro Espírita ese problema deber ser objeto de estudios constantes, de esclarecimiento cierto, a efecto de que la propagación irrefrenable de la Doctrina de los Espíritus no se realice afectada por los residuos de un pasado de herejías y hogueras asesinas en nombre de Dios. Sin herir susceptibilidades, los dirigentes del Centro deben seguir la regla de los esclarecimientos indispensables, mostrando que, en el plano del espíritu, sólo los factores espirituales tienen valor. No se puede tratar obsesiones con sal gruesa, hojas de ruda, incienso o explosiones de pólvora, como tampoco con medallas, crucifijos o agua bendita. La obsesión es un proceso inteligente desencadenado por Espíritus, lo que es decir: por inteligencias extrafísicas a quienes no alcanzan todas esas cosas, pues ellas viven en el plano espiritual, no en el material, y conocen el problema de la comunicación mediúmnica y del envolvimiento fluídico. Sólo podemos apartar a una entidad obsesota por la persuasión y la oración, tratando de esclarecerla en lugar de darle órdenes que sólo la irritan. Los Centros Espíritas que aceptan los métodos anticuados de los perimidos conjuros y exorcismos revelan la más absoluta ignorancia de los principios de la

Doctrina Espírita, que es esencialmente racional. La razón no pertenece a la materia, sino al espíritu. El fracaso de las prácticas de exorcismo se comprobó en el mundo entero en todas las etapas históricas. Mientras los exorcistas, o exorcizadores, gastan energías y pierden tiempo, con perjuicio de su propia salud y el desgaste físico de los obsesivos, llegando, no raramente, a resultados tristemente negativos, el adoctrinamiento espírita revela en todas sus facetas la ventaja de la acción persuasiva e inteligente sobre los agresores inteligentes. El valor de la oración, mental u oral, se muestra siempre eficaz, pues la vibración de una oración sincera alcanza al obsesivo de un modo envolvente, llamándolo a la razón.

En lo relacionado a los problemas de la oración, conviene recordar, con Kardec, que las más eficaces son las oraciones espontáneas, no formales ni decoradas, sino pronunciadas con sentimiento y deseo real, consciente, de beneficiar tanto a la víctima como al verdugo. Entre las oraciones formales, la del Padrenuestro se destaca por una condición especial. Integrada en la tradición cristiana hace dos mil años, esa oración está fijada en la mente de las generaciones y goza del prestigio de haber sido enseñada por Cristo. Su prestigio y su capacidad de despertar emociones religiosas en los Espíritus se comprueban diariamente en el mundo. Es por eso que ella es empleada sistemáticamente en la apertura de las sesiones espíritas. Es un tabú, dicen los escépticos y muchos espíritas, con pretensiones racionales agudas, intentando eliminarla de los Centros. Es un grave error, pues en todas partes se constató y se constata, en el medio espírita, su eficacia. No es difícil entender eso. El Padrenuestro no contiene ningún elemento mágico y, además, desde la infancia los niños nacidos en el medio cristiano han aprendido a decirla y respetarla. Ella fue introducida en la conciencia de las generaciones a través de los siglos y los milenios. Está constituida de una forma oral y mental cargada de energías espirituales. Se convirtió, en el plano religioso, en lo que es el soneto en la poesía occidental: una forma oral y mental cargada de poder emocional. Los Espíritus perturbadores, que tienen conciencia de su actitud negativa y culpable –pues todos la tienen–, son tocados en su íntimo, en su posibilidad profunda y en su afectividad cuando oyen esa oración, especialmente cuando es pronunciada por personas que sienten su mensaje y conocen las razones de su eficacia. Ella suena como un llamado de la infancia, de la juventud emotiva, de la vida pasada que desencadena antiguos recuerdos en los hombres y en los Espíritus. La figura de Jesús, la fuerza óptica de la palabra Padre, que vibra como un llamado a Dios y una evocación de su poder supremo, y al mismo tiempo misericordioso, vibra como la primera nota vigorosa y amorosa de una impetración al cielo, a las regiones superiores que desean alcanzar, por más desdichada que sea su situación actual. Se despiertan entonces, en la conciencia y en la emotividad del

Espíritu, los tiernos recuerdos de los seres queridos, del amor que experimentó en la vida familiar terrena, de los momentos de felicidad y alegría que gozó entre las personas queridas. Son esos los toques profundos que el Padrenuestro produce en los corazones fluídicos o encarnados, como una canción de otros tiempos, antigua, que, en la ternura de sus notas y de su armonía, nos hace volver a las oportunidades perdidas.

Personas presuntuosamente racionales analizan y critican al Padrenuestro señalando posibles errores y absurdos en su texto más común y extenso, que es el del Evangelio según Juan. Entidades malintencionadas suelen inspirar a esos seres ideas negativas, con la intención de desviarlas de la práctica de esa oración. Bastaría ese hecho para confirmarnos el valor del Padrenuestro. Los Evangelios registran formas diferentes de la oración de Jesús. La que permaneció en la tradición es la más completa, y objeto de las críticas referidas. Intentemos analizarla rápidamente en todos sus términos, desvirtuando esas críticas livianas:

PADRE –Con esa palabra inicial Jesús dio un golpe vibrante en la antigua concepción politeísta de la Divinidad y en la idea bíblica, bien judaica, de la posición exclusivista de dios y en su concepción mitológica de guerrero, el viejo Dios de los ejércitos.

NUESTRO –En esta profunda palabra tenemos la universalización de Dios como Padre de toda la humanidad. Ella destruye la vieja y absurda idea de los dioses de cada pueblo, en lucha unos con los otros en las guerras de los pueblos.

QUE ESTÁS EN LOS CIELOS –Afirmación de la presencia de Dios en el infinito, encima de todos los divisionismos humanos, pues los cielos no son un lugar determinado, sino la totalidad cósmica. Dios en los cielos cubre con su misericordia toda la Tierra y todos los mundos, todas las constelaciones del infinito.

SANTIFICADO SEA TU NOMBRE –Que sea reconocido el nombre de Dios como Santo por todos los seres, ángeles, Espíritus y hombres, que santificarán el nombre de Dios en sí mismos, en sus conciencias.

VENGA TU REINO –Que el Reino de Dios, ideal superior de justicia y de paz perfecto, venga a nosotros todos.

HÁGASE TU VOLUNTAD, COMO EN LOS CIELOS, ASÍ TAMBIÉN EN LA TIERRA –Que los hombres, los Espíritus y los ángeles cumplan en los Cielos y en la Tierra, en todas partes, la voluntad suprema

de Dios, revelándose aquí el principio de la comunión constante y perfecta entre el mundo espiritual y el mundo terreno.

EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA, DÁNOSLO HOY –El pan simboliza el alimento general de todos los seres –espirituales y materiales-, que los pueblos de aquel tiempo repartían en las mesas simbólicas de las ceremonias religiosas. Jesús mismo repartió el pan con sus discípulos en la cena de la Pascua, y fue en el partir del pan que los discípulos lo reconocieron, después de la resurrección, en el camino de Emaús. Ese alimento esencial es pedido a Dios, que es el Padre, para que no nos falte.

Y PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS, COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES –Los enemigos son los que nos persiguen y calumnian. Alimentados por el pan espiritual podemos perdonarlos, y sólo así nos hacemos dignos del perdón de Dios, a quien diariamente ofendemos con nuestra ignorancia. Es el principio de la fraternidad en Dios y por Dios.

Y NO NOS DEJES CAER EN TENTACIÓN –Somos frágiles en nuestra ignorancia y alimentamos deseos y ambiciones. La tentación está en nosotros mismos, mas Dios puede alimentarnos diariamente el Espíritu con las verdaderas ansias de nuestro destino, para no caer en el torbellino de nuestros instintos inferiores.

MAS LÍBRANOS DEL MAL –Súplica hecha a Dios para despertarnos la conciencia de las horas difíciles de cada día.

PUES VUESTRO ES EL REINO, EL PODER Y LA GLORIA PARA TODO Y SIEMPRE –El Reino que buscamos es el de Dios, no el de los hombres. El poder es de Dios y no de los Espíritus inferiores; la gloria sólo a Dios pertenece y sólo Él nos puede glorificar. Laudatorio que sólo aparece en el Evangelio según Juan, como justificación final de toda la oración.

El Padrenuestro es una plegaria sintética, modelo dado por Jesús a sus discípulos para que en ella encuentren, diariamente, la síntesis final de todas sus enseñanzas. La dinámica de esa síntesis despierta en la memoria de los hombres y de las entidades espirituales la fe en Dios, la esperanza en nuestra evolución espiritual y la confianza en el poder absoluto, así como en la misericordia de Aquel que nos arranca del fango de la tierra hacia las ascensiones de la evolución universal.

Hay personas que disienten con la oración del Padrenuestro en las sesiones espíritas, alegando que se trata de una oración católica. Jesús nació en el judaísmo, recibió la bendición de la virilidad en el templo, a los trece años; como todos los niños judíos de su edad, creció y vivió como judío hasta el momento en que inició su predicación propia, de la cual nacería el Cristianismo, porque sus discípulos y apóstoles lo llamaban Cristo. Él enseñó la oración del Padrenuestro cuando andaba predicando en la Palestina, mucho antes que su doctrina llegase a Roma y fuese transformada en un vasto sincretismo religioso, del cual surgiría la Iglesia romana. El Padrenuestro fue modificado por Padre Nuestro en Roma, y sólo en este siglo volvió a la designación primitiva que le dieron los cristianos palestinos que no hablaban latín. No hay razón alguna para que esa oración sea considerada católica. Ella es una oración cristiana pura, dotada de todas las características del pensamiento superior de Jesús, que siempre estuvo por encima de los divisionismos sectarios. Si los Evangelios presentan el Padrenuestro en forma distinta, eso acontece por el simple hecho de que cada evangelista escribió sus relatos en lugares y tiempos distintos, utilizando los recuerdos y las anotaciones que poseían. Juan, cuyo Evangelio fue el último en ser elaborado, consiguió reunir mayores elementos para brindar la oración completa, según era pronunciada por los cristianos primitivos. Como señala Renan, y fue confirmado en los siglos siguientes por los investigadores universitarios de los orígenes del Cristianismo, las informaciones que los evangelistas disponían procedían de los mismos círculos íntimos del Maestro, guardando la autenticidad de sus expresiones.

La insistencia de la Iglesia Católica en mantener la expresión latina *Padre (Pater)* en el nombre de la oración, produjo, en los países de lengua latina, como Portugal y el nuestro, Brasil, la falsa sugestión de una ligazón real entre la Iglesia (cuyos sacerdotes son denominados *padres*), lo que fue duramente replicado por las Iglesias de la Reforma Protestante.

El empleo del Padrenuestro en las reuniones espíritas es perfectamente válido, tanto ante las características innegables del renacimiento cristiano de la Doctrina Espírita, así como en su desenvolvimiento filosófico y en sus actividades prácticas. La alegación de que el Espiritismo mixtura al Cristianismo con las religiones primitivas, es sencillamente una impostura frente a los estudios profundos realizados sobre la formación del sincretismo católico-africano, del que el Espiritismo no participó.

10. LOS ESPÍRITUS CURAN

La terapéutica espírita abarca todas las ramas de la medicina. Urbano de Assis Xavier, cirujano odontólogo y médium de una gran sensibilidad, sirvió de intermediario en muchas curas y le agradaba investigar esa cuestión. Pronunció una conferencia, en la década del 40, en la Biblioteca Municipal de San Pablo, sobre el tema que sirve de título a este capítulo. Su experiencia personal y su acervo de observaciones darían material para la elaboración de un gran volumen al respecto. Fuimos testigos de numerosas curas. Él insistía en la necesidad de comprender que el médium es, simplemente, en tales casos, un instrumento pasivo en manos de los Espíritus. Por eso resaltaba que los Espíritus eran quienes curaban, y no los médiums. Este es el punto esencial de la comprensión, por parte de los médiums y los dirigentes del Centros, del delicado problema de las curas generalmente llamadas mediúnicas. Sin esa comprensión humilde de parte de los médiums, ellos se arriesgan a caer en las trampas de su propia vanidad, que los lleva a tomar actitudes ridículas y comprometedoras para el Centro y para la Doctrina. Un médium que se considera capaz de curar por sí mismo es un ignorante o un inconsciente, que fácilmente se convierte en un charlatán ambicioso, lucrando con el dinero de su prójimo.

Como Kardec advertía, dos factores garantizan la facultad curativa real de un médium: su humildad y su desinterés. Si él fuese orgulloso y convencido de su eficiencia, cobrando su trabajo mediúmico, directa o indirectamente, debemos ignorarlo, sencillamente, y huir de él. Los Espíritus mixtificadores que lo acompañan –pues cada cual tiene las compañías espirituales que merece-, lo llevan fatalmente por el camino desviado de los engaños peligrosos. Los dirigentes de Centros necesitan tener la mayor cautela y observar, atenta y permanentemente, a los médiums curativos que cuentan en los trabajos. Las maniobras envolventes de los espíritus mixtificadores son sutiles y se cumplen, al mismo tiempo, sobre el médium vanidoso, los dirigentes sin conocimiento doctrinario ni buen sentido y los pacientes que se entregan ciegamente a experiencias peligrosas, guiados por una fe ciega y supersticiosa. Debemos tener siempre en la mente que estamos en la Tierra para evolucionar, desarrollando nuestra capacidad de trabajo y prudencia. Espíritus en evolución, como somos, si nos entregamos a nuestras pretensiones de superioridad y de merecimiento personales, los buenos Espíritus no interfieren a efecto de no perjudicar nuestro aprendizaje. Tenemos que pasar por las experiencias negativas, hasta alcanzar los objetivos de nuestra encarnación. Podemos pedir a Dios lo que quisiéramos, pero sólo recibiremos aquello que realmente necesitamos. La oración nos ayuda, establece nuestra sintonía con los Espíritus benevolentes, mas, si dejamos a

un lado el buen sentido y la perspicacia, si no nos mantuviéramos en vigilancia, esperando todo del cielo y sin usar nuestro discernimiento, sólo la experiencia, por más dura que sea, podrá corregirnos. Analicemos bien este problema, para no llorar más tarde por nuestra incuria. Los Espíritus buenos nos amparan, asisten y ayudan, dándonos orientación y consejos intuitivos, pero no ocupan nuestro lugar en aquello que sólo a nosotros nos pertenece.

La cura espírita no se realiza, por más dedicados que seamos al Espiritismo y por más abnegados en lo relacionado con nuestro prójimo, si la enfermedad o la deficiencia que sufrimos fuera, en sí misma, el remedio que de hecho necesitamos. Los intereses superiores de la evolución espiritual están siempre por encima de nuestros intereses individuales y pasajeros. Si una persona es ciega o se está quedando ciega, es porque la prueba de la ceguera la ayudará a desarrollar la humildad en lugar de la vanidad, que cultivó en su pasado, y de esa manera está siendo espiritualmente curada. Se habla mucho de méritos y de recompensas, pero no se trata de eso en la cuestión de las curas. La cuestión de los méritos es nuestra, y como somos siempre excesivamente generosos en nuestro autojuzgamiento, al recibir una cura nos consideramos premiados. Para Dios y, por tanto, para los Espíritus superiores, la enfermedad es la cura de nuestras imperfecciones espirituales, y la cura es la que nos predispone para las pruebas que aún tenemos que enfrentar.

Por todo eso, se engañan los médicos que encaran la terapéutica espírita –hoy llamada paranormal– como una forma de conjugación del Espiritismo y la Medicina. Los médiums no pueden curar lo que quieren y cuando lo quieren. Por eso Jesús empleaba la expresión “Perdonados fueron tus pecados”, cuando lograba curar a alguien. El perdón, en lenguaje legal, equivale a la suspensión de la pena. Los pecados estaban perdonados porque la pena había llegado a su fin. La pena no había sido impuesta por decreto, como tampoco sería suspendida por ese mismo medio. Nuestra evolución es un proceso natural de desarrollo de nuestras potencialidades. Todo aquello que obstruye ese desarrollo provoca coágulos en la estructura psíquica, extremadamente fluidica, generando dolencias y deficiencias orgánicas. Y aquello que facilita tal desarrollo produce curas y posibilidades de curas. Esas posibilidades pueden culminar en curas, ya sea por intervención mediúmnica como por intervención médica. La razón por la cual el médico fracasa en casos que el médium resuelve, y viceversa, no radica en los méritos de un u otro, sino en las necesidades reales del paciente. Si éste necesita fortalecer su fe o triunfar sobre su orgullo, puede recibir la cura mediúmnica o espiritual, mas, si en cambio precisa someterse a intervenciones quirúrgicas para reequilibrar su

conciencia con su pasado, no conseguirá la cura paranormal. Eso no depende de una decisión momentánea de Dios, sino de lo que ya estaba determinado en la estructura de causas y efectos de la vida actual de la persona. Se trata de un determinismo relativo, del que causas y efectos corresponden siempre con las exigencias de la ley de evolución espiritual. En ese determinismo puede haber alteraciones, conforme a los nuevos rumbos que la evolución espiritual puede haber tomado en la actual existencia. Tenemos que examinar esos problemas a la luz de la Doctrina Espírita. Desdichadamente, escasean esos estudios entre nosotros, de manera que tenemos siempre una visión demasiado antropomórfica de esos procesos. En el Centro Espírita el problema de las curas no puede restringirse a tentativas ocasionales o aleatorias. Estamos en una fase de intenso desarrollo científico y cultural en general y necesitamos profundizar el estudio de nuestra Doctrina en evolución con todos los progresos de la actualidad. Kardec nos dejó en su obra una vasta herencia que aún no hemos sabido aprovechar. Nos conformamos con un espiritismo superficial, de tipo sectario, sin preocuparnos con una reflexión cuidadosa y lógicamente dirigida de los principios doctrinarios. Y cuando aparece alguien con intenciones de tratar el tema en un plano más elevado, lo que observamos son atentados a la Doctrina, críticas a Kardec, intentos ridículos de superación o de una pretenciosa *actualización* de una Doctrina cuyas agujas están marcando las horas, adelantadas varios siglos.

No perdimos aún el hábito indígena de las plumas y el taparrabo. Nos agrada adornar nuestra cabeza con plumas coloridas de aves y presentarnos de taparrabo ante la cultura nacional. Con la cabeza llena de ideas e hipótesis de la actualidad científica, acusamos a Kardec de mecanicista superado, de autor de teorías cubiertas del polvo, e intentamos sustituir a esas teorías por otras que pertenecen a los milenios pasados, con las que nos proclamamos originales y actualísimos. Correcciones a Kardec surgen desde las planicies a los montes, como las herejías del Cristianismo primitivo, que Tertuliano decía brotar del suelo como hongos. Y cuando escapamos de eso caemos en las *actualizaciones*, o adulteraciones, con la aprobación, el aplauso y la defensa de ellas por parte de instituciones, antes respetables. El atrevimiento de tales reformadores está impregnado de una mística piedad, al son de las letanías cantadas por los coros sacerdotales del Umbral. Y cuando alguien se levanta en contra, es considerado enemigo de la evolución y promotor de desórdenes, sin otra finalidad que la de vender sus libros.

No pretendemos, naturalmente, que en el ámbito humilde de los Centros dedicados exclusivamente a las prácticas religiosas fraternales aparezcan grandes mentalidades. En cada sector de las actividades

doctrinarias encontramos siempre personas abnegadas y files a la Doctrina que cumplen con sus deberes. Es en las Federaciones y Uniones que surgen los reformadores atrevidos con discursos mestizos de papagayos barullentos y místicos de ojeras profundas y voz meliflua. Todo eso revela una falta aterradora de un piso cultural en nuestro movimiento doctrinario, lo que da oportunidad a la aparición de predicadores dramáticos –tipo Billy Graham- que arrebatan a los oyentes ingenuos con figuras literarias del siglo pasado y la frente impregnada de sudor por el esfuerzo de recordar pasajes ajenos decorados. No podemos olvidarnos de la existencia de la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas y, en el Brasil, de la Sociedad Bahiense de Luiz Olímpio Teles de Menezes, el fundador de la prensa espírita en nuestra tierra. Y de esas mismas cúspides descienden los pavos reales de pies grotescos y plumaje brillante, simulando sabiduría y predicando como suprema verdad la increíble y estupefaciente, elegible e incomprensible obra de Roustaing, *Os Quatro Evangelhos*, que debía tener por título uno más adecuado: *las Mil y Una Noches de la Mixtificación*. Para contrabalancear esa desgracia (falta de gracia de Dios) la Argentina nos manda Vida de Jesús Dictada por Él mismo, en que vemos al Maestro lamentarse de haberse entregado a su vocación mesiánica, reencarnando en mundos primitivos, en lugar de gozar de una vida tranquila en Nazaret en el seno de su familia.* En la obra de Roustaing nos encontramos con arcángeles celestes castigados con encarnaciones en mundos primitivos con la forma de *criptógamos carnudos*, que serían babosas reptantes dotadas de carne humana, recurso ridículo que no exime a la obra de la condena doctrinaria, ya que la Doctrina no admite la vuelta de un Espíritu humano en una encarnación animal. La extraña y grosera expresión *criptógamos carnudos* aparece para encubrir lo absurdo. Si esos bichos reptantes tienen carne humana, no dejan de pertenecer a la especie humana. Y toa una Federación acepta, endosa, propaga y defiende obstinadamente esa proposición de la más descabellada metempsicosis que se haya imaginado en el mundo. La palabra criptógamo es empleada en botánica para designar a los vegetales que tienen los órganos reproductores ocultos. Para aplicar el término a los animales, los mixtificadores le agregaron el feo adjetivo carnudo, sin respeto alguno por la pureza y elegancia del lenguaje.

Y lo peor es que dirigentes que están al frente del movimiento espírita saben eso, pero se callan para no crear cizaña en la plaza. La prueba de la incultura y la falta de buen sentido acrecentaron la cobardía

* Con todo el respeto que nos merece el autor, disentimos sobre la valoración de este libro que, para quien lo haya estudiado en profundidad y se interiorizó de su génesis, simplemente, sin entrar a evaluar el contexto de su prístina enseñanza moral y religiosa, no puede dejar de admirar su contenido coherente y sólido, doctrinariamente hablando, como así lo entendieron grandes personalidades y batalladores de las lides espíritas del mundo, y que el tiempo se encargará de reconocer y valorar oportunamente. [Nota del traductor.]

moral. Si esa teoría fuese cierta, tendríamos en poco tiempo a los ángeles roustainguistas transformados en criptógamos, para descansar los espíritas culto o incultos, pero de buen sentido.

Los dirigentes de Centros necesitan tomar conocimiento de esos absurdos y luchar contra ellos, dado que esas invenciones ridículas atrasan el desarrollo de la Doctrina y apartan de los Centros a las personas que saben pensar. La Doctrina Espírita –plataforma cultural del futuro del mundo- es presentada ante nuestros medios culturales como un delirio místico de multitudes rudas y aprobado y sustentado por intelectualoides de ciudad. Nunca se vio en el mundo una cosa semejante: un monumento de lógica y de criterio científico que nos vino de Francia por las manos de un sabio extremadamente mesurado –el mismo sentido común encarnado, como lo llamaran y lo llaman aún hoy-, transformado por sus propios adeptos en la más absurda miscelánea de todos los tiempos. Ni incluso el Cristianismo fue tan adulterado.

En esta fase de transición, en que todo se corrompe, sólo nos resta la esperanza de los Centros Espíritas humildes, donde las personas sinceras no piensan en proyectarse montados en elefantes blancos. Sólo de la humildad y la pureza del Centro Espírita podrá surgir la reacción salvadora. Pero para eso es necesario que el Centro Espírita tome conciencia y conocimiento de la situación desastrosa en que nos encontramos y de la necesidad de rechazar las mixtificaciones y las adulteraciones con el mismo látigo con que Jesús derrumbó las mesas de los mercaderes del templo y liberó a los animales destinados al sacrificio profanador. Es necesario que los Centros se relacionen entre sí, formando grupos independientes en la línea tradicional de la libertad espírita, a efectos de oponerse a ese proceso suntuoso y petulante de la deformación y desagregación de la Doctrina, que los nuevos rabinos infiltraron en el movimiento espírita despistado. No podemos mezclar los valores y dar a las gentes un producto adulterado.

Sabemos que los Espíritus curan –no los médiums-, y ahora quien necesita de cura es nuestro movimiento doctrinario, afectado por más de un siglo de infiltraciones venenosas en su frágil estructura. Abandonemos la pretensión de constituir una Iglesia Nueva, centralizada en una Catedral Federativa, pues ya vimos qué turba de clérigos, muertos y vivos, están siempre dispuestos a invadir el nuevo edificio, como los Espíritus de la parábola vuelven a la casa limpia y ordenada y de ella se posesionan de nuevo, pues su condición será, entonces, peor que la anterior.

Las grandes instituciones tienden siempre al mandonismo, al autoritarismo, lo que no aviene, de manera alguna, con los principios

democráticos del Espiritismo. Las personas más simples, ubicadas en una modesta posición en una grande institución, muéstranse luego arrogantes y sabihondas. La vanidad humana está siempre al acecho en el corazón del hombre. Una vez que las circunstancias le brindan una oportunidad, una humilde persona adopta actitudes soberbias. En los cuadros superiores aparecen incluso los supuestos misioneros, seres que se consideran agraciados (no por la bondad, sino por la justicia de Dios) para comandar y salvar a los demás. Ningún Centro, pequeño y humilde, se atrevería a denominarse *Casa Mater del Espiritismo*, mas una Federación lo hace, se arroga derechos que jamás poseyó ni podría poseer y toma en sus manos predestinadas la dirección del movimiento doctrinario. El crecimiento de la institución, la subordinación de las menores, que temen caer en desgracia ante hombres tan importantes y sabios, completan la obra de la megalomanía humana, y así va todo aguas abajo... La humildad de los pobres se convierte en fermento de grandezas si le damos un palacio para morar. Hasta mismo los espíritas, con las excepciones naturales de la regla, se dejan entusiasmar fácilmente por las obras suntuosas, olvidándose que el templo de Salomón fue destruido para siempre, pero que el templo humilde del Carpintero de Nazaret, destruido, fue reconstruido en tres días y permanece por siempre. Entre los problemas de la cura espírita, lo que más nos debe interesar, en los trabajos del Centro Espírita, es la cura de la vanidad en el corazón de los hombres. Evitemos la suntuosidad en nuestro movimiento doctrinario si quisiéramos que él se mantenga puro y simple. Nada representa mejor al Espiritismo que el Centro de suelo pisoteado y tejavana, bancos y mesa de madera incrustados en el piso, Zé Sobrinho leyendo el Evangelio en mangas de camisa, en un lugar distante de San Bartolomé, en Sorocabana. Yo lo vi y participé de la reunión rústica, sintiendo la grandeza de la Doctrina Espírita entre aquella gente simple y buena. Allí nadie mandaba y todos se unían espontáneamente en el trabajo de amor al prójimo y loar a Dios.

11. METAMORFOSIS RELIGIOSA

Las religiones son organismos vivos, integrados por las células individuales de los adeptos, que crecen en el tiempo, pasando por todas las transformaciones del crecimiento. Kerscheneiner, en su *Fisiología del mito*, afirma que la ley del mito es la metamorfosis. Mas, ¿por qué del mito, si esa ley es la de toda la evolución de las cosas y de los seres en todo el Universo? Los mitos son elementos fundamentales de la religión. Naciendo de los mitos agrarios, que son representaciones de convergencias telúricas, las religiones se desarrollan en las coordenadas históricas del tiempo y del espacio y se proyectan en las perspectivas del futuro. El pasado mítico, en las mitologías mágicas y anímicas de las selvas y las zonas heladas, constituye el resultado sincrético de las relaciones del asombro. El alma humana se deslumbra con la magia de la Naturaleza, sintiéndose integrada en ella y por ella absorbida. Ese momento mágico eclosiona en mitos que comprenden al mundo de los dioses, en la plenitud divina captada por la videncia de Tales de Mileto: “El mundo está lleno de dioses”. De los procesos dialécticos del caos surgen los ritos, los cultos y los templos. Pero es en el templo, forma estática de la síntesis dialéctica, que tenemos la síntesis final de la oposición Hombre-Tierra. El templo protege a la religión, para defenderla y sustentarla. Desarrollo. Es como la concha marina en que la ostra se forma para producir la perla, esa deformación de la materia que rompe la estática de la forma mediante el impacto de las leyes del crecimiento. Del templo humilde, primitivo –la cabaña mágica del pagé o del chamán-, fácilmente destruidas las formas primarias, surgen las manifestaciones múltiples y sólidas de los templos de la Sumeria, del Egipto antiguo y suntuoso y de la Mesopotamia lírica con sus brazos de ríos.

Del templo de Salomón, orgulloso como las montañas del Cáucaso, en un momento de concentración final de los ciclos históricos, completándose la espiral evolutiva del tiempo en el espacio –tiempo y espacio amalgamados en la realidad sustancial de materia y espíritu-, surgirán las descendencias espurias de las sinagogas, convergiendo en la dirección de los primeros templos cristianos. En las repeticiones filogénicas de la temporalidad, el primer templo cristiano, fundado por Pablo en Antioquia, se proyecta al encuentro de los mitos imperiales de la Roma de los Césares y allí, a sangre y lágrimas, se realiza la amalgama sedimentaria del embasamiento del ciclo gigantesco de las catedrales. Y una vez más, en la impulsión de la filogenia, siempre actuante, vamos a tener, en la sucesión de dos milenios, la aparición de las generaciones microscópicas más prolíficas de los Centros Espíritas. Los ritmos del desarrollo convergen siempre en los orígenes, en la necesidad de recomenzar, buscando el hilo

perdido del prolongado proceso genético en los escombros de la corrupción aristotélica. Generación y corrupción son el reverso de la moneda de César que los fariseos presentaron a Cristo, alternándose en las exigencias conjugadas y opuestas del Reino de Dios, y del Reino de la Tierra. Ante la grandiosidad de los templos y su complejidad, en las fases de crecimiento violento, la sinagoga y el Centro Espírita son descendencias espurias de linajes de templos suntuosos. No obstante, la sinagoga va aún a convertirse en el templo cristiano de paredes desnudas, desprovisto de altares e imágenes, de símbolos e insignias, para adherirse al esquivo hilo de Ariadna de la orientación mesiánica.

Observamos que en todo ese proceso la ley ordenadora es una sola: la de la metamorfosis. Hay una intención secreta en el proceso histórico, que los hombres no perciben, pero captan en su inconsciente, en esa región subterránea del alma que la percepción extrasensorial nos revela en la actualidad de un modo innegable.

Los filósofos de la Nada, esos *nadificadores* de sí mismos, y quienes se interesan por la realidad sensorial, viven apenas una media-vida, conocen apenas la superficie opaca de la Tierra y no pueden opinar sobre la realidad total encarada e investigada por el Espiritismo. Tenemos el derecho de negar a esos filósofos, como Kardec refutó a los científicos de su tiempo, por su supuesta capacidad para criticar a la Ciencia Espírita. ¿Cómo podrían ellos percibir la ley de la metamorfosis en su desarrollo asombroso, desde la cabaña mágica del pagé hasta el Centro Espírita, si no disponían de los datos necesarios sobre la realidad espiritual que niegan? Los ejemplos históricos de esa imposibilidad son numerosos. Auguste Comte negó la psicología, mutilando su visión admirable de la realidad científica; Spencer describió la mecánica sensorial del origen de las religiones, sin percibir las causas de ese proceso, por lo que fue corregido, más tarde, por su discípulo italiano, el ingeniero Ernesto Bozzano, que demostró, a través de la investigación científica, el engaño de su maestro genial; Bertrand Russell insistió, hasta su último instante, en la sustentación de su posición materialista, negándose a aceptar la misma comprobación de las conquistas de la física atómica y nuclear de la irrealidad de la materia; los marxistas, escudados en la visión materialista de Marx y en la dialéctica de la Naturaleza de Engels, se niegan a aceptar la evidencia del espíritu en sus mismos descubrimientos de laboratorios, como lo hizo Vasiliev en el caso de las investigaciones para psicológicas y como lo hizo la misma Academia de Ciencias de la ex URSS con el descubrimiento del cuerpo bioplasmático. No se trata de mala voluntad, sino de un condicionamiento mental, como explicó el profesor Remy Chauvin. Un viejo obstinado como René Sudre –que recibió de Bozzano el mayor castigo en la historia de las

ciencias-, volvió a negar la presencia del espíritu en los fenómenos paranormales, publicando sus interpretaciones de la Parapsicología actual con la misma obstinación e inflexibilidad de las momias mentales del pasado. Padres y frailes, ya liberados de la sotana y los hábitos, insisten ridículamente con sus cursos culturales y una incapacidad dolorosa de comprensión científica, haciéndose pasar por científicos y filósofos ante las multitudes ingenuas. Son figurones de una fase histórica en que el clero y las Iglesias se desprenden de las vestiduras antiguas, pasando, sin percibirlo, por la metamorfosis de las orugas que se transforman en mariposas y vuelan sin rumbo en busca del néctar de los dioses. Esos padres y frailes, protegidos por la jerarquía eclesiástica, descienden de las funciones sacerdotales a las de camellos de una falsa cultura desgastada en el tiempo. La ley de la metamorfosis actúa imperceptiblemente sobre la especie, modificándola de una manera implacable.

En lo relacionado con los templos, los cambios se dieron con tal rapidez que provocaron la rebelión de los fieles y de algunos clérigos tradicionalistas, como el cardenal Lefevre y sus compañeros de la *resistencia francesa*. Modificáanse los templos de su estructura interna y con ésta los rituales y toda la sistemática litúrgica. Pero esos cambios, destinados a simplificar y actualizar la religión, avanza, precisamente, en dirección al modelo espírita. Las Iglesias y sus templos se liberan de las suntuosidades materiales y formales en busca del contenido espiritual. La resistencia a esas transformaciones es inútil, pues apenas logran moderar, en algunos sentidos, la velocidad del proceso.

Todo eso nos muestra claramente que la metamorfosis religiosa, en el Catolicismo y en las demás Iglesias cristianas, está realizando la curva del regreso, en la espiral evolutiva, a los primeros siglos del Cristianismo. Nada se perdió durante el transcurso del tiempo. Podemos recordar, para ejemplificar, el símbolo hindú de la serpiente que muerde su propia cola. Conforme a ese símbolo, usado oficialmente por la Teosofía, el proceso evolutivo parte de la ignorancia (el rabo de la serpiente), crece con la absorción de elementos naturales, engordando el cuerpo, y alcanza la conciencia con la formación de la cabeza. Cuando la serpiente muerde la punta de su cola, cerrando el círculo de su giro sobre sí misma, tenemos su retorno a la simplicidad primitiva. La cola nada era, el cuerpo era apenas un embrión, la cabeza desarrolló las potencialidades de la inteligencia y con la mordida de su cola cerró el ciclo evolutivo en prueba de humildad. La cabeza, centro del saber, del conocimiento, se arrastró por el suelo, junto con la cola, y con ella se confundió. Kardec recibió esta enseñanza de los Espíritus superiores: “Dios creó a todos los Espíritus simples e ignorantes”. Y a partir de ese estado primitivo mostró que todas las posibilidades

evolutivas se abrían para los Espíritus en las vidas sucesivas. La verdad es una sola, pero puede ser percibida e interpretada conforme a la posición de cada observador.

Todo cuanto aconteció en el Cristianismo a través de los milenios tuvo su razón de ser, provino necesariamente de las condiciones de la humanidad en cada fase de su evolución histórica. La serpiente engordó y se engolosinó, a tal punto, que pareció tragarse el mundo. Mas cuando la inteligencia comenzó a desarrollarse, ella se enrolló y trató humildemente de morderse la cola. Y en ese momento decisivo se funde el elemento vital, los materiales absorbidos en el crecimiento, las experiencias adquiridas y las intuiciones del futuro para que el animal instintivo perciba la luz de la razón en su cerebro indagador y descubra en su mente los reflejos del poder creador de Dios. Todo sirvió para la formación y la apertura del Ser en la escala divina.

Dijo Jesús que la piedra rechazada sería tomada como fundamento del edificio. El Centro Espírita, rechazado, calumniado y humillado, aparece en este proceso bimilenario de la evolución religiosa de Occidente como la piedra angular de la Civilización del Espíritu en la Era Cósmica. En el Centro Espírita las enseñanzas de Jesús se concretizan, no en ídolos y formalidades artificiales, sino en conocimiento y saber positivo. El hombre descubre que su concepto de lo sagrado estaba errado, pues lo sagrado no radica en las cosas exteriores, sino en la naturaleza íntima del ser humano y en la divinidad de los Seres superiores. Percibe que lo que vale es el Espíritu y no el cuerpo, pues sólo el Espíritu realmente existe. Aprende que ninguna bendición exterior o formal puede salvarlo, sino sólo su dedicación al bien y a la verdad, a su apertura espiritual hacia las bendiciones permanentes de Dios que brotan en el mundo, abarcando a todas las criaturas y a toda la Creación. El Centro Espírita lo instruye –mediante enseñanzas y hechos- que la muerte no es la condenación del Edén, sino “la puerta de la vida”, conforme a la feliz expresión de Charles Richet. El misterio de la vida eterna, concedida apenas a los elegidos, se convierte en la herencia universal de Pablo, según su decir: “somos herederos de Dios y co-herederos de Cristo”. La función moral del Centro no es compulsiva, sino endógena. No se cumple a través de un código opresivo, sino mediante el despertar de las conciencias respecto a la responsabilidad de todos y de cada uno. El fundamento de esa moral está basado en el principio del amor al prójimo, y su manifestación, en el plano social, es la caridad. El amor es la esencia de la vida social, la sustancia básica de la estructura social, y la caridad es la dinámica de las relaciones, conforme a los términos de la definición de Pablo. El Centro Espírita asimila en la práctica, en su dinámica cotidiana, la savia pura del Evangelio con que alimenta la vida, el

pensamiento y los sentimientos del hombre. Lejos quedaron, en el proceso histórico, las leyendas de la ira divina y de las condenaciones terroríficas. En la pequeña comunidad del Centro se forma y desarrolla la Sociedad del Futuro, fundada en la comprensión de los deberes concienciales. El mundo humano y el mundo espiritual se funden en el proceso de las relaciones mediúnicas, en el trueque de experiencias entre los Espíritus y los hombres, que mutuamente se ayudan en la amplia escala de la trascendencia. Gracias al racionalismo espírita –desenvolvimiento natural del racionalismo cristiano- se establece la solidaridad de las conciencias de la tesis de René Hubert, actualizando en la realidad humana la utopía divina del Reino de Dios. Caen así las barreras de las razas, de las condiciones sociales, posesiones y culturas, sectas y partidos, muertos y vivos, pues todos comprenden que la fraternidad universal de los seres deviene de la paternidad universal de Dios. Los objetivos del Evangelio son alcanzados con el derrumbe total de los divisionismos formales establecidos por la ignorancia humana.

Claro que ese milagro humano, producido en el Centro por el descubrimiento de la finalidad de la existencia terrena, no es completo ni perfecto, pero ya manifiesta los trazos esenciales del perfil del futuro. Quedan atrás, a la distancia, los siglos y los milenios de atrocidades y amenazas satánicas y diabólicas, reducidos a cenizas de etapas superadas. En la sencillez del Centro Espírita, desprovisto de aparatos, de imágenes, de rituales, de sacramentos, de vestiduras, de actos religiosos pagos, ajenos a la simonía y al profesionalismo religioso y dedicado al servicio de la caridad amplia, y sin preferencia alguna, las fuerzas de la evolución acumulan su poder para la eclosión de la Civilización del Espíritu que barrerá del planeta todas las formas y formalismos de las expresiones religiosas inferiores que se hartan con los engaños del poder espiritual. Las oraciones pagas, las ceremonias suntuosas, los títulos fantasiosos y heréticos de los representantes religiosos y las organizaciones religiosas investidas de poderes estatales han de desaparecer por falta de adecuación a los tiempos nuevos. La experiencia del Centro Espírita suprime todas las formas de engaños a las poblaciones y la simulación de poderes divinos a través de ordenaciones, consagraciones e investiduras divinas, pues serán abolidas por consenso. La religión, desembarazada de los compromisos políticos, comerciales, financieros y otros más, será restaurada en su pureza ejemplificada por Jesús y sus discípulos en la etapa apostólica.

Esa es la directriz histórica determinada por las características y las actividades del Centro Espírita. Pero todas esas modificaciones se procesarán durante el transcurrir del tiempo y en la medida del progreso cultural del mundo y del consiguiente esclarecimiento de los pueblos sobre

los problemas fundamentales de la vida, del destino, del dolor y de la muerte. El conocimiento de esas incógnitas –que siempre atormentaron a los hombres- secará naturalmente la fuente de las mixtificaciones interesadas en el campo religioso. Demostrada la ineficacia de todas las escenificaciones sacramentales, esclarecidas las supersticiones que dominan la mente humana insegura y medrosa, la humanidad alcanzará su virilidad y no habrá más campo para las explotaciones sistemáticas de la naturaleza religiosa del hombre. En el plano espiritual, las vastas poblaciones desencarnadas de Espíritus inferiores, apegados a los intereses materiales, serán a su vez removidas a otros mundos inferiores. En la economía divina nada se pierde. Esas poblaciones espirituales, atrasadas ante la evolución terrena, llevarán a esos otros mundos atrasados conocimientos que los auxiliarán para la elevación paulatina. Son esas las migraciones espirituales entre los mundos solidarios de cada galaxia, conforme a la enseñanza de Kardec.

El mito del tercer milenio –que muchos espíritas aguardan con la ingenuidad de los judíos que aún esperan al Mesías y de los cristianos que confían en el regreso de Jesús entre las nubes y con un acompañamiento de ángeles en su entorno, mientras catástrofes punitivas devastarán el planeta-, no pasa de una interpretación errónea y supersticiones de un arquetipo colectivo: la ansia de los hombres por un mundo feliz, despierta en los seres por la realidad lejana de las realizaciones aún en lenta progresión en la Tierra y ya logradas en el Cosmos por mundos más antiguos que el nuestro. El tercer milenio es, simplemente, la continuación de las fases milenarias del calendario cristiano planificadas en el tiempo como Primero y Segundo Milenios. Es, por tanto, una fase de mil años en que el año 2001, aguardado como hora mística de la redención universal, es apenas el año inicial de un milenio de grandes y profundas transformaciones de la Tierra en la secuencia natural de su proceso evolutivo. En la sistemática objetiva, simple y racional del Centro Espírita, no hay lugar para violaciones milagrosas y, por tanto, sobrenaturales. Vivimos en la Naturaleza y todo cuanto conocemos es natural. El concepto de lo sobrenatural nació de la impotencia humana para descubrir el Cosmos. Pero desde el siglo pasado el hombre viene logrando profundizar los misterios del mundo y descubrir las leyes naturales de los fenómenos considerados sobrenaturales. Kardec fue el gran pionero de esa investigación y por eso mismo fue el primero en poner en duda ese concepto. Lo sobrenatural se reveló como siendo simplemente lo desconocido. En la proporción en que avanzamos ene. Conocimiento de la realidad todo se naturaliza. Sólo Dios parece disponer de la sobrenaturalidad, pero hasta las mismas religiones sustentan que Dios no es sólo trascendencia, es también, necesariamente, inmanencia. Para sustentar los principios de la omnipresencia y omnisciencia de Dios, los

teólogos –los cultores de una hipotética ciencia de Dios- tuvieron que admitir su inmanencia en la Naturaleza, lo que igualmente lo naturaliza. Sobre, de tal manera, apenas una parte de Dios como sobrenatural, mas, si Dios es uno (a pesar de sus tres personas) es claro que no puede ser dividido en natural y sobrenatural. Y si Dios es el Creador que todo creó de sí mismo y está presente en todo, presidiendo toda la realidad de las cosas y de los seres, no desde afuera, sino desde dentro de esa realidad, no hay manera de poderse sustentar su sobrenaturalidad específica y única.

El Espiritismo define a Dios como la Inteligencia suprema, creadora, mantenedora y estructuradora del Universo. Lógicamente, define al espíritu como el elemento estructurador de la materia. Para estructurar la materia *dispersa en el espacio*, pulverizada en átomos, partículas atómicas y plasmas cósmicos, el espíritu se posesiona de esos elementos y los ajusta a sus designios, generando las formas de las cosas y de los seres. De esa manera, el *fiat* de la Creación no fue apenas la emisión de un pensamiento o de una palabra, sino todo un proceso complejo y lento de aglutinamientos sucesivos a través de la potencia inteligente que, por el hecho mismo de ser inteligente, sabía lo que hacía. Esa proposición espírita, fundada en la razón, no emocionó a los teólogos, ya que simplemente la condenaron con la simpleza de su autoritarismo, a su vez basado en la suposición ingenua de que Dios daba la ciencia infusa de la verdad absoluta. ¡Qué embrollo, santo Dios!

El conocimiento actual –que repudió el ilogismo teológico, estructurado con rebusques y malabarismos- no puede abdicar de las vías racionales, ni incluso con el prestigio de Kant, en la división igualmente arbitraria que este filósofo estableció entre lo dialéctico y lo absoluto. La metamorfosis religiosa se encargó de mostrar que las complicaciones del misticismo ilógico se redujeron en el tiempo a la lógica de la sencillez de las prácticas experimentales del Centro Espírita.

12. EN EL CENTRO DEL MUNDO

Desde todas las latitudes, desde todos los continentes las aguas de la Tierra corren hacia el centro del mundo. No el centro geológico determinado por las mediciones del hombre, sino el centro fluctuante, variable, condicionado por las oscilaciones del globo terráqueo en su levitación cósmica, en el balanceo de los equilibrios gravitacionales del planeta suspendido entre las constelaciones. Pero las aguas no obedecen apenas a los ritmos de lo eterno-efímero, a las condiciones oscilantes de las situaciones orbitales. Además, las aguas acumuladas en los grandes estuarios marítimos y en los lechos de los ríos y lagos se evaporan y se elevan al cielo, formando cúmulos de nubes que son devueltas al suelo en las incidencias pluviales fecundantes o destructoras. Los ritmos de la volatilización y de las precipitaciones acuosas son fijados por los movimientos particulares de las aguas azotadas por los vientos y por las variables influencias del Sol y de la Luna sobre las inestables acomodaciones de las aguas. En ese juego incesante de ritmos gravitacionales observamos “la constancia de las cosas en la inconstancia”, como expresó el poeta Hermes Fontes. Y vemos también en ello la imagen del destino humano al que los hombres están sujetos, trasladándose distancias sobre la Tierra para volatilizarse con la muerte, proyectándose en el cielo en cumplimiento de los ciclos interminables de las reencarnaciones. Todo se conjuga de manera significativa en los diversos planos de la realidad, para mostrarnos la unidad intrínseca de los procesos telúricos y cósmicos.

En el plano del confuso mundo de los hombres, las aguas generadas por los dolores de esta morada brotan de las fuentes ocultas del corazón, forman catarata ante los ojos y los rostros y corren ligeramente hacia el Centro Espírita, el Centro Humano del Mundo, uniéndose en los acomodamientos transitorios de las consolaciones. Las ciencias y las filosofías, las iglesias y los templos suntuosos no ofrecen más a los ríos de lágrimas las consolaciones del pasado. Se presentan como deltas secos, bocas áridas abiertas y fantasmales como expresión de la inclemencia del cielo y la impiedad de Dios. La volatilización de las lágrimas se produce al ritmo de las rebeliones y de las imprecaciones, en la desesperanza acuciante de los corazones, en los ritmos oscilantes de la angustia. Los caudales de lágrimas se desvían, por la agitación dolorosa de los desesperanzados, hacia el Centro Espiritual del Mundo, que no es ya la catedral, ni el templo o la mezquita, la sinagoga o la sacristía, sino el Centro Espírita. Sólo allí, en la convivencia fraternal de los corazones, al calor de las palabras esclarecedoras y amigas, en el diálogo mediúmnic de vivos y muertos el lenitivo brota de las instrucciones amorosas y de la

comprensión de la realidad invisible. Las iglesias no tienen diálogos, se refieren, arrogantes, a condenaciones y salvaciones –ambas inciertas-, y sólo ofrecen la certeza dogmática de la separación absoluta o de una resurrección remota en el final de los tiempos sin fin. Los templos están mudos, los clérigos ofrecen sus ceremonias suntuosas y pagas por dinero al contado, la rastrera sabiduría terrena de las tradiciones milenarias enmudeció, balbuceando, ronca, por la boca de las momias, pronunciando amenazas constantes de los ángeles implacables que vuelan con alas de murciélagos demoníacos, amenazando con puniciones eternas por las faltas y los pecados de la fragilidad humana. Jamás las incongruencias de la Iglesia Cristiana, en todas sus denominaciones, se mostraron tan aterradoras como ahora. Frente a los escombros de la Segunda Guerra Mundial los teólogos cristianos negaron a Dios e hicieron de Jesús un disidente tardío para comandar lo que denominan *cristianismo ateo*. Las grandes religiones orientales como el Budismo, el Sintoísmo, el Taoísmo, el Mazdeísmo y el Brahmanismo fragmentáronse en la proliferación de sectas, entregándose a los problemas superficiales de la rutina humana. El número de sectas cristianas desovadas en las incubadoras eléctricas de los Estados Unidos y del Japón –ese país xerox después de la guerra- son motivo para desorientar a las multitudes. Se multiplicaron en el mundo por las exportaciones de un misticismo bastardo en que los ancestrales nipones se presentan como dioses extraños de americanos y europeos, ofreciendo las posibilidades de opciones pseudo-religiosas. La progresión algebraica del crecimiento demográfico mundial no nos amenaza –como pensaba Malthus- con la crisis de alimentos, sino con el pauperismo espiritual. Lo que había de grande en las religiones orientales, que desde la Roma de los Césares asediaron a las civilizaciones de Occidente, se pulverizó con las explosiones atómicas cesarianas en el vientre de las mitologías antiguas y modernas, volviendo a poblar el mundo; pulularon en la Tierra devastada millones de pequeños dioses livianos y vacíos, sonrientes e irónicos que, esgrimando su voracidad de langostas, amenazan a las religiones caducas en bancarrota mundial.

Las Casandras de esta Troya planetaria están ahora predicando el fin del mundo. Y aunque no todos le den crédito, las Casandras están seguras como la profetisa troyana. El mundo va a acabar, ya está incluso en los últimos estertores, pero no el mundo físico y sí el mundo moral, intoxicado por sus propias mentiras, hipocresías y explotaciones desvergonzadas de la buena fe de los simples. La metamorfosis religiosa no fue perjudicada, sino que indirectamente auxiliada y hasta incluso resguardada en su desenvolvimiento histórico, en medio de las confusiones y espantos de esta fase histórica en que todos los valores han sido mixturados, confundidos. La Naturaleza tiene sus recursos secretos e imponderables que la mano del

hombre no puede afectar. Se sirve de los expoliados, de los marginalizados, de los ingenuos colocados al margen del proceso cultural, de los maldecidos por el oficialismo religioso, de las víctimas de las nuevas inquisiciones aniquiladoras para resguardar a las fuerzas morales legítimas en el cumplimiento de su destino histórico. El Centro Espírita es hoy la simiente humilde que las sequías y los huracanes no pueden alcanzar. Aunque en su mayoría, aún hoy se muestren afectados por un misticismo larvario, conservan, en esa misma condición negativa, las energías potenciales de la reconstrucción. Y es en ese trabajo misionero y humilde, socorriendo, orientando y estimulando que él modifica al mundo a través de la renovación progresiva de las conciencias. Y eso es porque el mundo no es un objeto físico y mecánico, sino un acto de conciencia. Sus leyes esenciales no son las de la materia, sino las leyes morales y espirituales. El aparente mecanismo de los medios naturales está cargado de intenciones. Los fisiólogos griegos sabían eso, pues cuando Tales se refería a los dioses que llenaban el mundo en todas sus dimensiones, afirmaba el principio espírita de que la estructura planetaria, en sus más mínimos detalles, está controlada por los Espíritus encargados de la conservación del orden en la Tierra, desde los simples elementales (aún en evolución hacia la condición humana) hasta los Espíritus superiores, cercanos a la angelitud, que supervisan y orientan las actividades telúricas. En la corteza planetaria, aún amparados y asistidos por millones de entidades espirituales, los hombres dominan los espacios entregados a su jurisdicción bajo la responsabilidad de sus conciencias y en ejercicio de su libre albedrío, realizando las experiencias programadas por su propia voluntad. Somos nosotros, los hombres, los constructores del mundo, somos nosotros que lo hacemos bien o mal, inferior o superior. Muchas personas alegan que no hacemos lo que queremos, pues estamos condicionados por fuerzas internas y externas que nos gobiernan. Todo el Cosmos es una estructura de leyes, lo que nos permite vivir y actuar en él conforme a nuestra voluntad. Un hombre en el mundo no es un prisionero o un robot, es una conciencia que dispone de los equipamientos de la encarnación para alcanzar objetivos determinados por su conciencia. Actuamos, en todas las circunstancias, dentro de nuestros condicionamientos, como un ser libre que puede hacer o deshacer. Mas, ¿cómo podríamos hacer algo si no dispusiésemos de la conciencia, de la voluntad y del medio en que vivimos? Los que sueñan con la libertad absoluta no tienen una noción clara de la libertad. Los peces no viven y no actúan fuera del agua. Los pájaros no pueden vivir y volar en el vacío. El hombre no existe fuera de la existencia. Y no hay existencia donde no hubiere lo existente, que es el hombre.

Las Filosofías Existenciales nacieron de la desesperanza y de la impotencia de Kierkegaard, teólogo protestante dinamarqués que sufría la

angustia de existir solitario, sin poder comunicarse con nadie, incluso con su novia. Por eso anuló su noviazgo. Kierkegaard era un genio, contemporáneo de Kardec, pero condicionado por la angustia que heredara de su propio pasado. Llegó a la conclusión de que el hombre sólo puede comunicarse con una entidad misteriosa, que es Dios. Lo llamó *El Otro*. De sus diálogos metafísicos con *El Otro* nacieron las Filosofías Existenciales. En ese tiempo, mediados del siglo pasado, Kardec descubría que la Existencia es Comunicación. Los hombres existen porque se comunican entre sí, con los Espíritus, con la propia Naturaleza y con Dios. Kardec también, como todos los seres, era condicionado por su pasado, por su herencia biológica y por la cultura en que naciera, y era también un genio que definió a Dios como Inteligencia. En el condicionamiento de Kardec – hombre de ciencias y no teólogo- había más aperturas hacia la realidad. Él fundó y desarrolló la Ciencia Espírita, mientras que la filosofía de Kierkegaard fue fundada y desarrollada por sus discípulos, convirtiéndose en la Filosofía del siglo 20. vemos que las condiciones y los medios de acción de ambos eran diferentes, pero uno y otro actuaron como seres conscientes de sí mismos, de sus poderes y de sus limitaciones.

Las Filosofías de la Existencia, a pesar de la rebeldía de Kierkegaard, que nada sabía de las actividades de Kardec, ratificaron los principios de la Filosofía Espírita, que nació naturalmente del desenvolvimiento de la Ciencia Espírita en todos sus puntos fundamentales. Más tarde, Karl Jaspers, filósofo alemán existencialista, demostró que la trascendencia del hombre en la existencia se hace por la comunicación en dos sentidos: 1) la trascendencia horizontal, en la comunicación humana de hombres con hombres; 2) la trascendencia vertical, en la comunicación del hombre con Dios, la única admitida por Kierkegaard, en razón de su pesado condicionamiento teológico. Es evidente que había una intención oculta en esa coincidencia del encuentro a la distancia de Kierkegaard y Kardec, en el mismo siglo, respecto al nacimiento de una nueva cultura en la Tierra. Tanto uno como otro actuaron y pensaron por sí mismos, en la medida de sus condicionamientos, con plena conciencia de lo que hacían e incomprendidos hasta que la cultura terrena adquiriese dimensiones para abarcarlos en todas sus dimensiones. Hoy, gracias a la rápida evolución cultural de los últimos tiempos, Existencialismo y Espiritismo son elementos fundamentales de un nuevo mundo y una nueva cultura.

La palabra *existencia* se convirtió en un concepto filosófico básico en nuestro tiempo. El hombre vive, como viven las plantas y los animales. Pero el hombre existe cuando no se limita apenas a vivir. La existencia es la ciencia consciente del hombre que sabe por qué vive y no se conforma con el simple vivir. El objetivo de la existencia es el de la superación de la

condición humana para que el hombre logre la divinidad. Entonces él no es sólo un hombre, sino un *existente*. Para Kardec, la evolución humana se realiza en las existencias sucesivas, en dirección hacia la *angelitud*, que es el plano espiritual inmediatamente superior al de la humanidad. Sastre, escéptico y materialista, sustenta que el hombre se frustra en la muerte, no llegando jamás a la angelitud. Pero Martin Heidegger, el mayor filósofo alemán contemporáneo, afirma que: “El hombre se completa en la muerte”

El Centro Espírita, como vimos, no se limita a consolar a los afligidos con palabras. Él prueba objetivamente la supervivencia del hombre después de la muerte, muestra la acción de los Espíritus y el papel preponderante que ellos desempeñan en la vida de todos nosotros. Gracias a él surgieron en el mundo, por las investigaciones de científicos eminentes, las Ciencias Psíquicas que hoy desembocan en la Parapsicología, y a través de las investigaciones realizadas en los mayores centros universitarios del mundo fue confirmada la realidad espírita. Ninguna persona de cultura puede negar que la visión espírita del mundo está produciendo en la Tierra una nueva y esplendente cultura, una Nueva Civilización.

La metamorfosis religiosa es un proceso de depuración, como habremos observado en el caso de los templos. Desde los grandes monumentos de la Antigüedad hasta la aparición de las iglesias modestas de los primitivos cristianos, vemos que la religión se despoja de sus grandezas exteriores y busca su interioridad. No obstante, el proceso de interiorización sufre una caída violenta en el período medieval. La suntuosidad exterior vuelve con las catedrales, las basílicas, los palacios cardenalicios o episcopales y los grandes monasterios. Hay una invasión de fuerzas históricas en el desenvolvimiento espiritual. La caída del Imperio Romano, que debería auxiliar a la metamorfosis religiosa, por el contrario, la embarazó con el desarrollo de los Imperios Bárbaros. La fascinación de los primitivos por las pompas, por el esplendor material, paralizó la evolución espiritual. Los frailes penitentes, descalzos y sucios, huyeron con sus trapos hacia los conventos del desierto, donde la regla era la ignorancia y el analfabetismo. Esa tendencia masoquista del fanatismo ignorante generó las glorias siniestras de la santidad sacerdotal. Los frailes humildes querían morir con el *olor de la santidad*, es decir, exhalando olor a defecación, porque eso les aseguraba la bienaventuranza en el cielo. Contra esa explosión delirante surgieron los clérigos hábiles, incitando a los bárbaros a la conquista de los reinos de la Tierra. Los godos contribuyeron con su arquitectura grandiosa y los Imperios Bárbaros restablecieron en el Cristianismo el esplendor material de las civilizaciones teocráticas. Ese desvío violento en el proceso de la metamorfosis religiosa encontró apoyo

en las tradiciones de la glorificación a Dios a través de los monumentos terrenos. La humildad del Mesías, repelida por la grandilocuencia de los judíos, recibió su golpe de misericordia con el desarrollo del período medieval. Carlomagno, orgulloso de su imperio franco, lloraba por no estar con sus huestes en la Palestina, derrotar a los enemigos de Cristo y dar a Éste, por la corona de espinas, la corona de oro del más poderoso imperio del mundo. Para compensar eso, por todas partes se propagó la idea de glorificar a Cristo y homenajear a Dios con los monumentos más grandiosos. Desencadenaríase un proceso histórico que aplastaría al Cristianismo bajo el peso de las grandezas materiales, permitiendo completarse su desvirtuación, iniciada desde el momento de conversión de los últimos emperadores de Roma.

En el Renacimiento y en el mundo moderno la idea de grandeza continuó desarrollándose, siempre amparada por pensadores, religiosos o no, que tenían el mayor aprecio por las artes sacras, estimulando el progreso artístico de las naciones. Se toleraba la pobreza de las comunidades religiosas dedicadas a la humildad y a la santificación, pero la religión verdadera era, sin embargo, aquella que disponía de mayor poder mundano, mayor riqueza litúrgica y mayor esplendor en sus catedrales gigantescas. Victor Hugo, en la eclosión del romanticismo, exalta la influencia del Cristianismo en el campo de las artes, tomando como tema de su famosa novela la catedral de Notre Dame. Pero la eclosión del Espiritismo en Francia llevaría al propio Hugo a participar de las sesiones espíritas de madame Girardin. El desvío histórico de la metamorfosis religiosa comenzaba a ser corregido por la interferencia de los Espíritus. Ellos no hablaban de las grandezas materiales, sino resaltaban en sus mensajes y comunicaciones la significación espiritual de la religión. Todas las suntuosidades religiosas, tales como las vestiduras de los clérigos y los adornos de los altares eran considerados inútiles. La civilización objetiva debía ser sustituida, en su predominio absoluto, por la civilización subjetiva. Y Kardec insistía, incansable, en la desvalorización de los esplendores materiales, cuando la pobreza y la miseria, provenientes del egoísmo humano, hacía estragos con el hambre en las calles y el frío en los tugurios.

La Revolución Espírita, prosecución y desarrollo de la Revolución Cristiana, suscitó contra ella a todas las fuerzas del mundo embriagado con las grandezas terrenas. Pero el Centro Espírita ya estaba implantado nuevamente en la Tierra, y a través de él se produjo la segunda resurrección del Cristo –inútilmente esperada por casi dos milenios-, que no era otra que la resurrección de su Doctrina, tan distinta de la llamada Doctrina Cristian de las Iglesias. El Centro Espírita representa hoy el mesón del camino de Emaús en la Tierra, donde Cristo resucitado parte el pan de la verdad

legítima con sus discípulos, que no lo habían reconocido. En ese pan, y sólo en él, la religión no se revestía con las grandezas precederas y artificiosas. Lo que con él se expresa y cultiva es la grandeza de los corazones sinceros, volcados al amor al prójimo. *Trabajo, solidaridad y tolerancia*, esa es la ruta que Kardec indicó.

Durante el primer siglo de su divulgación, el Espiritismo tuvo que enfrentar violentos ataques conjugados del Cristianismo oficializado y de las instituciones culturales de toda la civilización occidental. Todo le fue negado: lógica, naturaleza cristiana y caracteres científicos y filosóficos. Sólo le concedían la clasificación honrosa de superstición. La honra de esa clasificación provenía de su aplicación anterior a Cristo y al Cristianismo puro de los primeros tiempos. Mas, era natural que a sí aconteciese. Cristianismo y Espiritismo habían surgido en el mundo como oposición a la cultura dominante. El instinto de conservación de esa cultura –un organismo conceptual vivo y actuante que se mostrara capaz de orientar al hombre por el camino difícil de ordenación del mundo–, tenía necesariamente que reaccionar contra las invasiones extrañas. El sociocentrismo agudo y agresivo de Israel –aún hoy vivo, activo y arrogante–, entonces ligado estrechamente a la arrogancia conquistadora de Roma, tendría que avasallar al invasor. En el mundo moderno las condiciones eran las mismas. Las naciones herederas de Roma y Bizancio, reforzadas por las conquistas y posesión de la sabiduría griega y por el desarrollo cultural de la Europa moderna, percibieron la amenaza de aquella nueva estructura conceptual que provenía de la rebeldía de Rousseau, a través de Pestalozzi, y explotaba en París, centro mundial de la cultura, por las manos de Kardec, un terrible sofista (como lo consideraban) armado de los poderes pitónicos de la magia antigua. Pero lo que no esperaban era que ese *charlatán*, nacido de una buena familia lionesa, fuese capaz de sostener solito la lucha contra las fuerzas conjugadas del mundo. Kardec, como Jesús de Nazaret lo hiciera en el pasado lejano, se rodeó de unos pocos discípulos mal preparados y, en un lapso de apenas quince años, construyó su fortaleza y ganó más batallas que Napoleón. El secreto de esa resistencia y de tales victorias no estaba en armas secretas y misteriosas, sino, apenas y exactamente, en aquello de lo que más se vanagloriaba la cultura dominante: el buen sentido. Apoyado en esa arma ingenua y frágil, que los grandes de su tiempo despreciaban como residuo del servilismo burgués a los castillos feudales, Kardec triunfó. Cuando, maduro y agotado, murió por la rotura de un aneurisma cerebral, el mundo brillante de fines del siglo 19 se regocijó. Mas, de la misma manera por la cual Cristo crucificado se transformó en más fuerte y convirtió a Pablo de Tarso en el camino de Damasco, Kardec, muerto, se mostró invencible, valiéndose de León Denis para sucederlo. Denis se reveló a la altura de

Pablo. Asombró a París con su extraña cultura de autodidacto, publicó libros que los críticos exaltarán, pronunció conferencias espíritas en los salones parisienses de los altos círculos, en que las mesas danzantes habían provocado sarcasmos y carcajadas y, como contaría más tarde el poeta Gatón Luce, su amigo, admirador y biógrafo, luego emprendería la cruzada espírita solitaria por toda Europa. Era un nuevo Pablo, apóstol de los gentiles, predicando por todas partes la Doctrina Espírita y consolidándola en el continente. Enfrentó más tarde la grande batalla en los Congresos Espiritualistas, nueva táctica de los adversarios que intentan acollarar a la nueva doctrina al carro desgobernado de las envejecidas y superadas doctrinas espiritualistas del pasado. Tuvieron que ofrecerle la presidencia de varios Congresos, y en todos ellos Denis repelió enérgicamente las tentativas de mixturación del Espiritismo con las formas imprecisas de un espiritualismo místico y anticientífico, formalista y tradicionalista. Denis estaba siempre en minoría en las asambleas, pero siempre vencía. Gracias a él, a su firmeza doctrinaria incommovible, a la seguridad de su raciocinio y al ímpetu de su verbo, los intentos de desvirtuar y confundir fracasaron. Conan Doyle, que tradujo su libro *Juana de Arco, médium* al inglés, lo llamaba, entusiásticamente, *El Druida de la Lorena*. Era, realmente, un antiguo sacerdote y guerrero celta que había enfrentado en las Galias a los conquistadores romanos.

Pocos espíritas conocen las ligaciones entre el mundo céltico y el Espiritismo. Históricamente esas ligazones devienen de las semejanzas doctrinarias entre el Espiritismo y el Druidismo, religión de los celtas. En la Antigüedad los celtas había ocupado una posición excepcional: eran un pueblo monoteísta y reencarnacionista, inclinado hacia el canto y la poesía. Su doctrina religiosa era expuesta en tríadas, pequeños poemas de tres versos. Las tríadas eran cantadas por los bardos en las ceremonias religiosas de los bosques, donde construían sus altares con piedras gigantescas bajo las ramas de las encinas, considerados árboles sagrados. Su concepción del mundo era también ternaria. El mundo se constituía en tres hipóstasis, planos superpuestos, que eran los siguientes:

- 1) GWINFID –La morada de Dios, plano superior e inaccesible;
- 2) ABRED –El círculo de la Reencarnación, que es la Tierra; y
- 3) ANUNF –La región de las tinieblas, infernal.

La mediumnidad era ejercida como función sagrada por las druidesas, o sacerdotisas, y por los bardos, poetas-cantores y médiums.

El hecho de no haber sido cristianos provoca siempre la crítica de las Iglesias Cristianas frente a las ligaciones de los druidas con el Espiritismo. Alegan que se trataba de un pueblo bárbaro que practicaba sacrificios

humanos, olvidándose que también los judíos realizaban esos sacrificios, como lo testimonia la misma Biblia, así como igualmente los esenios los cumplían en el tiempo de Jesús. Eran residuos salvajes que desaparecieron con la evolución de los pueblos. Aristóteles consideró a los celtas como el único *pueblo filósofo* del mundo. Existen hasta hoy sociedades de cultura celta en Europa, especialmente en Francia, Inglaterra, Escocia e Irlanda, que fueron todas regiones celtas. Kardec publicó un magnífico estudio sobre los druidas en la *Revista Espírita*. Los Espíritus superiores le dijeron que él había sido en las Galias el druida Allan Kardec, lo que lo indujo a firmar sus libros espíritas con ese nombre. Léon Denis también escribió sobre los celtas y su religión y se consideraba, como lo conceptuó Conan Doyle, un druida reencarnado. Vencidos por César en el paso del Rubicón, los celtas fueron catequizados por la Iglesia, pero su religión poética, de la cual las tríadas nos brindan sus conceptos profundos, permaneció como objeto de estudios en el mundo cultural.

Críticos e historiadores superficiales atribuyen a la India y a Egipto el influjo de la reencarnación en el Espiritismo. Pero no es verdad. Kardec recibió ese principio de los Espíritus, sometiéndolo posteriormente a la investigación científica, que demostró su realidad. La investigación sobre la reencarnación continúa en nuestros días a nivel universitario. La misma es ya un capítulo de las investigaciones parapsicológicas, inclusive en la ex URSS, donde el profesor Wladimir L. Raikov la realiza desde hace años en la Universidad de Moscú. Por imperativos políticos del Estado, de bases doctrinarias materialistas, la investigación es hecha en Rusia bajo la denominación de *reencarnaciones sugestivas*, fenómeno paranormal que altera el comportamiento de ciertas personas.

En el Centro Espírita la reencarnación es tratada como un fenómeno de manifestación de existencias anteriores, conservadas en la memoria subliminal y en ocasiones aflorada en la mente y en el cerebro actual. Las investigaciones científicas de hoy, como las de Ian Stevenson, ya publicadas en nuestra lengua portuguesa, y las de Hamendras Barnejee, en vías de traducción, no han hecho más que confirmar las investigaciones espíritas de Kardec. El método más usado por los científicos actuales es el del análisis y profundización de los recuerdos espontáneos de las vidas pasadas. En Rusia ha sido aplicado el método hipnótico de regresión de la memoria, instituido en Francia por el coronel Albert De Rochas, siendo director del Instituto Politécnico de París. En los Centros Espíritas existen generalmente manifestaciones anímicas (de la propia alma del médium) que constituyen regresiones espontáneas y automáticas del médium a vidas anteriores, revelando su personalidad del pasado. Cada Centro dispone de Espíritus amigos que orientan sus trabajos. El Centro Espírita bien dirigido

por personas sensatas y estudiosas es una bóveda acústica en que resuenan las voces y los pensamientos de los Espíritus y de los hombres, en el diálogo entre los mundos, pues en él cohabitan el mundo espiritual y el mundo terreno en posibilidades abiertas por los dones mediúmnicos que todos disponemos.

Quienes desvirtúan la finalidad superior del Centro Espírita, sean dirigentes o frequentadores sólo interesados en lograr ventajas inmediatas, pierden la oportunidad de alcanzar una visión superior del Universo, del hombre y de la vida. Si cada concurrente al Centro quisiera ayudarlo en su misión superior de preparar a los hombres para un mundo mejor, la dinámica de este organismo vivo se intensificaría para bien general de todos

J. HERCULANO PIRES: EL FILÓSOFO INNATO

Por HUMBERTO MARIOTTI

J. Herculano Pires no fue un filósofo improvisado en las investigaciones filosófico-espíritas. La obra que él realizó se equipara a la de los mejores clásicos de la filosofía occidental. Penetró en la esencia del Ser y aprehendió en el Espíritu infinito el sustento de todo el quehacer cultural y existencial. La vida era, para J. Herculano Pires, la manifestación de un Ente espiritual que se realizaba para sobrepasar los más variados procesos históricos. El Espíritu en la filosofía kardecista está condicionado para superar ese *obstáculo* denominado muerte. El potencial anímico y divino que posee puede alcanzar las más esplendorosas alturas de la sabiduría, y por esto nos decía que la muerte no podrá imperar nunca donde está instalada la sabiduría.

El destacado pensador brasileño se formó filósofo universitario con el único objetivo de poseer la autoridad necesaria a fin de penetrar en las esencias filosóficas del Espiritismo. Mas podemos decir que su Ser ya era un filósofo de nacimiento. Ciertamente, en otras existencias su brillante inteligencia había estado en contacto con los grandes padres de la Filosofía. Tal vez la Gracia de Sócrates y Platón lo conociera entre los peripatéticos meditando sobre el Ser, su contenido existencial y sus proyecciones teleológicas. Por tal razón, si no se hubiera graduado universitariamente de filósofo, su brillante inteligencia habría podido igualmente dialogar con Heidegger, Jaspers, Sastre, Maritain, etcétera, pues había en su Espíritu una raíz profundamente metafísica que le permitía relacionarse de inmediato con los grandes problemas de la filosofía moderna.

El pensamiento espírita tuvo en J. Herculano Pires un verdadero intérprete. Podemos decir que la cultura espírita halló en este destacado filósofo brasileño un verdadero expositor humanista que colocó al Espiritismo al nivel de la más elevada concepción espiritual contemporánea. Él nos enseñó que lo espírita no sólo se afirma por la producción y observación de los fenómenos mediúmnicos, sino también, y muy especialmente en la hora actual, por la visión filosófica y religiosa que posee. Por eso su talento filosófico logró unir esas dos vías del conocimiento al dirigirlo a través del concepto esencial y unitario del saber.

Para Herculano, tanto el saber experimental como el saber metafísico pertenecen a una misma manifestación esencial del conocimiento. Pues conocer tanto por la experiencia científica como por la experiencia religiosa, cuando es el Espíritu quien indaga y busca la Verdad, es estar en la esencia misma del conocimiento, es penetrar en la esencia misma del saber único y universal del cual se manifestaron con precisión metafísica los mayores filósofos espíritas españoles, tales como Manuel González Soriano, Eduardo Niño, Quintín López Gómez, Rodrigo Sanz, etcétera.

J. Herculano Pires fue, en efecto, un precursor de la filosofía existencial, traduciéndola en filosofía interexistencial, pues tuvo la capacidad metafísica de percibir que el conocimiento, el Ser y el juicio filosófico sólo se comprenden con una concepción omniabarcante al reducir a la unidad sustancial al factor determinante de todo el saber espiritual e histórico. Los famosos *a priori* de Kant quedan iluminados gnoseológicamente –según el pensamiento de J. Herculano Pires- *por las anterioridades del alma* (esta expresión pertenece a la pluma admirable de Léon Denis).

Para Herculano, como para Manuel S. Porteiro y el mismo y el mismo Allan Kardec, el Espiritismo sólo avanzará en la cultura de occidente mediante la vía filosófica (ver *La Génesis...* de Allan Kardec). Si el genio espírita no se expresa mediante el método filosófico, permanecerá al margen de los procesos históricos y sociales. El conocer espírita del mundo implica una conexión con lo que Herculano concebía, con otros pensadores brasileños, como la *sociología cósmica*, pues a la luz del Espiritismo, el Universo está dentro del hombre como el hombre dentro del Universo, razón por la cual ya no se conciben reclusiones espirituales y existenciales en los procesos creadores de la ley de reencarnación. Nuestro querido pensador brasileño tuvo la misma concepción unitiva del doctor Gustave Geley, que concebía en la dinamopsíquica esencial la unión de todos los valores morales conquistados por el Ser en su constante devenir palingenésico.

La Filosofía Espírita necesita de pensadores universitarios como J. Herculano Pires para que la grande comparación de las ideas pueda operarse en el foro de las doctrinas filosóficas. Sólo así se comprobará la grandeza de la Doctrina Espírita en relación con las llamadas doctrinas esotéricas y ocultitas.

El Espiritismo es la síntesis del saber espiritualista moderno, y fue por eso que el profesor Pires lo llevó triunfalmente por todos los ámbitos de

la filosofía universitaria, hasta demostrar que la Parapsicología no es otra cosa que un derivado temeroso del fenómeno espírita y mediúmnico.

ÍNDICE

Sandalias Sembradoras.....	9
Introducción.....	11
1. Función y significación.....	16
2. Los servicios del Centro.....	20
3. El Centro y la Comunidad.....	27
4. Las raíces africanas.....	35
5. Dios en el Centro Espírita.....	43
6. Las almas frágiles.....	52
7. Disciplina fraternal.....	61
8. Las cuestiones políticas.....	68
9. Problemas religiosos.....	75
10. Los Espíritus curan.....	85
11. Metamorfosis religiosa.....	93
12. En el centro del mundo.....	102
Apéndice: J. HERCULANO PIRES:	
El filósofo innato, por Humberto Mariotti.....	115

En las páginas que siguen se insertan textos de divulgación y docencia espíritas para profanos y adeptos, los que se distribuyen en la vía pública ininterrumpidamente en volantes, folletos y rótulos adhesivos con la oferta gratuita del envío de opúsculos doctrinarios a quien se interese en el conocimiento de la Doctrina Espírita.

“Es llegada la hora en que debéis sacrificar, para divulgarla, vuestros hábitos, trabajos y ocupaciones fútiles. Id y predicad. Los Espíritus de lo Alto están con vosotros”.

ERASTO

El Evangelio según el Espiritismo, xx: 4

“Afirman que Allan Kardec fue demasiado considerado con las ideas místicas y católicas y que les dio excesivo lugar en su obra, pero ello es inexacto, porque lo que el Maestro ha tratado con miramientos es el Cristianismo y no el catolicismo. Allan Kardec sostuvo la moral evangélica debido a que no constituye tan sólo la ética de una religión, un pueblo o una raza, sino que es la moral superior y eterna que rehace y rehará tanto a las sociedades terrestres como a las del espacio”.

LÉON DENIS

(Extraído de uno de sus discursos insertos en el Informe del Congreso Espiritualista Internacional realizado en París, en septiembre de 1889, y mencionado por Gaston Luce en su obra **Léon Denis, el Apóstol del Espiritismo**)

EVOLUCIÓN DEL ESPIRITISMO

A pesar de los desentendimientos y las suplementaciones marginales observadas en nuestras actividades, comprensiblemente halladas en distintos ámbitos de nuestro quehacer, no se puede negar el avance del Espiritismo en su primer siglo de existencia.

Entre las numerosas conquistas por las que se verifica su progreso, señalemos ligeramente las que hablan elocuentemente de ello:

- La valorización del aspecto moral y de las consecuencias religiosas;
- La delimitación clara de los conceptos de mediumnidad y Doctrina;
- La ubicación del fenómeno en su verdadero lugar;
- El reconocimiento de que el médium es una personalidad humana falible;
- Lo imperioso y necesario del análisis de las comunicaciones y revelaciones;
- La exigencia de moralidad y objetivos edificantes en las investigaciones psíquicas;
- El esclarecimiento más amplio en lo referente a determinadas manifestaciones de los desencarnados;
- La superación gradual de las facultades de efectos físicos, transformadas, de espectáculos estériles, en auxilio a la humanidad sufriente;
- El paulatino abandono de la evocación directa;
- El perfeccionamiento de las tareas de desobsesión;
- La negativa a la polémica religiosa;
- La depuración del vocabulario doctrinario;
- La preservación natural ante la influencia de otros credos y la supresión espontánea de rituales supersticiosos;
- La confirmación progresiva de los principios espíritas por parte de la ciencia terrena;
- El mejoramiento de los procesos de divulgación por la prensa oral y escrita;
- La orientación clara al respecto de la educación de la infancia;
- La formación de agrupamientos de jóvenes espíritas en movimientos propios;
- La creación de la literatura espírita;

- La intensificación de las obras de asistencia social;
- El culto del Evangelio en el ámbito hogareño de la familia;
- La simplicidad y sencillez de los hábitos y la definición de actitud de vida de los espíritas.

En vista de tales conquistas –innegables desde todo punto de vista-, unamos energías e ideas, sentimiento y raciocinio para la ampliación del trabajo espírita que nos compete en la tarea redentora de Jesús, con las llaves elucidativas de Allan Kardec, transformando convicción en servicio y convirtiendo las sensaciones de lo maravilloso en nociones de responsabilidad que nos preparen el cerebro y el corazón para la Vida Mayor.

ANDRÉ LUIZ

(Página mediúmnica recibida por el doctor
Waldo Vieira).

KARDEC ES VIDA

Jesús nos trajo la verdad. Kardec, sin embargo, nos brindó la interpretación. De ahí nuestro deber de divulgar a Allan Kardec en todos los sectores de la vida individual y colectiva, motivo por el cual sentimos la necesidad de reafirmar:

ALLAN KARDEC ES EL MANDATO DE ESTA HORA.

Sinteticemos en breves líneas qué entendemos por kardecización y sus resultados:

Kardecización del sentimiento: equilibrio.

Kardecización del raciocinio: visión.

Kardecización de la ciencia: humanidad.

Kardecización de la filosofía: discernimiento.

Kardecización de la fe: racionalidad.

Kardecización de la inteligencia: orientación.

Kardecización del estudio: esclarecimiento.

Kardecización del trabajo: organización.

Kardecización del servicio: eficiencia.

Kardecización de las relaciones: sinceridad.

Kardecización del progreso: elevación.

Kardecización del debate: provecho.

Kardecización de la libertad: armonía.

Kardecización del sexo: responsabilidad.

Kardecización de la personalidad: autocrítica.

Kardecización del correctivo: comprensión.

Kardecización de la existencia: caridad.

Kardecización para evolucionar seguros hacia el Cristo de Dios. La Tierra es nuestra escuela milenaria en la cual, en sus múltiples clases, somos compañeros unos de los otros.

Kardecicémonos en el pupitre de obligaciones al que estamos transitoriamente ligados: es la fórmula de la ascensión.

Estudiemos y trabajemos siempre.

ADOLFO BEZARRA DE MENEZES

(Página psicografiada por el médium Francisco Cândido Xavier).

Para que sea en verdad viva, para que en el orden social ejerza el importante papel que le incumbe: - educador y moralizador-, la Religión debe ser una alta y clara síntesis de cuanto la humanidad ha podido adquirir en lo que hace al conocimiento sobre el Universo y la Vida, sobre el elevado objetivo de la existencia y los destinos del alma. Dicho conocimiento se efectúa de dos modos: mediante la ciencia, toda observación y experiencia, que constituye la tarea humana, o bien por la Revelación, que es obra del Mundo Invisible.

Resulta indispensable que esas dos fuentes de enseñanza se encuentren entre sí en lo que respecta a sus conclusiones, y adoptándolas, la Religión se tornará verdaderamente eficaz y responderá a las necesidades y aspiraciones de una época.

LÉON DENIS

En la Revue Contemporaine, octubre de 1920,
citado por Gaston Luce en su libro Léon Denis, el Apóstol del Espiritismo.
Su vida y su obra, cap. 4, “La Religión del porvenir”.

MÉDIUMS Y MEDIUMNIDAD

El problema de la mediumnidad es, fundamentalmente, problema del médium.

El problema del médium es, esencialmente, problema de la mente.

El problema de la mente es, por sobre todo, problema del Espíritu.

El problema del Espíritu es, principalmente, consecuencia de la moral.

Buena mediumnidad implica una vida mediúmnica sana que, a su vez, deriva de una mente equilibrada, y ésta es consecuencia de un Espíritu metodizado, acostumbrado al ejercicio de una moral consolidada, ya sea en la vida pública y en la privada.

No existe mediumnidad mayor ni mediumnidad menor. Existe médium más dedicado, celoso de sus deberes, y médium irresponsable, negligente ante sus obligaciones.

No existen médiums mejores ni peores. Existen mentes ajustadas al programa de Cristo y mentes asaltadas por el torbellino de las sensaciones de la carne.

No existen mensajes más profundos ni mensajes superficiales. Existen Espíritus más profundos y Espíritus más triviales que se dedican a cuestiones más elevadas de la verdadera vida o que se pierden en pequeñeces de la vida diaria, lejos del respeto y de la dignidad.

No conocemos médiums auténticos ni médiums inauténticos. Estamos acostumbrados a ver conducta noble y conducta innoble; vida moral tortuosa y vida moral pura.

Por tales razones el problema de la mediumnidad es, igualmente, problema del carácter.

El médium es, en todo lugar y en todos los tiempos, alguien que cumple un mandato, paga deudas y crece interiormente, adquiriendo bendiciones de la misericordia divina.

Es inútil querer ser intérprete de exposiciones vibrantes, viviendo desajustadamente una vida plena de perturbaciones emocionales.

De poca valía es la manifestación brillante, ornada con bellas palabras, cuando no se es lo suficientemente fuerte para transformar el mundo íntimo del instrumento.

¿Conservará su aroma el perfume exhalado por un vaso enlodado? De la misma manera, ¿quién se anima a beber agua, por más pura que ésta sea, si el vaso que la contiene es sucio y emana mal olor?

Por igual motivo, ¿cuál es el hombre que se atreva a tomar el cieno con la esperanza de hallar algo de valor dentro del lodo miasmático?

El médium que es portavoz de Espíritus brillantes, con nombres y títulos que impresionan a primera vista, pero que no vive el programa establecido por las leyes morales, es semejante a esos vasos ordinarios rotulados de valiosos y portadores de perfumes exquisitos. Ninguno de ellos es utilizado.

Por tal razón decimos que el problema de la mediumnidad es, fundamentalmente, problema del médium.

La mediumnidad es una facultad. El médium es un instrumento.

La mediumnidad es un ministerio. El médium es un servidor.

Sin el instrumento bueno y útil, no hay ministerio elevado y digno.

Sin sufrimiento es imposible la mediumnidad. El médium debe ser siempre consciente de su responsabilidad, disponiendo su corazón y su alma, su Espíritu y su cuerpo, su conducta y su pensamiento para colaborar eficientemente en la transmisión fiel del mensaje de que es portador.

El agua sin filtrar, es siempre una amenaza para la salud de quien la bebe. El agua sin hervir es siempre susceptible de ser foco de innumerables bacterias.

El médium que no haya alcanzado el hervor a través del sufrimiento, es propenso a conducir enfermedades en las comunicaciones que transmite. Médium que no pasó por el filtro del testimonio, es casi siempre alguien que puede transmitir terribles males a quienes beben en su fuente.

En Jesús tenemos el ejemplo: Médium de Dios. En Él tenemos el ejemplo de la vida. Llevado a la angustia y a los testimonios, permaneció fiel. Quien aspire a los servicios de la mediumnidad debe aspirar a los sufrimientos del Señor.

Antes del deseo de brindar comunicaciones, es preciso guardar en lo íntimo la ansia de equilibrar la propia alma. Antes de ser vehículo de Espíritus desencarnados, muéstrase intermediario feliz de sí mismo. De lo contrario estará expuesto a repetir errores, sustituyendo personas y conservando los mismos defectos. Varían los médiums y continúan las causas deplorables de las comunicaciones insulsas, defectuosas, cuyos resultados, poco útiles, son frutos estériles.

Mejórese el médium, y tendremos la mediumnidad provechosa y nítida. Perfecciónese el Espíritu y tendremos comunicaciones más lúcidas. Elévese la moral y tendremos intercambio más identificado con la verdad.

Sirva el médium a los objetivos sagrados de su mandato y tendremos médiums seguros. A ellos los conocemos por seguros e inseguros, conforme a la clasificación del eminente codificador Allan Kardec.

Por tanto, tengamos cuidado. El gran escollo de la mediumnidad es el médium. El gran problema del médium es su moral.

De ahí la razón del Maestro al aseverar claramente: Se conoce al cristiano por sus obras.

(Página psicografiada por el médium Divaldo Pereira Franco, en Salvador, Bahía, Brasil, en marzo de 1959).

DOCTRINA ESPÍRITA

Toda creencia es respetable.

Sin embargo, si has llegado a la Doctrina Espírita, trata de no negarle fidelidad.

Toda religión es sublime.

Sin embargo, sólo la Doctrina Espírita es capaz de explicarte los fenómenos mediúmnicos en los que toda religión se afirma.

Toda religión es santa en las intenciones.

Sin embargo, sólo la Doctrina Espírita puede guiarte en la solución de los problemas del dolor y del destino.

Toda religión auxilia.

Sin embargo, sólo la Doctrina Espírita está en condiciones de liberarte del ilusorio temor al infierno, el cual existe solamente en las conciencias atormentadas por sus culpas.

Toda religión consuela ante la muerte.

Sin embargo, sólo la Doctrina Espírita puede demostrarte la continuidad de la vida más allá del sepulcro.

Toda religión predica el bien a sus adeptos como medio de conquista del paraíso.

Sin embargo, sólo la Doctrina Espírita establece la práctica incondicional de la caridad como simple deber.

Toda religión exorciza ante la influencia de Espíritus desdichados.

Sin embargo, sólo la Doctrina Espírita te enseña a abrazarlos como enfermos, reconociendo en ellos a los mismos seres humanos desencarnados actuando en otros planos de evolución.

Toda religión educa siempre.

Sin embargo, sólo la Doctrina Espírita es la que permite el libre examen, liberando el raciocinio de toda presión dogmática, para que la fe pueda mirar frente a frente a la razón.

Toda religión habla de penas y recompensas.

Sin embargo, sólo la Doctrina Espírita nos patentiza que todos recogeremos en proporción a la siembra que hayamos realizado en la vida, sin ningún privilegio con la Justicia Divina.

Toda religión que se erige sobre principios nobles, ya sea de otros continentes y aunque las consideremos extrañas, guarda la esencia cristiana.

Sin embargo, sólo la Doctrina Espírita nos ofrece la clave precisa para la verdadera interpretación del Evangelio.

Por ser la Doctrina Espírita un foco de libertad para el entendimiento, hay quien considera que ella está obligada a mezclarse con todas las aventuras marginales y todos los exotismos, pues si no huiría a los mandatos de la fraternidad que postula.

Dignifica, pues, a la Doctrina Espírita que te consuela y libera, vigilando su pureza y su sencillez y para que no colabores, sin darte cuenta, con los vicios de la ignorancia y los crímenes del pensamiento.

Espírita debe ser tu carácter, aunque recién estés recuperado de la caída que has tenido.

Espírita debe ser tu conducta, aunque estés frente a duras pruebas.

Espírita debe ser el claro adjetivo de tu institución, aunque por tal motivo le falten a ella las pasajeras subvenciones y honores terrenos.

Espírita debe ser el nombre que te distinga, aunque tengas afligentes luchas contigo mismo.

Doctrina Espírita quiere decir Doctrina de Cristo.

Y la Doctrina de Cristo es la doctrina del perfeccionamiento moral en todos los mundos.

Guárdala, pues, en tu existencia, como siendo tu responsabilidad mayor, porque día vendrá en que serás convocado, naturalmente, a rendirle cuentas.

EMMANUEL